



NOE CASADO  
ABRÁZAME

Lectulandia

Nicole es la mujer perfecta: educada, sofisticada, trabajadora... ¿Qué más se puede pedir? Pues un novio muy sexy, aunque sea imperfecto, gruñón y tenga poca paciencia.

Por fin puede disfrutar de una relación de pareja en la que no tiene cabida la planificación, la rutina y mucho menos el aburrimiento aunque no todo va a ser de color de rosa. Ahora le toca convivir con un hombre que la vuelve loca pero que tiene una peculiar forma de ser.

¿Por qué cuando parece que todo empieza a encajar tiene que aparecer alguien dispuesto a fastidiar?

**Lectulandia**

Noe Casado

**Abrázame**

ePub r1.0

Titivillus 04.09.2018

Título original: *Abrázame*  
Noe Casado, 2014

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# Capítulo 1

Antes no era preciso que sonara el despertador para ponerse en funcionamiento cada mañana, su insomnio crónico la ayudaba a estar despierta con la antelación necesaria para arreglarse antes de empezar una de sus largas jornadas laborales.

Una rutina bien organizada en la que mantenerse evitando altibajos de cualquier tipo y que hasta no hacía mucho funcionaba a la perfección.

Pero ahora se le antojaba difícil como poco, pues, cuando oía el odioso «ring» de su alarma, solo sentía deseos de acurrucarse bajo las sábanas y en buena compañía.

La buena compañía en esos instantes dormía plácidamente a su espalda, rodeándola por la cintura, por lo que las ganas de ser responsable se diluían en el acto.

Extendió el brazo y apagó la maldita alarma. Nicole se movió hasta quedar boca arriba y hacer una mueca. Tantos años de responsabilidad al garete.

Sonrió. ¿Quién hubiera pensado que la chica más responsable del planeta ahora quería hacer novillos?

No obstante, algo siempre queda; así que, dándole un beso suave en el hombro a su gruñón y pervertido particular, se levantó de la cama dispuesta a ocuparse de unos cuantos asuntos pendientes.

La vida glamurosa que se le suponía a la novia de un exfutbolista famoso no lo era todo, y ahora tenía que ocuparse del cierre definitivo del bufete.

No era plato de buen gusto dar carpetazo a aquella empresa, especialmente tras tantos años de dedicación, pero las circunstancias así lo exigían. Su exsocio ahora, quién lo diría, ya no era el adicto al trabajo de antaño y había montado un despacho propio, lo que la dejaba a ella como única responsable, hecho que le robaría demasiado tiempo y, tras el cambio experimentado en su vida, no quería pasar tantas horas encerrada en un despacho, marchitándose.

Nicole, la chica otrora eficiente y profesional, miró por última vez la cama y suspiró mientras dudaba entre apartar la sábana y despertar a la fiera o darse una ducha, fría, antes de ir a trabajar.

Se mordió el labio mientras se lo comía con los ojos, pero al final optó por acudir a su cita. La esperaban en el despacho y no podía llegar tarde, no al menos cuando se trataba de un cliente importante. Si ya el estado de la oficina daba qué pensar, pues su funcionamiento distaba mucho del de otra época, encima no podía permitirse el lujo de no estar presente, por mucha tentación que en forma de novio pervertido la provocara.

«Qué dura es la vida», pensó entrando en el cuarto de baño.

Programó el termostato de la cabina de ducha y se metió bajo el chorro; necesitaba refrescarse y parecer una mujer seria y decente, nada que ver con la

ligerita de cascos que la noche anterior había sudado y gemido entre las sábanas como una descarriada.

Tras el aseo y con cuidado de no despertar a Max, se metió en el vestidor y sacó uno de sus trajes sastre, uno gris marengo entallado de esos de aspecto pulcro y profesional que él odiaba pero que le permitía conservar por eso de jugar a la bibliotecaria cachondona, aunque Nicole prefería usarlos solo en el ámbito laboral.

Tras un ligero maquillaje y con los zapatos de medio tacón en la mano, salió del dormitorio en dirección a su estudio para recoger los documentos que precisaba en la reunión. Que tuviera pensamientos excitantes no significaba desatender sus obligaciones.

Miró la hora y apenas le dio tiempo para un café rápido, pese a que la cocinera, sin pedírselo si quiera, ya tenía el desayuno preparado.

—Señorita Sanders, que está en los huesos... —protestó la mujer cuando la vio salir sin probar ni una sola de las tostadas.

Nicole se dirigió escopetada hacia su Audi y arrancó como alma que lleva el diablo para llegar cuanto antes a su oficina. Cuando acabara sus obligaciones ya se ocuparía de tomarse un tentempié.

Aparcó en la plaza de garaje reservada en el edificio comercial y, con su portafolio bajo el brazo, subió hasta su despacho.

Cuando iba a introducir la llave en la cerradura se dio cuenta de que la puerta estaba entornada y eso no era normal. Ahora ya no disponía de secretaria, y a esas horas el servicio de limpieza jamás trabajaba; por lo tanto, había algún intruso dentro.

—Maldita sea... —farfulló a caballo entre asomar la cabeza y comprobar quién podía haberse colado y para qué o bien, lo más sensato, llamar a la policía y que hiciera su trabajo.

Oyó un ruido, un golpe de algo cayendo al suelo, y se sobresaltó.

—¡Joder! —oyó alarmándose aún más.

¿Había pillado a los ladrones in fraganti?

Por si acaso, sacó su móvil y marcó el teléfono de la policía para estar preparada en caso de emergencia. Después del incidente con ese malnacido que ni quería nombrar, empezaba a ser respetada en la comisaría. Bueno, por eso, y por tener a un ex con uniforme, que siempre venía bien.

—¡Joder, vaya puta mierda de caja!

«Desde luego, qué vocabulario», pensó Nicole cuando de nuevo se oyó un fuerte golpe.

Como le pudo la impaciencia, entornó la puerta y entró.

—¡Deje eso ahora mismo en su sitio! —gritó a pleno pulmón. Puede que una mujer indefensa tuviera las de perder, pero irritando tímpanos hubiera ganado una medalla.

Un tipo de espaldas a ella, vestido con vaqueros desgastados, sudadera deportiva y con una caja de cartón en las manos y otra a los pies con su contenido

desparramado, se giró despacio para no enervar más a la histérica que le había chillado.

El intruso se dio la vuelta lentamente hasta quedar frente a ella y la miró achicando los ojos.

Nicole abrió los ojos como platos y su bolso, que pretendía utilizar como arma defensiva en caso de ser necesario, cayó al suelo. Miró al tipo de arriba abajo, parpadeando para asegurarse de que no era una visión.

—Esto pesa —dijo él con sarcasmo con la intención de sacarla del trance.

—Lo siento, no te había conocido —murmuró avergonzada.

Y es que costaba reconocer a su exsocio. Parecía otro así vestido. En todos los años que lo conocía nunca le había visto de esa guisa.

—Sí, yo tampoco me reconozco —masculló Thomas—. No sabía que ibas a venir; estoy terminando de recoger mis cosas —añadió señalando las cajas.

—No pasa nada —dijo sintiéndose un poco tonta, allí de pie, los dos en la recepción como si fueran dos extraños.

Aunque en cierto modo así era.

—¿Cómo te va? —terminó preguntando por hablar de algo y no seguir allí como dos pasmarotes.

—Bien. No me quejo. ¿Y a ti?

—Depende de cómo se mire —respondió no muy contento consigo mismo.

—¿Y eso? —inquirió. No porque le interesara realmente, pero ahora procuraba comportarse de forma menos altiva y ser más comunicativa. Además, no costaba nada perder cinco minutos.

En ese instante la puerta se abrió... y una morena, ataviada con el chándal más azul eléctrico del mundo y con una sonrisa de oreja a oreja, entró convirtiéndose en el acto en el centro de atención. Sin ningún reparo, se acercó a él, le dio una palmada en el culo y dijo riéndose:

—¡Deja de darle a la sin hueso que he dejado el coche mal aparcado! —Y después se volvió hacia Nicole—: ¡Cuánto tiempo sin verte!

Ambas se dieron dos besos e hicieron caso omiso al refunfuñón que sujetaba una caja.

—Dame las llaves del coche —pidió Thomas—. Mientras os da por poneros al día, voy bajando algo.

Olivia se las metió en el bolsillo delantero del pantalón y él se marchó; eso sí, Nicole tuvo la decencia de mantener la puerta abierta para que pasara.

—Te veo estupenda —comentó la abogada.

—Pues tú tampoco te puedes quejar... Y a todo esto, ¿qué haces currando? Se supone que tienes una vida glamurosa, repleta de invitaciones y todo eso...

—Intento llevar algunos casos sencillos. No todo va a ser ir de fiesta en fiesta —respondió de buen humor—. ¿Qué tal está el pequeño Robert?

—Mi niño está para comérselo... —murmuró orgullosa—. Mira que yo quería

una niña, ya sabes, por eso de volver loco a su padre, pero al final Thomas se salió con la suya.

—No sé cómo ha consentido que le pongáis ese nombre...

Nicole conocía la tragedia familiar de su exsocio así que, cuando supo el nombre escogido, se llevó una gran sorpresa.

—Bah, todo es cuestión de persuasión. Además, entre Julia y yo le dimos la chapa y, como mi sobrina es la madrina, pues ella eligió el nombre y el padre a callar y punto. Sabe que en casa tiene las de perder y poco a poco le estamos reformando...

—Ya me he dado cuenta —adujo con una sonrisita—, es la primera vez que le veo así. Tan...

—¿Normal?

—Sí —respondió sin perder el buen humor.

Había que reconocerlo, hasta no hacía mucho pensaba que su exprometido sería incapaz de cambiar, pero, como suele decirse, torres más altas han caído.

—Me ha costado un triunfo, no veas. Es que, cuando se pone petardo... no hay quien lo aguante, pero si los vaqueros le quedan de muerte. Ah, y no son de marca, que conste —explicó Olivia satisfecha.

El aludido eligió ese momento para hacer su aparición y las miró a las dos frunciendo el ceño.

—¿Tienes para mucho? —preguntó a su mujer con sarcasmo. Sabía que, si insistía para sacarla de allí, más se empeinaría ella en quedarse; por tanto, mejor insistir lo justo.

—No te enfurruñes que te salen arrugas. ¿No me digas que no está mono así, con barba de tres días? —preguntó Olivia acariciándole las mejillas.

—Bueno... sí —convino la otra, acostumbrada a vivir con su propio tipo desaliñado. Lo cierto es que ver a Thomas con ese aspecto tan, ¿normal?, como había sugerido su mujer, le hacía parecer menos insoportable. Si además le sumabas un carácter menos propenso a la arrogancia, lo cierto es que hasta podían llegar a ser amigos.

Thomas hizo una mueca. Lo que había que sufrir por el bien de su relación. Si alguien, un par de años antes, le hubiera mencionado algo así...

Para no seguir siendo objeto de estudio, decidió poner fin a la tertulia de chicas.

—Venga, que se nos hace tarde. Y te recuerdo que tú y las normas de circulación no os lleváis nada bien.

—La culpa no es mía. ¿A quién se le ocurre conducir al revés? Por Dios, qué raritos sois —se quejó negando con la cabeza.

Nicole se echó a reír.

—Ya deberías haberte acostumbrado.

—Me niego —adujo toda seria.

—Ya discutiremos otro día ese asunto —intervino Thomas tirando de ella.

—Ah, por cierto... —Olivia buscó en su bolsillo y extrajo unas tarjetas de visita



que entregó a Nicole—, me he hecho *freelance*.

—Joder... —refunfuñó él a su lado y añadió mirando a su ex—: no la animes, por favor.

—¿*Freelance*? ¿Te has metido a periodista?

—¡Qué más quisiera yo! —se lamentó el abogado.

Pero ninguna de las dos le prestaba atención.

—No, qué va. Soy *freelance* de la estética —explicó orgullosa Olivia mientras la otra mujer guardaba las tarjetitas en su cartera.

—Que conste que he intentado impedirlo por todos los medios —apostilló él evidenciando su desagrado por tal circunstancia.

—Bah, ni caso. Verás: es que abrir un centro de estética, como siempre había sido mi sueño, me es imposible.

—Porque no quieres, que el banco sí te daba el préstamo —intervino Thomas recordándose.

—Ya, y toda la vida trabajando para devolverlo. No, he preferido ir a mi aire. Además, de ese modo puedo vivir aquí o en España sin estar atada a un negocio. Hago clientas a través de contactos, me llaman, voy a su casa y las atiendo. ¡Un negocio perfecto!

—Pues me parece una idea estupenda —convino la abogada—. Dame más tarjetas, que se las paso a mis amigas —pidió Nicole interesada.

Olivia se mostró encantada.

—También me ocupo de los novios y amigos... —insinuó Olivia picarona.

—No me lo recuerdes... —farfulló un hombre descontento y un pelín celoso.

—Pues mira, ahora que lo pienso... Igual podrías pasarte mañana por casa...

—Lo que me faltaba —protestó él.

—Deja de enfurruñarte. Tiene derecho a montar su propio negocio —le recriminó Nicole.

—¿Ves como es una buena idea? —inquirió Olivia aprovechando la ventaja.

—A ver, que quede claro, yo no me opongo. Pero eso de ir todo el día con el maletín de aquí para allá, de casa en casa, no es serio. Podía haber montado un salón profesional y hacerse con una clientela respetable, pero no, la señora siempre tiene que desbaratar los planes.

—Oh, por favor, ya te salió la vena petarda. Tú ni caso —dijo dirigiéndose a Nicole—, tengo muchas ganas de pillar por banda a tu novio, que, por cierto, ¿cuándo lo vas a convertir en un hombre decente?

—Un día de estos —respondió sin comprometerse.

—Porque he leído en las revistas que te lo ha pedido unas cuantas veces.

—Pero siempre le digo que no —respondió con una sonrisa—. Lo de estar comprometida no es para mí.

Su ex se mantuvo prudentemente en silencio.

—Pues a lo mejor tienes razón... —reflexionó Olivia—; además, si te animas a

tener críos no necesitas estar casada. Si te soy sincera, yo acepté por él —hizo una mueca burlona—, porque para estas cosas es de un antiguo... —dijo señalando al «antiguo».

—Deja de cotillear —insistió Thomas—, que al final no hacemos nada.

—Bueno, pues te dejo, que con un responsable así, auestas, no puedo ir a ningún sitio.

Las dos mujeres se despidieron con besos y la promesa de que Olivia los visitaría al día siguiente para ejercer de *freelance* estética con Max.

Cuando Nicole se quedó de nuevo a solas, cerró la puerta y comprobó la hora; se percató de que, a pesar de que se había citado con un cliente y, después de venir a la carrera, este ni siquiera se había presentado.

Se encaminó hacia su despacho y se sentó en su confortable sillón de oficina. Dejó sobre su escritorio, como siempre impoluto, los papeles que llevaba y encendió el ordenador.

Le daría un tiempo de cortesía a su cliente mientras revisaba los correos electrónicos y otras cosillas. Notó una vibración en el bolso y sacó su móvil.

—¿Diga?

—Siento el retraso, señorita Sanders. Llegaré en diez minutos.

Nicole suspiró y se preparó los papeles necesarios para entregárselos y así perder el menor tiempo posible.

Hubo suerte; su visita esta vez sí cumplió y pudo despacharla en menos de dos horas. Así que, con el trabajo terminado, se dedicó a navegar un rato por Internet. Encontrar noticias de Max en la red ya no suponía ninguna novedad, pero de vez en cuando convenía echar un vistazo por si alguna mención estaba fuera de lugar o se usaba su imagen de forma incorrecta. Ahora que le llevaba los asuntos profesionales, además de los personales, visitar webs entraba dentro de sus funciones.

No encontró nada relevante, amén de algunas fotos en las que también aparecía ella, por lo que se quedó tranquila. Sin embargo, justo antes de cerrar el navegador hubo algo que le llamó la atención y quiso ampliar la información que daba el titular...

## Capítulo 2

—No puede ser...

A cada palabra que leía su perplejidad iba en aumento.

Debería estar curada de espanto. Multitud de mujeres afirmaban haberse acostado con Max y, si bien algunas simplemente se lo inventaban por alcanzar notoriedad, otras aportaban pruebas, como fotos, para dar más credibilidad a la historia. E incluso daban detalles más íntimos, como gustos personales sobre el cuerpo de su amante o habilidades especiales, lo cual Nicole conocía de primera mano, por lo que escuchar a un montón de mujeres mencionándolo jorobaba bastante. Entendía que él tuviera un pasado, aunque costaba un poco digerirlo. Y eso que Max, siempre que la pillaba martirizándose, la llamaba poco menos que idiota, por dar pábulo a esas memeces. Especialmente porque, cuando asimiló de quién se había enamorado, lo hizo aceptando todas las condiciones, y su vida pasada entraba en el lote.

Lo intentaba y lo conseguía, más o menos, pero esta noticia era completamente diferente.

No era menos cierto que a veces se difundían noticias a las que el medio en cuestión añadía detalles de su propia cosecha para hacer más jugoso el reportaje, y luego, cómo no, estaban quienes, a título personal, se lo pasaban en grande inventado líos en los que Max era el protagonista.

Aun así, costaba digerirlo. No quería terminar siendo una de esas mujeres celosas que arrancaba los pelos a cualquiera que se acercara a su chico, ya no tenía edad para eso. Era adulta, podía racionalizar las cosas y ser objetiva, pero, utilizando palabras de su chico: jodía, y mucho.

Con un nudo en el estómago y la esperanza de que solo se tratase de otra aspirante a vivir del cuento, recogió todas sus cosas y se dirigió a su coche con la idea de dar una vuelta y despejarse un poco.

Sentada en el vehículo, pero con el motor apagado, se planteó dónde acudir. A esas horas, Carla, una de las pocas personas a las que podía llamar «amiga» y a la que podía confesarle sus temores sin recibir una sarta de buenas palabras, estaría ocupada en su trabajo. Y conociéndola, no estaba muy segura de querer saber su opinión, pues podía ser de todo menos racional.

Podía pasarse por casa de sus padres y perderse en la cháchara intrascendente de su madre, pero, como suele decirse, es peor el remedio que la enfermedad. No necesitaba acabar la jornada con dolor de cabeza y menos aún inventarse nuevas excusas para justificar que siguieran viviendo en pecado, hecho que Nicole disfrutaba, pero que a su madre todavía le escocía. No era ningún secreto que la señora Sanders se moría por organizar el bodorrio más espectacular y hortera del mundo para casar a su única hija.

Y Nicole se resistía a ello con todas sus fuerzas. Cuando le preguntaban «¿por qué aún no estás casada?», ella siempre respondía «¿por qué debería estarlo?».

También ciertas amistades le recordaban que su novio era un tipo, por decirlo de manera suave, bastante solicitado, y que, por lo tanto, debería tener los ojos bien abiertos para evitar que una lagarta se lo levantara, de ahí que casarse fuera «imprescindible».

Ya, como si a Max o, ya puestos, a cualquier otro hombre fuera a detenerlo un papel en caso de querer ser infiel.

Nicole odiaba que intentaran inocularle el virus de la maldita duda; ella solita, como en esos instantes, ya se autoflagelaba lo suficiente como para recibir ayuda extra. Podían ser comprensibles, aunque irracionales, sus dudas y más si cabe cuando Max nunca le había dado un solo motivo para ello. Pero era humana y a veces aparecen sentimientos inoportunos que te joroban y que, como tales, no pueden ser mandados a paseo chasqueando los dedos.

—Mira que soy estúpida —murmuró mientras buscaba las llaves del coche en su bolso.

Terminó arrancando el vehículo y, con la prudencia habitual, maniobró para salir del estacionamiento. Lo mejor era regresar a casa y esperar que semejante noticia fuera solo un bulo más de tantos que corrían por la red.

De momento no le comentaría nada a él, pues no tenía sentido hacer una montaña de un grano de arena y enfadarle, ya que, normalmente, Max echaba unos cuantos juramentos cuando ella se preocupaba, a lo tonto, de ese tipo de noticias.

Nada más llegar, aprovechó para cambiarse de ropa, pues corría el riesgo de echar el traje a perder si Max la pillaba por banda, ya que tenía cierta obsesión con su ropa de trabajo; según él, palabras textuales: «es verte con esa ropa de petarda y no poder controlar mis instintos más primarios». Eso tenía su gracia, pues, visto desde fuera, su traje sastre era de todo menos picante; pero, con una mente tan pervertida como la de Max, cualquier cosa era posible.

Nicole nunca se atrevería a ponerlo en duda, así que, con algo menos provocativo (ironías de la vida), bajó al gimnasio, donde seguro lo encontraría a esas horas.

No le falló el instinto y, cuando empujó la puerta doble que daba acceso a él, se quedó allí, atornillada al suelo, mientras un tipo que solo vestía un pantalón de deporte sudaba la gota gorda sobre un banco de abdominales acolchado; ella era incapaz de hacer ese práctica, ya que con un poco de yoga y pilates le bastaba para estar en forma.

Por supuesto sin estar él delante, jamás, pues no haría ni un estiramiento decente. Todavía le costaba realizar ciertas actividades en presencia de Max. Y, además, estando sola evitaba las burlas y comentarios jocosos sobre sus ejercicios.

Se le hizo un nudo en la garganta.

Sintiéndose una mirona en toda regla, hecho que antes nunca le preocupó, y aprovechando que Max estaba de espaldas, esperó a que él se percatara de su

presencia. No iba a jadear como una tonta, pero casi.

—Con las prisas y tu manía de llegar pronto, ¿hoy no has desayunado?

La voz de Max, que para estar haciendo ejercicio no sonaba nada forzada, la sacó de su ensimismamiento.

Parpadeó antes de poder hablar.

—¿Perdón? —se vio obligada a preguntar.

—¿O estás otra vez a dieta?

—¿Cómo dices? —inquirió al no entender a qué se refería Max con sus comentarios.

Él se rio entre dientes, se incorporó y agarró la botella de agua para dar un buen trago antes de explicarle el sentido de sus palabras.

—Si te lo menciono es porque me estás comiendo con los ojos y no haces nada al respecto con tu boca —comentó poniéndose de pie y realizando un escaneo visual. Frunció el ceño, otra vez se había ido a trabajar a primera hora de la mañana... con esta mujer no había forma de llevar una vida licenciosa, y mira que lo intentaba.

—Por favor... —se quejó ella negando con la cabeza.

Bueno, sí, vale... puede que hubiera tenido una leve tentación de abalanzarse sobre él mientras estaba recostado sobre el banco de abdominales, pero se había controlado. Además, tenía ese runrún interior que la carcomía por dentro. Buscaba el modo de sacar el tema a colación, pero, con él de esa guisa provocándola, pues se le iba el santo al cielo.

—Deja de mirarme, joder —protestó Max acercándose.

—¡Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando! —exclamó adoptando una actitud severa cuando él se detuvo a escasos diez centímetros.

—Pero qué mente más perversa tienes, por Dios, Nicole, que solo voy a darte un besito de buenos días, ya que tú, en tu afán de ser la más responsable, me lo has negado esta mañana.

Ella reculó, no se fiaba ni un pelo.

—Ve a la ducha y luego hablamos.

Max resopló.

Pero antes de que ella pudiera escabullirse y jugar a la chica buena, le rodeó la cintura con un brazo y la pegó a su cuerpo para poder martirizarla un poco, que eso siempre le ponía de buen humor.

—Besito o no te suelto.

Con un suspiro a caballo entre la resignación y el reconocimiento, pues lo deseaba, se acercó a sus labios y, cual adolescente inexperta, le plantó un beso rápido en los labios.

—Ya está —dijo toda ufana limpiándole los restos de carmín y apartándose—. Venga, dúchate.

—¿Así, sin lengua ni nada? —inquirió guasón y, como con una mujer así había que aplicar la política de hechos consumados, la pegó a su torso empapado de sudor,

con la otra mano la agarró de la nuca y le bajó la cabeza como debe ser, para darle un beso con lengua, mucha lengua, antes de meterse en la ducha.

—¡Max! —gritó abochornada, no por el comportamiento de él, sino por el suyo propio.

Puede que al bajar al gimnasio su intención fuera hablar con él, pero, por mucho que se obstinaba en negarlo, era tocarla y reaccionar de esa forma.

—Odio estos jodidos pantalones —gruñó junto a su oreja intentando desabrochárselos para meter la mano entre sus piernas—, se supone que has ido a la oficina. ¿Y el traje de bibliotecaria cachonda?

—Colgado en el armario —respondió entre jadeos mientras él se las apañaba para llevarla, arrastrarla más bien, hasta el suelo.

—Eres de lo que no hay —protestó sin mucha convicción, pues ya había conseguido bajarle las bragas hasta medio muslo.

Nicole intentó ponerse cómoda en el suelo, todavía mortificada por la cantidad de luz que se filtraba a través de las enormes vidrieras. ¿Y si alguno de los empleados elegía hoy, precisamente hoy, para limpiarlas?

Cerró los ojos. Max estaba sobre ella ocupándose de desnudarla sin miramientos y en menos de dos minutos se dio cuenta de que se encontraba tendida en una de las colchonetas del gimnasio, con las bragas enredadas en un tobillo, las rodillas dobladas y un hombre muy malo entre ellas a punto de devorarla viva.

—¿Ves? Yo no lo pongo tan difícil —murmuró él desprendiéndose de su ropa de deporte, incluyendo los calcetines, y mostrándose orgullosamente desnudo y empalmado—. Abre los ojos, joder, que te lo vas a perder.

Su tono de burla hizo que ella obedeciera a medias, por supuesto. Resultaba muy difícil combinar la excitación con el pudor, pero con Max encima siempre terminaría ganando el deseo, pues, si a Nicole se le ocurría protestar, la burla sería aún más despiadada.

Ella claudicó sonriendo, lo que implicaba que ese lado salvaje, que tanto se obstinaba en domar, terminaba saliendo a la luz. Estiró los brazos hacia atrás y arqueó un poco la espalda, ofreciéndose sin reservas, como siempre le ocurría: una vez pasada la vergüenza inicial, se rendía a la evidencia.

Ser objeto de las perversidades de Max ganaba ampliamente la batalla a su ridículo sentido del recato. Aunque ella sospechaba que él disfrutaba, y mucho, cuando tenía la oportunidad de lidiar con su lado mojigato.

—No creo que me vaya a perder nada —murmuró insinuante y se ganó por ello una media sonrisa picante.

—Pues haz algo... para variar —pidió acariciándole la cara interna de los muslos, obviando deliberadamente su sexo.

—¿Algo así? —preguntó coqueta lamiéndose los labios.

—Mmmm, puede valer —contestó no muy convencido—, pero tú y yo sabemos que puedes hacerlo mejor, ¿verdad?

Mientras ella se lo pensaba, tomó una ruta alternativa. Sustituyó sus manos por sus labios y se dedicó a regalarle pequeños mordisquitos, haciéndole cosquillas y logrando que por fin gimiera como es debido.

—Oh, por favor... —jadeó posando ambas manos sobre su cabeza para mantenerlo en esa posición.

—Deja de tirarme del pelo y pellizca un poco ese par de tetas —exigió antes de penetrarla con un dedo. No le sorprendió encontrarla caliente, mejor dicho ardiendo, y muy, muy húmeda. Añadió un segundo dedo antes de decir—: Que las tienes abandonadas, Nicky.

Al oír el diminutivo de su nombre, que siempre odió, pero que solo Max utilizaba en situaciones como esta, arqueó la pelvis en busca de mayor contacto.

—De... de acuerdo —farfulló.

Como una chica obediente, llevó las manos sobre sus pechos y comenzó a acariciarse. No con la fuerza que él consideraba necesaria, pero sí de forma satisfactoria. Mientras, él se afanaba entre sus muslos, lamiendo cada recoveco de su sexo al tiempo que sus dedos obraban maravillas en su interior.

Nicole iba poco a poco acercándose a un buen orgasmo, de esos rápidos que te dejan con una sonrisilla bobalicona en la cara para el resto del día, lo que, sin duda, ayudaba a pasar el resquemor que aún permanecía dándole vueltas en la cabeza.

Tenía que hablarlo con él, pero dentro de un buen rato.

En ese instante se oyó un zumbido seguido de un politono...

—Como se te ocurra responder... —amenazó Max separando solo un instante la boca de su coño para verter sus palabras y dejar claro su postura.

—No podría... —musitó entregada al ciento por ciento.

En otro tiempo hubiera mandado a paseo a quien fuera por responder una llamada, ahora... ahora todo era bien distinto.

Dejó que el móvil siguiera sonando hasta que quien fuera el emisor se cansase. No iba a desconcentrarse ahora por una llamada de teléfono.

—Creo que estás lo suficientemente húmeda y cachonda como para que me dejes metértela un poquito —anunció Max gateando sobre su cuerpo hasta situarse junto a su boca y así poder besarla, compartiendo con ella su propio sabor.

Nicole, lejos de apartarse, le rodeó con piernas y brazos, encantada de que él llevara a cabo sus planes más inmediatos.

—De acuerdo —convino sonando jadeante y desesperada.

Max, ante ese tono tan, pero que tan, sugerente, la miró un instante, satisfecho al comprobar que sus esfuerzos daban resultado.

—Pues no se hable más —dijo y acto seguido se agarró la polla con una mano para restregarse sobre sus pliegues antes de penetrarla con la brusquedad necesaria para que ella despegara la espalda de la colchoneta y gritara tal y como a él siempre le gustaba.

—Sí... —dejó escapar Nicole entre sus labios justo antes de que él reclamara su

boca de una forma salvaje, imitando tal vez los movimientos de su pelvis.

Aquello empezó a descontrolarse. Ella no reprimía ni uno solo de sus gemidos mientras que Max embestía sin medias tintas. Un ritmo diabólico al que ninguno podía poner una sola pega.

Nicole levantó las piernas para darle mayor libertad de movimientos. Max se lo agradeció con un gruñido de satisfacción masculina y, apoyándose sobre sus brazos, se elevó de tal forma que pudiera observar cómo cada vez que la penetraba sus tetas se movían al compás.

Eso le dio una idea...

—¡Max! —gritó al sentirse de repente abandonada a su suerte.

Él, maniobrando con rapidez y habilidad, se colocó debajo y sujetándola por la cintura la montó encima, a horcajadas. Nicole, desconcertada, se dejó llevar y asumió su nueva posición sin rechistar.

—Se me había olvidado... —murmuró él aguantando la risa—, que te tocaba a ti esforzarte, yo ya he hecho mucho ejercicio por hoy, así que venga... —Le dio una buena palmada en el culo—. Fóllame y que esas tetas reboten en mi cara.

Haciendo un gesto de enfado, Nicole metió la mano entre ambos cuerpos y posicionó su polla con la idea de dejarse caer. No era muy aficionada a aquella postura, pues implicaba llevar todas las riendas, pero aceptó.

Se mordió el labio una vez que lo sintió de nuevo en su interior y se echó hacia delante, apoyando las manos a ambos lados de la cabeza de Max, dejando que sus pechos cayeran provocativamente sobre esa boca que no se cansaba de soltar vulgaridades. A las que, por supuesto, no ponía ninguna objeción. Si acaso protestaba era para que él se esforzara en que fueran aún más vulgares.

—Vamos, nena, me tienes a punto de caramelo...

Ella sonrió, hablando de vulgaridades... Qué manera más elegante...

—Y yo... —jadeó balanceándose sin perder un segundo.

En el gimnasio solo se oían las respiraciones de ambos mezcladas con el chirrido característico del plástico de la colchoneta al moverse sobre él.

—Apriétame, vamos, haz que mi polla explote...

Nicole se limitó a obedecer antes de sentir un escalofrío que recorrió todo su cuerpo hasta concentrarse en su sexo y acabar gritando sin ningún tipo de reserva, y caer desplomada sobre Max, quien la envistió desde abajo por última vez antes de abrazarla.



## Capítulo 3

Como siempre, Nicole se despertó primero. Se giró en la cama y, tras comprobar la hora en el despertador de la mesilla, se estiró. Hoy no tenía nada pendiente y bien podía remolonear. Había descubierto no hacía mucho ese verbo y le apetecía ponerlo en práctica.

Max, dormido como un tronco a su lado, desnudo como siempre, estaba acostado boca abajo, por lo que, si apartaba la sábana, podría recrearse la vista. Sabía que él tenía esa misma mañana un partido de fútbol de esos amistosos o benéficos a los que se apuntaba de vez en cuando y apareció una sonrisa tontorrón en su cara. Hasta la fecha no había sido mujer de fantasías sexuales; sin embargo, existía una, bastante recurrente, pero que aún no había comentado con su amante.

Quería, tras un previo estudio de la situación, poder colarse en el vestuario y contemplar a placer lo que allí se desarrollaba y después, naturalmente, atacar a su jugador favorito, comportándose como una fan histérica dispuesta a todo por su ídolo.

No le cabía la menor duda de que, si compartía este interesante y calenturiento pensamiento con el tipo que dormía a su lado, este la arrastraría hasta el vestuario más cercano y sin dar una sola patada al balón la metería dentro, le arrancaría la ropa y en menos de cinco minutos se la follaría contra la primera pared de azulejos disponible, con o sin público.

Nicole sintió un escalofrío solo de imaginarlo, pero, si bien esperaba poder llevarlo a cabo algún día, antes quería sopesar los pros y los contras y, por supuesto, asegurarse de que aquello resultaba factible.

Se moriría de la vergüenza si en medio de todo aquello algún compañero de Max irrumpía en el escenario. Puede que los futbolistas estuviesen acostumbrados a montárselo con la primera que aparecía sin titubear o ver a sus compañeros dándole sin inmutarse, pero Nicole deseaba que su fantasía se llevara a cabo en privado.

Se mordió el pulgar imaginando que, además de controlar los accesos y demás, también debería ocuparse del atuendo. No podía presentarse en el túnel de vestuarios con un traje serio. Iba a hacer falta un poco de *lycra*, zapatos de tacón de aguja y un maquillaje más exagerado de lo normal.

Sí, tendría que anotar todo, para no olvidar ningún detalle.

Por supuesto, el primer paso, acceder a la zona reservada a los jugadores y personal autorizado, lo tenía resuelto, ya que Max, como regalo, la había obsequiado con un pase vip, el cual aún no había estrenado.

Estaba claro que un día de estos debería acudir, aunque solo fuera para observar la distribución de las instalaciones y los movimientos del personal. Ya vería el modo de no levantar sospechas, porque, si de repente mostraba su interés, Max se olería algo.

—Llevas demasiado tiempo despierta y pensando, eso no es nada bueno — murmuró Max somnoliento.

Nicole no se sorprendió. Él hacía gala de una especie de sexto sentido, así que se rindió a la evidencia y, aprovechando que se encontraba de espaldas, pasó una mano por su trasero y disfrutó del tacto. Después se movió lo justo para poder acercar sus labios y darle un mordisquito en ese culito tan prieto.

Nunca disfrutaría del fútbol en vivo y en directo, pero oye, se llevaba los beneficios colaterales a casa.

—¿Nos hemos levantado hambrientos? —inquirió él sin moverse.

—Un poco, sí —respondió recorriendo con su boca toda su espalda hasta llegar a la nuca y concentrar allí una cantidad mayor de besos.

—Pues nada, sírvete a tu antojo.

—Lo haré.

—Aunque te recomiendo la especialidad de la casa... —sugirió medio en broma.

—No me lo digas —se apresuró a contestar ella, porque intuía cuál era el plato principal del menú.

—Dejaré que lo adivines tú sola —añadió moviendo el trasero de forma provocadora.

Nicole prefería ir despacio y se tomó su tiempo. Pasó por alto los bufidos y los intentos de Max por girarse. Para ello, se subió a sus espaldas y se acomodó de tal forma que pudiera besarle donde se le antojase y volver loco al mismo tiempo al señor impaciente.

—Nicole...

—¿Mmmm? —Ella continuó con sus perversos besos sobre la espalda, nuca, hombros.

—Deja de restregarte contra mi culo y deja que me dé la vuelta.

—No.

—Pues a este paso me vas a dejar lisiado.

Nicole se rio ante el tono lastimero.

—No exageres... —murmuró inclinándose hacia delante para mordisquearle el hombro.

—Para ti es fácil decirlo, pero piensa un poco en mi polla, cariño, que en esta postura no se siente muy cómoda que digamos.

—Pobrecito...

Para que no sufriera más, le permitió ponerse boca arriba, aunque de nuevo la idea que Nicole tenía en mente era manosearlo y jugar con él.

Y lo hizo: con las manos sobre su pecho, empezó a masajearlo sonriendo como una tonta ante la cara de disgusto de Max, que a duras penas se mantenía quieto. Esta mujer pedía a gritos un correctivo inmediato, pero se obligó a respirar y echó los brazos hacia atrás para recrearse la vista. Verla así, excitada, desnuda sobre él, fantaseando a saber con qué, no tenía precio.

Y ya que se había esforzado tanto por tenerla de ese modo, ahora no iba a estropearlo siendo un cagaprisas.

Las manos femeninas fueron descendiendo al mismo tiempo que su cuerpo y de esa manera se detuvieron ante su erección. Tras morderse un instante el labio inferior, abandonó los titubeos y se humedeció la palma antes de agarrar su pene.

Max inspiró con fuerza y entrecerró los ojos.

—Joder, Nicky, tienes las manos heladas —protestó solo para tomarle el pelo.

—Lo siento —mintió ella.

De igual manera que durante su masaje, aplicó un ritmo lento, moviendo su mano arriba y abajo por todo el tronco. Aprovechó su otra mano libre y acunó sus testículos. No se cansaba de explorar, a pesar de que, bajo las órdenes de Max, lo había hecho unas cuantas veces, sobre todo al principio.

Disfrutaba teniéndolo, literalmente, en sus manos...

—Usa la boca, nena, que te mueres de hambre —insistió resoplando.

—Vale, hoy me saltaré la dieta —bromeó antes de acomodarse para poder bajar la cabeza y así meterse toda su polla en la boca.

Separó los labios, absorbiéndola poco a poco, teniendo la precaución de no atragantarse.

—Joder... —siseó arqueando las caderas.

Nicole continuó su asalto en toda regla, presionando con los labios y ocupándose principalmente de la punta. Recorrió cada recoveco con su lengua disfrutando de la sensación de darle placer y de los murmullos y palabrotas entremezcladas con las que Max la obsequiaba.

No aumentó el ritmo, dejó que todo siguiera su curso de manera natural. Le permitió embestir dentro de su boca, controlando la profundidad al poner una mano en la base, lección que había aprendido hacía tiempo.

No dejó de masajear sus testículos, sintiendo cómo él se tensaba cada vez más. Estaba a un único paso de correrse y sonrió. Esto cada vez se le daba mejor.

—Ponte encima, maldita sea, que te quedas a medias —exigió entre gemidos. Estiró la mano y la agarró del pelo; costaba Dios y ayuda apartarla, en especial cuando, tras tantas clases prácticas, ahora la mamaba como nadie, pero los tiempos del egoísmo pasaron a mejor vida y no quería dejarla insatisfecha.

—No —murmuró apenas apartándose de su erección.

—Que te pongas encima, joder —insistió cabreándose ante su obstinación.

—He dicho que no.

—Será posible... —soltó añadiendo unos cuantos juramentos de lo más creativos y se concentró para no correrse (la cosa tenía bemoles) y así salirse con la suya. Con la habilidad que le caracterizaba, se movió hasta quedar de medio lado, después, ante el desconcierto de ella, se apartó lo imprescindible para poner los pies en la almohada —. Ya está, puedes chupar lo que quiera...

Nicole no pudo articular palabra, ya que sintió el roce de su pelo entre las piernas

y acto seguido una boca separando sus hinchados y húmedos pliegues para, a continuación, llegar hasta su clítoris y succionarlo sin piedad.

—Que chupes, no te despistes —masculló Max volviendo a su tarea. Movi6 la pelvis ante su cara por si no captaba el mensaje.

No estaba convencida del todo, pues siempre que se encontraba en esta tesitura no sabía muy bien si concentrarse en su propio placer abandonando su parte de responsabilidad o bien obviar las reacciones de su cuerpo para centrarse en lo que su boca debía hacer.

Con la duda sin resolver, acogió de nuevo su polla y cerró los ojos, dispuesta a dar lo mejor de sí misma. Lo lamió con entusiasmo y disfrutó al mismo tiempo de lo que unos labios perversos hacían en su coño.

Con ese endiablado ritmo ninguno de los dos iba a aguantar mucho, y así fue. Nicole ahogó un gemido al sentir su clímax y, pese a que necesitaba digerirlo, no se apartó de su pene y disfrutó de los coletazos de su orgasmo mientras Max se corría en su boca.

Max recuperó la posición correcta y tiró de la sábana para taparlos a ambos. Ella se acurrucó contra su costado y se sorprendió de que, en menos de diez minutos, él estuviera de nuevo dormido.

¿Cómo era aquello posible?

Sonrió, satisfecha pero sabiendo que ya le sería imposible dormir; le dio un beso en los labios y se incorporó.

Hoy no tenía que ir a ningún sitio, pero aun así había abandonado la cama, ya que deseaba desayunar tranquila en la cocina y evitar que un novio maníaco sexual insistiera en desayunar en la cama. El problema era que sus argumentos siempre lograban convencerla y Nicole odiaba poner todo hecho un asco. Más que nada porque luego la chica de la limpieza, cuando se encargara del dormitorio, a saber qué llegaría a pensar.

Con su taza de café en la mano, se acercó a revisar el correo y clasificó las cartas: una deformación profesional que no podía evitar. Era más o menos lo de siempre hasta que hubo un sobre que le llamó poderosamente la atención...

En el membrete se leía el nombre de un despacho de abogados, que ella no conocía, Foreman y Asociados, por lo que dedujo que se trataba de un bufete de corta trayectoria.

La carta iba dirigida a Max, pero, como él jamás se ocupaba de esas cosas, para eso estaba ella, la abrió y empezó a leer su contenido.

Mientras caminaba en dirección a la habitación que hacía las veces de despacho, pese a que Max siempre protestaba por ello, pasó por alto el consabido y rebuscado lenguaje judicial a la hora de presentarse y llegó al meollo de la cuestión.

Cada palabra que iba leyendo hacía más intrincado el nudo que se le estaba formando en la garganta.

—No puede ser... —musitó negando con la cabeza.

Se acomodó en su gran sillón profesional y volvió a leer, párrafo a párrafo, todo el contenido, intentando asimilar lo que allí se mencionaba.

Después de tres o cuatro infructuosas lecturas, aquello no era un sueño, sino la cruda realidad; se recostó y cerró los ojos.

Ahora que todo iba tan bien entre los dos...

Por lo visto el rumor que había leído en Internet el día anterior era cierto...

Y ahora, en sus manos, tenía una prueba que lo demostraba.

Ella era abogada, una excelente profesional y, por tanto, capacitada para ocuparse del asunto, pero ¿y el conflicto de intereses?

Eso suponiendo que no fuera cierto, pues enfrentarse a una demanda de paternidad constituía un grave problema, ya que Nicole, que había reiterado por pasiva y por activa su nula intención de ser madre, ahora debía asumir que quizá, y existía una alta probabilidad, otra mujer se le había adelantado.

¿Cómo reaccionaría Max al enterarse?

En más de una ocasión él había bromeado sobre ese tema, provocándola y metiéndose con ella por, primero, negarse a pasar por el altar y, segundo, por no querer tener hijos. Puede que el humor solo fuera una cortina de humo, una forma de disimular sus verdaderos deseos.

Nicole tenía muy claro esos conceptos: ahora que había elegido un tipo de vida, llamémosle, menos convencional, no quería retornar al redil de lo establecido cumpliendo un guion.

Pero Max, en el fondo, lo deseaba. No había más que recordar el sinfín de ocasiones en las que él aprovechaba para pedírselo. Ciertamente que la madre de Max, a la hora de meter cizaña, no tenía precio, pero si él quisiera eso no pasaría de ser una mera anécdota; sin embargo, insistía.

Y ahora esto...

Con el maldito documento en la mano, se mordió el pulgar, indecisa, molesta, incómoda con todo aquello.

Tras unos momentos de dudas, buscó su bloc de notas, sacó su estilográfica y decidió que lo mejor en estos casos era coger el toro por los cuernos.

Hizo anotaciones; en primer lugar el nombre de la demandante, para realizar una búsqueda exhaustiva.

Al cabo de diez minutos y gracias a san Google, tenía una ligera idea del tipo de mujer que decía tener un hijo de tres años de Max.

Adele Johnson, de treinta y dos años. Rubia, despampanante y por lo visto actriz secundaria en series de televisión. Modelo en sus ratos libres y coleccionista de famosos a tiempo completo.

Un perfil que empezaba a ser demasiado convencional.

Nicole se tragó la bilis al ver las imágenes de Max con ella, que venían a confirmar que sí se conocían y que, por lo tanto, haber tenido una relación era factible.

Estaba mal desconfiar de su novio, pero dudaba que solo hubieran salido a cenar.

Intentando analizar la situación sin las temidas complicaciones sentimentales, continuó su trabajo. En el documento de Foreman y Asociados se solicitaba, por vía amistosa, una pensión alimenticia y el reconocimiento público, es decir, que el niño pasara a llevar el apellido Scavolini.

Suele decirse que el orden de los factores no altera el producto, pero en este caso sí. Que primero figurase la cuantía económica, que dicho sea de paso serviría para alimentar a dos familias numerosas, daba la impresión de que lo más importante era vivir a costa del padre. Lo del reconocimiento solo era un seguro de vida a largo plazo para poder, llegado el momento, meter mano a la cuenta bancaria del padre.

Aparte de la amargura que suponía aceptar la paternidad de Max, pese a que los hechos sucedieran antes de conocerse, le molestaba saber que un menor estaba siendo utilizado. Aquello la asqueaba sobremanera.

Si analizaba los hechos con frialdad, es decir, como si se tratara de cualquier otro cliente, debería empezar por separar la paja del grano, esto es... Si fuera una amiga la que se encontrara en esta tesitura, ¿cómo la aconsejaría?

Siendo objetiva, lo primero a lo que recurriría sería a las fechas, es decir, no puedes enfadarte si tu novio, antes de conocerte, tuvo una relación de la que hubo consecuencias.

Ya, pero si esas consecuencias aparecían ahora, no ayudaban. De haber conocido desde el principio la existencia de un hijo, aceptarlo como parte de la vida de tu amante no hubiera supuesto ningún contratiempo. Lo que realmente escocía era enterarse de ese modo.

Nicole le dio vueltas a la cabeza una y otra vez y al final sacó una reveladora conclusión, que por cierto la dejaba a ella misma a la altura del barro.

Si en una pareja lo primero es la confianza... ¿Cómo había sido capaz de dudar de Max?

¿Y si esa tal Adele solo buscaba dinero fácil?

¿Y si esa mujer, sabiendo que a Max no le gustaría el escándalo, contaba con un desembolso para mantener el pico cerrado?

—¿Qué te pasa?

Nicole levantó la vista y se encontró al objeto de sus preocupaciones apoyado en el marco de la puerta, con ropa deportiva.

—Nada —respondió guardando sus notas. Recordó entonces que hoy jugaba un partido amistoso con otros colegas ya retirados.

—Pues parece que te has encontrado con un sapo y, en vez de besarlo para ver si se convertía en príncipe, te lo has comido —comentó cruzándose de brazos.

Nicole cogió su estilográfica y jugó con ella para tener algo entre las manos.

Los dos se observaron durante unos instantes hasta que Max, moviéndose con calculada lentitud, se acercó hasta ella. Sospechaba algo.

—Vas a llegar tarde —murmuró ella—, otra vez.

—¿No vas a contarme qué te sucede? —insistió inclinándose sobre ella.

En un acto reflejo, se echó hacia atrás para mirarlo bien. Nunca había sido ni sería una aficionada al fútbol, pero, la verdad, cada vez sentía más inclinación por ver un partido.

Apartó la mirada para no caer en la tentación y vio el sobre del despacho de abogados, por lo que todo su aparente entusiasmo ante la idea de acompañarlo se esfumó de repente.

—Estás tú muy rara hoy...

—No he dormido bien —respondió recurriendo a una media verdad para no dar más explicaciones. Antes de hablar con él ataría todos los cabos y para ello iba a necesitar ayuda.

—Ya hablaremos cuando vuelva —gruñó Max y le dedicó una mirada de «tú, a mí, no me la cueles» antes de salir por la puerta.

Nicole respiró medianamente tranquila; por lo menos no tendría que seguir fingiendo ante él, pues Max podía sacarla de quicio con sus habilidades de persuasión y terminar diciendo lo que una mujer resentida debe callar hasta saber a ciencia cierta lo que está pasando.

Agarró su teléfono y buscó en la agenda hasta encontrar el número de su exsocio. Puede que no fuera la mejor solución; sin embargo, necesitaba ayuda profesional, porque, por mucho que lo intentara, ella sola no podría sobrellevar todo esto.

Marcó, pero al instante colgó el auricular. No tenía muy claro cómo enfocar el caso. La idea de contarle a un ex, con el que una no tiene precisamente buenas relaciones, algo así supone un amargo trance.

¿Qué pensaría Thomas cuando supiera los detalles?

¿No sería mejor buscar a otro abogado, alguien anónimo con quien no hubiera ningún tipo de implicación?

¿Soportaría las valoraciones prácticas, pero dolorosas, que él hiciera?

¿Podrían trabajar juntos sin acabar echándose los trastos a la cabeza?

Todas esas preguntas se agolpaban en su mente mientras sostenía el auricular en su mano.

Pero en estos casos hay que mandar al cuerno muchas dudas, hay que actuar con la cabeza fría. Y sí, Thomas había sido un cretino, pero un cretino que como abogado era de los mejores, así que, sin más consideraciones, o terminaría por no hacer nada, marcó el número y esperó a que contestara.

## Capítulo 4

Sabedora de que no estaba obrando ciento por ciento de forma correcta, y tras comprobar que Max ya había salido de casa, levantó el teléfono y se mordió indecisa el pulgar. Tenía dos opciones para recabar información. La primera, ser legal, y la segunda, recurrir al tráfico de influencias.

La primera opción, sin duda la más recomendable, podría suponer un lento y tortuoso recorrido, lo que debilitaba su defensa, así que mandó de vacaciones a sus principios y marcó el número de su ex. Tener a un policía en el mismo bando siempre resultaba práctico.

—¿Diga? —contestó una voz gruñona.

Nicole se sorprendió, Aidan y el mal humor nunca iban de la mano.

—Soy yo, tenemos que hablar.

—Precisamente estaba pensando en ti —dijo en el mismo tono—, necesito un abogado, y que sea bueno.

Ella no llegaba a imaginarse cuál era el motivo, así que se interesó.

—¿Y eso?

—Problemas con un vecino.

—¿Qué ha pasado? —preguntó interesada, aunque conociéndolo no podía intuir qué clase de problemas tenía, ya que su ex era el señor educación y encanto en persona.

—Mi querida compañera de piso, sí, esa con la que tan bien te llevas últimamente y que se niega a comportarse como una persona normal... —Nicole se rio ante la descripción de Carla, le iba como anillo al dedo—, se obstina en provocar al vecino más retrógrado que te puedas imaginar. Y, claro, hay mentes que no asumen bien las bromas. Me ha amenazado con denunciarme por escándalo público.

—¿Escándalo público? ¿No os habrán pillado...?

Lo cierto es que hasta no hacía mucho ella se habría sumado a la acusación, pero últimamente la idea le parecía excitante. Eso sí, de momento no era más que una idea, pero si daba vía libre al perverso que dormía cada noche a su lado acabaría montándose en cualquier sitio.

—Por poco —asumió gruñendo—, pero ya la conoces, no tuvo bastante y...

—¿Qué hizo?

—Fingir un orgasmo en el portal. Bien sonoro, bien expresivo. Nada de medias tintas.

Nicole no pudo contener más las carcajadas.

—¿Y qué dice ella? —inquirió intuyendo la respuesta.

—Ya la conoces. Lo ha amenazado con repetirlo pero sin fingir, ya me entiendes... —Aidan parecía realmente preocupado.



—Bueno, no sufras, si necesitas una abogada sabes que no tienes más que decírmelo.

—Gracias, contaba con ello —murmuró más sereno tras desahogarse—. Y dime, ¿para qué me llamabas?

—Verás, tengo un caso entre manos... que... es... complicado. —Nicole inspiró, se armó de valor y dejó de marear la perdiz—: Necesito que investigues a una mujer. Si está fichada, si tiene antecedentes, todo, cualquier cosa.

—Eh, eh, eh, para el carro. No puedo pasarte información confidencial —alegó con toda la sensatez del mundo.

—Aidan... por favor.

—No te me pongas melosa que no cuela. Que nos conocemos. Ah, y no se te ocurra llamar a Carla y contárselo para que me termine convenciendo.

—Por favor... —insistió ella.

—No puedo, joder, entiéndelo.

—Si no fuera importante, no te lo pediría.

Nicole, la profesional, la abogada otrora sin escrúpulos, pensó con rapidez algo para convencerlo...

—Está bien, tú lo has querido, tomaré otro camino.

Aidan suspiró.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó por si acaso.

—Quedar con Carla y unirme a su espectáculo vecinal.

—Joder, ¡ni se te ocurra! Lo que me faltaba por oír. Como esa loca con la que vivo se anime aún más, salimos en los periódicos. Maldita sea, Nicole, que ahora tienes un novio famoso, compórtate ¡coño!

—Ayúdame.

—Eres mala...

—Bueno sí, un poco —convino ella cruzando los dedos, casi lo tenía.

—Está bien, veré lo que puedo hacer. Dame el nombre y ya te contaré.

Nicole se lo recitó de memoria.

—Gracias, gracias, gracias. Eres un sol.

—Y tú una pelota, pero te aguanto. Por cierto, ¿tu novio famoso sabe que te dedicas a extorsionar a tus ex?

—No —respondió con toda sinceridad—. Pero que conste que es por una buena causa.

—El nombre me suena... —murmuró Aidan—, ¿puedes decirme el motivo por el que precisas esta información?

Nicole inspiró profundamente. Tarde o temprano Aidan, pese a ser un policía poco convencional, ataría cabos, así que prefería ser ella quien le diera la exclusiva.

—Prométeme que no se lo vas a decir a nadie.

—Vale —respondió y su tono sonó falso.

—Prométemelo —insistió muy seria.

—Que sí, pesada, venga, suéltalo.

—Esa mujer le ha puesto una demanda de paternidad a Max.

Aidan silbó evidenciando que eso era como poco un buen marrón.

—Nicole —dijo ahora sin rastro de burla—, ¿estás segura de que puedes con esto?

—Es difícil, pero lo haré. No digas nada a nadie.

—Pero se terminará sabiendo y la prensa...

—Hay rumores pero de momento solo eso, así que te pido por favor que no salga de aquí.

—De acuerdo.

Después de obtener lo que buscaba, se despidió de Aidan y continuó su labor, aunque le costaba concentrarse pues, una y otra vez, el runrún interior lograba desconcentrarla.

No podía parar de pensar en cómo encajaría en su vida todo aquello si terminaba por ser cierto.

Porque, a pesar de todo, Max, si se demostraba su paternidad, tendría que asumir su responsabilidad, de eso no cabía duda, lo que la dejaba a ella un poco al margen.

Como no podía avanzar debido a las vueltas que todo esto le daba en la cabeza, abandonó su lugar de trabajo y salió al jardín para dar un paseo. Esa era una de las ventajas de vivir en una propiedad con una gran extensión de terreno: podía perderse un rato, y Nicole realmente lo necesitaba.

Cuando regresó a casa, se encontró con que tenía visita. La *freelance* de la peluquería estaba esperándola, tal y como habían quedado.

—¡Ya estoy aquí! ¿Dónde está tu novio? —preguntó Olivia con una sonrisa manteniendo su maletín en alto.

—Vaya entusiasmo. ¿Tu marido sabe que te comportas así? —preguntó para nada molesta.

—Sí, por supuesto —admitió sin perder el buen humor—, es más, si Thomas anda cerca, exagero un poco, para tocarle la moral y eso.

—¿Y no se sube por las paredes? —inquirió con cierta lógica, su exsocio no era lo que se dice muy dado a soportar ese tipo de cosas.

Bueno, ya puestas, a ninguno le gustaba ver a su chica babear por otro.

—Sí, de eso se trata. Ya lo conoces: si le das la mano, se toma todo el brazo, y de vez en cuando hay que ponerlo en su sitio, que luego se te sube a la chepa y no hay quien lo aguante.

—Ver para creer... —murmuró la abogada.

La frase de «torres más altas han caído» acertaba de pleno en casos como este.

Ambas se echaron a reír.

Nicole la acompañó hasta el salón y allí se pusieron cómodas.

Una vez que estuvieron servidas, Nicole se aseguró de que nadie del servicio anduviera cerca para poder hablar con su amiga. Cerró las puertas y, mordiéndose el

pulgar, se sentó de nuevo mientras buscaba las palabras para explicárselo.

—Quiero pedirte un favor... —comenzó indecisa, pues cada vez que pensaba en lo que se le podía venir encima se le formaba un nudo en el estómago.

—Hecho —contestó rápidamente con una sonrisa—. Tengo ganas de cambiarte el corte, es bonito, te sienta bien, pero estarías de muerte si te lo cortaras un poco, en capas, en vez de llevarlo tan recto —añadió Olivia mientras buscaba algo dentro de su maletín profesional.

Nicole negó con la cabeza.

—No, no me refiero a eso. Me gustaría pedir ayuda profesional...

—¿Profesional? —preguntó extrañada.

—Necesito un buen abogado —dijo finalmente.

Olivia arqueó las cejas, las dos, ante aquellas palabras. Esto debía ser serio, pues había puesto una cara...

—Pues yo no conozco a ninguno que sea bueno —bromeó.

Nicole suspiró, se mordió de nuevo el pulgar y buscó la forma de decírselo. Se sentía como un disco rayado, pues primero se lo había contado a Aidan y ahora debía repetirlo.

—Es serio, verás... —buscó en su bolso y sacó la carta del despacho de abogados y se la entregó—, lee, por favor.

—De acuerdo, pero te has puesto tan seria que me preocupas.

Olivia desdobló el documento y empezó a leer. Frunció el ceño porque jamás se acostumbraría al retorcido y pomposo lenguaje que utilizaban los abogados; vivía con uno, sabía en qué terreno estaba, pero por mucho que adornaran los hechos la conclusión estaba cristalina.

—¡Joder! —exclamó al darse cuenta del alcance de todo aquello. Dobló con cuidado el papel y se lo devolvió.

—Sí, lo mismo pensé yo —corroboró la abogada haciendo una mueca.

—¿Y por qué no te encargas tú del caso? Eres buena.

—No sé si podré, cada vez que lo pienso...

—Vale, tienes razón. Necesitamos un picapleitos bueno..., uno que no se deje influenciar..., uno al que le guste pelear... —la peluquera empezó a enumerar las virtudes que precisaban sin llegar al meollo de la cuestión.

—¿Y no conoces a ninguno? —preguntó con retintín mientras la observaba poner cara de concentración.

—Si te soy sincera, no —respondió—, pero supongo que tendrás que apañarte con mi pichurri.

—¿Sabe que lo llamas así? —preguntó aguantando la risa. Puede que el tema a tratar fuera de lo más serio; no obstante, agradecía y mucho la jovialidad y el buen humor de Olivia.

—Solo cuando me cabrea por algo. O cuando llega tarde..., o cuando..., bueno, ¿para qué mentir? Siempre que me apetece.

—Ah.

—Bueno, vayamos al lío. Estás preocupada, se te nota. Y es lógico. Es un asunto muy serio —murmuró Olivia sin rastro de burla—. Hablaré con Thomas, le diré que venga y que se ponga con ello, pero ¿me prometes una cosa?

—Sí.

—Intenta no amargarte, ¿de acuerdo?

—Es difícil, la verdad.

—Lo sé, y la tentación de hacer la maleta y largarte es muy fuerte, pero lo primero es entenderlo, apoyarlo. No puedes dar más crédito a alguien de fuera que a él. No se lo merece.

—No sé cómo va a reaccionar...

—¿Pero todavía no se lo has dicho?

—No —murmuró Nicole algo avergonzada—. No encuentro el momento y tampoco sé si debo hasta que lo tenga todo organizado.

Olivia negó con la cabeza.

—No puedes mantenerlo al margen. Se va a enterar. Y ya sabes cómo se ponen cuando se les ocultan las cosas, luego no hay quien los aguante.

—Tú no conoces a Max... esto le va a sentar...

—Como una patada en los mismísimos, lo sé —terminó Olivia la frase—. Sin embargo, tiene que estar enterado de todo y, por supuesto, contar todo lo que sabe.

—No sé si quiero sinceridad, la verdad.

—Te endiento, aunque, si quieres llegar hasta el final, vas a tener que oír toda la historia y, sinceramente, en vuestro caso es mejor que habléis a que te encuentres mañana la noticia publicada.

## Capítulo 5

Max llegó a casa a última hora de la tarde. Como siempre, dejó su coche aparcado de cualquier manera en la entrada y con la bolsa de deporte al hombro subió las escaleras de dos en dos dispuesto a encontrar a su chica en el despacho, porque no había manera y siempre terminaba allí metida. La idea inicial era salir a cenar por ahí y conseguir que, en un sitio público, rodeados de gente, le dijera una vez que sí. Estaba hasta los cojones de que Nicole se negara una y otra vez a poner una fecha de boda.

Estaba hastiado de oír siempre la misma excusa, joder, para una vez que lo tenía tan claro ella le desmontaba los planes.

Dejó la ropa sucia de deporte tirada en el suelo y después fue a ponerse algo más acorde, pues pedir matrimonio con indumentaria deportiva no es, lo que se dice, muy adecuado.

Tras pasar por su immaculado vestidor y no tener mayores problemas para hallar algo que ponerse, salió hecho un pincel. Por si acaso, echó un último vistazo a su aspecto en el espejo y fue en busca de su cartera, llaves, reloj y demás para después pillar por banda a Nicole.

Entró sin llamar a la puerta y sonrió como un tonto para causar buena impresión, pero a los diez segundos se sintió verdaderamente estúpido porque ella no estaba.

Su escritorio, impoluto como siempre, se encontraba vacío; la luz, apagada, y ni rastro de ella.

—Joder, así no hay manera —refunfuñó cerrando la puerta y conteniéndose para no desordenar un poco sus cosas. Un placer ridículo, pero enfadarla para después calmarla tenía su gracia.

Podía parecer absurdo teniendo en cuenta que vivían en la misma casa, pero sacó su móvil y la llamó. A medida que oía los tonos sin respuesta por parte de Nicole, se impacientó. Dejó de malos modos el teléfono e intentó hacer memoria por si ella tuviera algún compromiso o, ya puestos, lo tuviera él.

Tras su improductiva reflexión y sintiéndose gilipollas, se tiró en la cama, agarró el mando y se dispuso a refunfuñar un buen rato mientras cambiaba canales a la espera de que ella apareciera.

Cinco minutos después estaba que se subía por las paredes y, como nunca había sido un hombre paciente, se levantó para pasar por el baño y acto seguido ir en su busca.

Bajó el picaporte y su furia se esfumó en el acto al contemplar la escena más inesperada y excitante que un tipo como él podía imaginar.

—¿Por qué has tardado tanto?

Max se hubiera dado cabezazos contra la pared pero, como ya no tenía remedio y

terminar con dolor de cabeza no resultaba muy apetecible, se limitó a deleitar el sentido de la vista, mientras empezaba a desprenderse de su ropa para que el sentido del tacto y el del gusto también tuvieran su dosis.

—Ni yo mismo me lo explico —respondió a falta de algo mejor sin dejar de soltar botones, cinturón y demás estorbos que le impidieran lograr su objetivo.

Nicole, desde el *jacuzzi*, se recostó y esperó. De todas formas llevaba un buen rato a remojo oyendo los ruidos de Max por casa, intentando averiguar por qué no aparecía de una vez.

—Llegas a tardar cinco minutos más y hubiera abandonado la idea de compartir un baño contigo.

—Me sentiría culpable el resto de mi vida —alegó en tono teatral.

Ella sonrió ante aquel comentario y removió la espuma de forma distraída mientras iba apareciendo piel desnuda ante sus ojos.

—¿Qué tal el partido? —preguntó por decir algo.

—Cojonudo. Ganamos —masculló dando muestras de no querer extenderse. Con las prisas se le había hecho un nudo en los cordones de los zapatos y no estaba para explicaciones precisamente.

Nicole esperó paciente y sin decir ni pío a que consiguiera desenredarse y así poder tenerlo dentro, no solo de la bañera.

Había preparado todo aquella escena de seducción con la idea de relajarse para después poder afrontar el asunto de la demanda.

Max era imprevisible, así que no quería arriesgarse a acabar discutiendo. Había pensado organizar la estrategia con Thomas antes de exponerle los hechos, pero descartó la idea pues, con toda lógica, Max acabaría subiéndose por las paredes al saber que ambos habían comenzado los preparativos a sus espaldas.

—Haz sitio —dijo aliviado.

Lo cierto es que, dado el tamaño del *jacuzzi*, no era preciso, pero él prefería estar a remojo con ella bien cerca.

Nicole sonrió. Separó las piernas y él la utilizó como respaldo. Empezó a masajearle los hombros, mientras él cerraba los ojos, estiraba las piernas y dejaba que las burbujas hicieran su trabajo.

—¿No vas a contarme nada del partido de hoy? —preguntó mientras le enjabonaba el pelo.

—No te gusta el fútbol —murmuró en respuesta disfrutando de las caricias. Puede que ya se hubiera duchado en los vestuarios, pero la sensación no tenía nada que ver.

—Quizá debería interesarme un poco más —dijo de forma casual, aunque su intención distaba mucho de serlo, pues, si en un futuro deseaba llevar a la práctica su fantasía, necesitaba información fiable, y qué mejor fuente que él.

—Te regalé un pase vip y lo tienes muerto de asco... —le recordó ajeno a sus motivaciones.

—Lo sé... —No quería exaltarlo, así que se aplicó con las manos de tal forma

que él se limitó a disfrutar de sus atenciones.

—Me voy a quedar dormido.

Nicole sonrió y movió sus manos. Desde atrás le costaba alcanzar todos los puntos que consideraba interesantes.

—Levanta los brazos —le pidió para rodearlo desde atrás.

—Oye, no hace falta que me sobes tanto —se guaseó—, ve a lo que verdaderamente importa. Para masajes ya está el fisio, aunque dudo de su orientación sexual y no me apetece que me dé un masaje con final feliz.

—De acuerdo —aceptó riéndose.

Por si acaso ella vacilaba, Max se encargó de poner ambas manos sobre su erección, que a este paso, con tanto palique y tanto manoseo desperdiciado, se iba a desinflar.

—Esto ya es otra historia... —suspiró—. Tus tetas de almohada..., tus manos en mi polla..., soy un tipo feliz.

—Te conformas con muy poco —dijo en un susurro contra su oreja mientras movía la mano arriba y abajo por su erección.

—¿Tú crees? —preguntó en tono reflexivo—. Te equivocas, esto es un verdadero placer, sencillo, barato y, pese a que no tengas la mejor delantera del mundo, a mí me sirve perfectamente —añadió todo serio, tanto que ella arqueó una ceja.

—¿Quieres que me opere del pecho?

—¡No, por Dios! No me jodas —aclaró de inmediato—. Si se te ocurre algo así, te abandono, ¿está claro?

Nicole sabía que su amenaza no debía ser tenida en cuenta, por dos motivos principalmente: el primero, porque dudaba de que llegase a ser efectiva, y el segundo, el definitivo, porque ni loca iba a pasar por el quirófano para un aumento de pecho.

—Muy claro —dijo mordisqueándole la oreja.

—Hoy estás tú muy cariñosa... Mmmm, algo quieres —adujo con leve matiz de sospecha—. Que conste que me encanta esto de tenerte mimosona y dispuesta a sobornarme con sexo, pero no deja de sorprenderme.

—¿Por qué iba a utilizar el sexo para convencerte de algo?

Max sopesó todas las trampas que encerraban aquella pregunta e intuía una encerrona, por lo que prefirió no mojarse y ver hasta dónde llegaba ella con su actitud complaciente.

—Buena pregunta... Pero no hace falta que te pares para explicármelo.

Nicole, por si acaso, se calló y se dedicó a masturbarlo con más ahínco. Desde su posición, tenía que esforzarse; sin embargo, a juzgar por los ronroneos y movimientos de Max, iba por buen camino.

Puso las dos manos a trabajar: con la primera subía y bajaba sobre su pene, apretando ligeramente en la punta, tal y como a él le gustaba. Con la segunda acarició con suavidad los testículos; todo ello sin dejar de besarle en el cuello y la nuca.

—Me tienes a punto... —musitó el homenajeador—... cada vez lo haces mejor...

—gimió elevando su pelvis—... dentro de poco serás una profesional...

—He practicado mucho... —replicó en el mismo tono, mitad bromista, mitad jadeante—. Y pienso seguir haciéndolo.

Nicole apretó un poco más fuerte, logrando que él jadeara con más intensidad; también aumentó la velocidad. Se sentía una dominatrix en potencia teniéndolo allí a su merced y siendo capaz de proporcionarle una experiencia inolvidable. Ciertamente podía mejorarse, pero a voluntad no la ganaba nadie.

—Mmmm...

Sentía cómo poco a poco iba acercándose; quizá a Nicole aún le faltara un poco de habilidad, pero no importaba, le ponía interés, mucho interés, y por supuesto existía un factor fundamental en toda aquella ecuación: era ella y no otra quien lo tocaba, y eso marcaba la diferencia.

—Córrete... —suspiró ella en una pésima imitación de actriz porno.

Él sonrió de medio lado; tendría que practicar un poquito ese tono de línea erótica.

—Faltaría más —gruñó satisfecho por el mero hecho de que empezara a hablar como una persona normal mientras follaban y se dejara de eufemismos.

Jadeó, se tensó y echó la cabeza hacia atrás, perdido completamente en las cuasi hábiles manos de su chica.

Nicole, por su parte, esperó paciente y regalándole un montón de mimos a que respirase con normalidad antes de hablar.

—¿Puntuación? —preguntó ella con retintín mordiéndole en el hombro.

—Un ocho... No espera, un siete, que he tenido que corregirte un par de veces.

Nicole se echó a reír y él se unió a ella. Como pudo, giró la cabeza para besarla en los labios, que no tenía perdón por no haberlo hecho nada más entrar en el cuarto de baño.

—Bueno, al menos he sacado notable —dijo contenta.

—Y ahora, ya que estamos... —murmuró él con toda la intención de meterle mano—. ¿Por qué no te abres un poco de piernas y veo qué puedo hacer por ti?

—Se supone... —intervino ella sujetándolo para que se estuviera quieto—... que ya estoy abierta de piernas —dicho lo cual le mostró sus dos extremidades levantando los pies.

—Excelente —replicó en tono cursi para hacerla reír—, no tengo más que coger y meterte un par de dedos, comprobar lo húmeda que estás, esperar tres minutos a que se me vuelva a poner dura —miró el reloj—, miento, minuto y medio.

—¿Seguro? —inquirió en tono manifiestamente provocativo.

—La duda ofende —replicó arrogante—. Ven aquí.

Ella, intentando comportarse de forma insinuante, se colocó en sus brazos hasta quedar frente a frente. Él de inmediato la agarró de las caderas y, cumpliendo palabra por palabra sus indicaciones, puso una mano sobre su sexo e insertó un par de dedos.

Nicole gimió y se aferró a sus hombros para mantener el equilibrio. Se contoneó



sobre su mano disfrutando de su toque.

—Mojada, muy mojada —ronroneó él, observándola. No hacía falta mirarse en el espejo para saber la cara de bobalicón que debía tener, pero oye, tenerla así, abierta y jadeante, provocaba en él ese efecto—. Después de follarte como es debido, seguramente me quede con ganas de más, así que terminaremos en la cama.

—Max...

—Mi boca en tu coño y tú tirándome de los pelos —apostilló satisfecho.

Estaba preciosa, por fin desinhibida y entregada. Puede que a veces tuviera esos arranques de petarda que aún conservaba, pero acabaría pervirtiéndola por completo.

—Haz los honores —pidió él agarrándole la mano y colocándola sobre su polla—. Métetela.

Nicole obedeció y, cuando se sintió penetrada, gimió sin reservas.

Comenzó a moverse, un suave balanceo, mientras él se lo pasaba en grande con sus pechos, pellizcándole los pezones.

—¿Te gusta esto? —preguntó conociendo de antemano la respuesta.

—Sí... —suspiró.

—Tienes unos pezones tan sensibles... —musitó haciendo de las suyas, torturándolos sin descanso, sintiendo cómo ella se derretía por completo.

—No hables... —exigió a medio camino entre una orden y un lamento.

Max, obediente de nuevo, se dedicó a embestir desde abajo y a conducirla al orgasmo. Fue rápido, intenso y, por supuesto, satisfactorio.

Nicole, una vez repuesta, fue la primera en moverse. Salió de la bañera brindándole un excelente primer plano de su trasero y se acercó hasta donde estaban colgados los albornoces para cubrirse con uno y acercarle otro a Max.

—Por cierto, vaya desperdicio... —comentó él mirando el agua.

—¿A qué te refieres? —preguntó ocupándose de abrirle el albornoz para que él pudiera secarse. Max lo agarró de cualquier manera y lo utilizó a modo de toalla antes de dejarlo tirado en el suelo. Ella, de inmediato, se agachó para dejarlo en el taburete.

—A que mi primogénito acaba de irse por el desagüe —bromeó haciendo una mueca cuando ella se ató el cinturón.

Nicole se tensó. Esa broma, en otras circunstancias, hubiera logrado que estallase en carcajadas; sin embargo, no era el mejor momento para mencionar algo así.

—Vaya cara has puesto —murmuró abrazándola desde atrás.

Max arrugó el entrecejo, pues empezaba a mosquearse. De repente se la encuentra tan eufórica para unos minutos después comportarse de forma distante.

Tal comportamiento, ya de por sí extraño, podía considerarse habitual en cualquier mujer, así que decidió hacer la prueba definitiva. Si la respuesta era «nada» significaba que aquí se cocía lago serio.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

No hacía falta leer el capítulo uno del manual de relaciones de pareja para confirmar lo que sospechaba. Algo se cocía en su interior y por lo visto no era bueno, ya que su cara y su actitud así lo demostraban.

—Nicole, ¿vamos a jugar al juego de yo me paso media hora intentando averiguar qué cojones te ocurre y tú te empeñas en responderme con monosílabos?

No le pasó desapercibido que ella se mordía el pulgar y apartaba la mirada. Se mantuvo bien pegado, pues de ninguna manera iba a dejarla escapar. Quería respuestas y las iba a obtener.

Para Nicole, el nudo en el estómago cada vez iba haciéndose más grande.

—Verás... —balbuceó.

Intentó separarse de él, marcar una distancia para poder explicarle la situación, porque poco o nada ayudaba tenerlo pegado a la espalda con cara de cabreo.

—Arranca, que ya sabes que no soporto perder el tiempo —gruñó apretándola más fuerte entre sus brazos.

—Ha llegado una carta de...

—Al grano —interrumpió impaciente.

Nicole inspiró profundamente y, mirándolo a través del espejo, se armó de valor para soltar la bomba.

—Te han puesto una demanda de paternidad.

## Capítulo 6

—Estás de broma, ¿no? —gruñó entrecerrando los ojos.

—Qué más quisiera yo —musitó.

Max la soltó y empezó a maldecir. Se pasó la mano por el pelo incontables veces mientras ella permanecía apoyada en el lavabo, con cara de circunstancias.

—Joder, joder y mil veces joder —exclamó. Terminó por sentarse en uno de los bancos de madera y enterrar la cara entre las manos.

Intentó hacer un repaso rápido de sus últimos meses locos antes de pasar por su período de abstinencia autoimpuesto. Y sí, había hecho el imbécil, de aquello no iba ahora a sorprenderse. Miró de reojo a Nicole y suspiró. Iba a arder Troya.

—¡Maldita sea! —gritó de nuevo—. ¡Ahora que todo parece irme de puta madre!

Ella permanecía callada, lo que nunca era buena señal. Nicole no era una mujer dada al parloteo incesante y absurdo, por lo que su mente privilegiada debía estar haciendo cábalas, que en cualquier caso siempre lo perjudicarían.

Tenía que coger el toro por los cuernos.

Se puso en pie y buscó su ropa, uno no puede pensar con criterio válido cuando está con el culo al aire. Volvió a mirarla, ahora con los bóxers puestos, y cayó en la cuenta.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó dando por hecho que la respuesta le iba a gustar poco o nada.

—Desde...

—¡Me cago en la madre que lo parió! —la interrumpió—. ¿Cuándo pensabas decírmelo? ¿El día del juicio?

—He intentado organizarlo todo para...

—¡Será posible! —volvió a gruñir porque todo esto lo superaba—. ¿Has estado maquinando a mis espaldas?

Nicole, ante tanto grito injustificado, alzó la cabeza y replicó:

—¡Se supone que yo soy quien debe estar ofendida!

Sin esperar a que él soltara una nueva perla, lo dejó allí plantado y salió como alma que lleva el diablo, dispuesta a vestirse y a ponerse a trabajar, así por lo menos no estaría ideando las mil y una maneras de hacerlo sufrir.

Max, atónito ante el cabreo monumental que se había cogido ella, terminó de vestirse y decidió seguirla. De ninguna de las maneras iba a permitir que algo ajeno a ambos enturbiara su relación.

Para ello primero debía calmarse e intentar ser objetivo.

Como eso era remotamente posible dado su actual estado de mosqueo y puesto que una mujer enfadada era siempre una apuesta segura para cabrearse aún más, decidió salir de casa en busca de un poco de sentido común.

Cierto que debía enterarse de los detalles, como por ejemplo quién era la petarda que le había interpuesto la demanda, pero preguntárselo a Nicole era imposible en ese estado. Así que, con una información mínima y un enfado de mil pares de cojones, se fue a casa de su hermano.

Luego ya vería la forma de arreglar las cosas con su chica.

Sin descender ni un ápice su mal humor, consiguió desplazarse hasta la residencia de su hermano Martin. Como lo conocía, se preocupó de llamarle previamente y enterarse de si este podía escaparse, ya que no le apetecía soltar la bomba informativa delante de su cuñada metomentodo. Tarde o temprano Linda se enteraría, pero, si le daban a elegir, prefería que fuera más tarde que temprano, que cualquiera la aguantaba.

Hubo suerte y Martin, el amo de casa, estaba solo.

Max se sorprendió de no encontrarlo con algún objeto sospechosamente doméstico en las manos, sino tirado en el sofá de casa meneando el bigote y con una cerveza en la mano.

—Vaya, y yo que pensé que te pillaría planchando... —comentó nada más sentarse a su lado y robarle la bebida.

Martin, un tipo feliz, se encogió de hombros.

—Ya ves... —respondió sonriente—, hoy estaba tan tranquilo, disfrutando de mi soledad, cuando alguien ha decidido ser una pésima compañía. Vaya cara que me traes.

—Gracias por la parte que me toca —gruñó—. Y sí, tengo una mala hostia...

—¿Qué has hecho?

—¿Por qué presupones que soy yo quien ha hecho algo?

—Porque te conozco. Venga, suéltalo.

—Tráeme otra cerveza, creo que necesito ponerme pedo.

—Ve tú, que aquí no tenemos mayordomo.

Refunfuñando, se fue hasta la cocina y se encargó de regresar bien cargado, ya que tenía en mente cogerse una buena cogorza y no iba a levantarse cada diez minutos en busca de bebida.

—Prométeme que no vas a abrir el pico —comenzó, pero al ver la cara de Martin puso los ojos en blanco—, no sé ni para qué me molesto en recordártelo, si luego cantas hasta la Traviata en cuanto aparece tu mujer.

—Ja, ja, ja, me parto y me mondo. Venga, desembucha.

Max inspiró, dio un trago. Volvió a inspirar, se acabó la cerveza y, apenas con el valor suficiente, masculló:

—Me han puesto una demanda de paternidad.

—Aún no estás tan borracho como para no pronunciar bien —se quejó Martin.

—No seas gilipollas —refunfuñó.

—¿Entonces he oído bien?

—Por desgracia, sí —le confirmó, dejándose caer hacia atrás en el sofá con cara

de «no sé cómo voy a salir de esta sin poner en riesgo mi relación con la única mujer que me importa lo suficiente como para pedirle todos los meses que se case conmigo».

—Vaya marrón, tío... —murmuró mirándolo con cara de «joder, en vaya lío estás metido, no me gustaría estar en tu pellejo ni por todos los dígitos de tu cuenta bancaria».

Tras soltar la noticia, se mantuvieron un buen rato en silencio mientras cada uno rumiaba la primicia a su manera. Había ocasiones, aquella era un buen ejemplo, en las que era mejor tomarse su tiempo para digerir las cosas.

Un paquete de seis cervezas más tarde, Martin decidió que debía ingerir algo sólido, por lo que propuso hacer la cena.

—No me jodas tío, vámonos por ahí. Yo invito.

—Vale, espera que deje una nota para avisar a Linda.

«Pero qué calzonazos es», pensó Max negando con la cabeza.

Y al medio segundo se dio cuenta de que no se debía escupir hacia arriba porque lo más probable era que te cayese en toda la cara. Solo había que fijarse en su propio ejemplo.

Como ambos llevaban ya una considerable cantidad de alcohol en vena, optaron por coger un taxi y refugiarse en un restaurante de esos de comida rápida donde hay tanta gente que con el barullo pasas desapercibido.

Una vez sentados, con sus bandejas y cubiertos de plástico y vasos de papel, Max miró con recelo aquello que se llamaba hamburguesa y decidió que un día era un día.

—Bien, ahora que tenemos el estómago lleno, cuéntame los detalles —pidió Martin atacando su comida sin tantos remilgos.

—Al llegar a casa me he encontrado a Nicole... —se detuvo, joder, esa parte no podía mencionarla en voz alta—... Resumiendo, que alguien, no sé quién, me ha puesto una demanda de paternidad.

—Te he pedido los detalles.

—Verás, es que... Joder, Nicole se enfadó y yo también. ¡Ha estado guardándoselo e incluso maquinando a mis espaldas! ¿Te lo puedes creer? —dijo con tono de «soy un pobre hombre al que engañan».

—¿Y la culpas por ello?

—Oye, que eres mi hermano, no la defiendas tanto —masculló—. Ya sé que te cae bien y todo eso, pero ponte en mi lugar.

—Pero mira que eres bruto. Escúchame bien —pidió Martin señalándole con su tenedor de plástico—, tienes a tu lado a una mujer que te supera en inteligencia para empezar, que además es abogada, lo que seguramente me hace pensar que ha estado trabajando para salvarte el culo.

—Dicho así...

—Lo que tienes que hacer, pedazo de alcornoque, es dejar de gruñir, hablar con ella e intentar ser sincero. Y en vez de darme a mí la vara, enterarte de qué petarda de

todas con las que has salido te ha denunciado.

—Mierda... tienes razón.

Martin sonrió arrogante.

—Pues ya sabes, cara de arrepentimiento, actitud dialogante y a colaborar con la justicia.

—¿Eso es todo? —preguntó con recochineo y se bebió el jodido refresco que sabía mal, muy mal.

—No, espera, se me olvidaba lo mejor: vas a tener que hacer memoria y pensar si alguna vez, durante tus años de locura, te olvidaste de enfundar.

—Joder, tío, que esto es serio... ¿Tú nunca has tenido dudas? Quiero decir, si alguna vez te has dejado llevar y después...

—Supongo que sí, pero claro, yo no soy un objetivo como tú —admitió tranquilamente Martin, entendiendo a la perfección el drama que podía vivir su hermano.

—Es que por más que lo pienso... no recuerdo haber follado sin protección...

—Pues vas a tener que hacer un exhaustivo ejercicio de memoria y todo ello siendo cuidadoso. No querrás jorobar tu relación.

—Eso es lo que más me preocupa, ¿sabes? Me paso el día haciendo bromas sobre tener hijos y Nicole siempre las acepta de buen grado pero ahora...

—Ya me imagino. Piensas que, si al final todo resulta ser cierto, lo más probable es que las cosas ya no funcionen como antes.

—Joder, ¿por qué me tiene que pasar esto a mí?

—Porque eras una estrella del fútbol que follabas sin preguntar.

—Vale, gracias por la aclaración —replicó malhumorado por recordarle lo obvio. Ya se mortificaba él solito lo bastante como para recibir martirio extra.

—Ahora en serio —apuntó Martin abandonando el tono de broma—, ve a tu casa, habla con tu mujer. Es abogada, procura hacerle caso en todo y recuérdale por qué estás con ella y no con otra.

—No creo que me deje ser cariñoso después de haberle gritado —se quejó Max negando con la cabeza.

—No solo tienes que ser «cariñoso» —adujo su hermano por si no pillaba el consejo.

—Ah, vale.

Tras su para nada reconfortante conversación filial, regresó a casa. No tenía muy claro si primero debía ocuparse de los mimos y después de las disculpas. Pero había ensayado de regreso mientras conducía y algo se podría hacer.

Martin tenía razón, habría que darle de hostias por ser tan bruto y no pararse a pensar en la clase de persona que era Nicole. Aparte de inteligente, era una mujer que podía ver amenazado su modo de vida y no era plato de buen gusto sentirse expuesta cuando todo saliese a la luz. Los medios serían injustos, dejándola como la tonta de la película.

Por si fuera poco, la había acusado de maquinar, palabras textuales, a sus espaldas cuando seguramente solo había pretendido encarrilar la situación aplicando su pragmatismo habitual.

Cuando entraba por la puerta se acordó de que quizá ayudaría bastante haber parado a comprar un detalle, también llamado ramo de flores, para endulzar la situación, pero, como ya no tenía remedio, se concentró en comportarse como un hombre cariñoso dispuesto a solucionar los temas de pareja mediante el diálogo y la comprensión.

—Joder... —exclamó al abrir la puerta de su dormitorio y encontrar la cama en perfecto estado de revista. Y lo que era peor: vacía—. A la mierda el papel de tipo sensible —añadió dando media vuelta.

## Capítulo 7

Mascullando, rabioso, muy rabioso, cabreado y sin ganas de cruzarse con nadie por el camino, empezó su búsqueda. La casa disponía de varias habitaciones de invitados, así que pensó que en alguna de ellas se escondería.

Porque no se habría atrevido a irse, ¿verdad?

Cruzó los dedos ante aquella eventualidad.

Después pensó, antes no pudo porque estaba ofuscado, que previamente debería acercarse al despacho, ya que su afición por el trabajo no conocía límites, y respiró en profundidad para no soltar más improperios que los justos.

Abrió la puerta y se sintió aliviado al encontrársela allí, sentada, con un montón de papeles sobre la mesa en perfecto orden y ella con su cara de profesional y sus gafas de sabionda.

«No cambies nunca», pensó Max.

Nicole levantó la vista al oír abrirse la puerta y se lo quedó mirando; parecía venir de un maratón o algo así, pues se le notaba alterado.

—¿Ocurre algo? —inquirió quitándose las gafas. Las dejó sobre sus documentos y esperó a que él hablara.

Parecía tranquila, bien, bien.

—¿Qué? No, joder. Bueno, sí. —Contradecirse a sí mismo no era la mejor forma de empezar.

Agarró de malos modo una de las sillas y se sentó enfrente, dispuesto a dejar clara su postura. Dependiendo de cómo se desarrollara la conversación, su lado sensible podría hacer o no acto de presencia, aunque por la mala hostia que destilaba en aquellos instantes dudaba de que apareciera.

Si en estado normal nunca había sido muy dado a la sensiblería, en estado de cabreo intensivo ya ni hablamos.

—Max, tranquilízate y escucha —pidió sin levantar la voz, intuyendo que por dentro hervía.

—No. Maldita sea, no puedo tranquilizarme. Estoy que me subo por las paredes y encima tú te escondes.

Nicole abrió los ojos ante aquella acusación.

—Estoy trabajando.

—Ya lo veo —masculló—. En fin, vamos a intentar ser sinceros porque me temo que, si no, esto nos va a estallar en las narices y no tengo ganas de que nuestra relación se vaya a la mierda. ¿Estamos?

Estuvo a punto de sonreír, pero no lo hizo al verlo así, tan serio, admitiendo que ella era importante (pese a que las palabras elegidas eran sinceras pero poco románticas).



«No cambies nunca», pensó ella.

—Me parece muy bien —murmuró.

Nicole le entregó los papeles donde figuraban los datos de la demandante. Como era de esperar, empezó a leer frunciendo el ceño ante la jerga legal; solo quería llegar a un dato: el nombre de la mujer.

Vio el membrete, Foreman y Asociados, y ya su de por sí inestable paciencia se fue diluyendo como una azucarillo en el café caliente. Sin embargo, se controló, necesitaba enterarse de todo.

Cuando llegó a ese punto, frunció aún más el ceño: en primer lugar, porque no se acordaba de esa mujer; era incapaz de asociar un rostro a ese nombre. Y, en segundo, porque, de ser cierto, no entendía el motivo por el cual ella no se había puesto en contacto con él directamente.

«¿Quién es Adele Johnson?», se preguntó en silencio.

Sentía la atenta mirada de Nicole y no quería darle más motivos para enfurecerla, porque estaba seguro de que la procesión iba por dentro. Desde luego era admirable su contención, porque cualquier otra, aparte de destrozarle los tímpanos con sus berridos, ya hubiera agarrado la maleta para abandonarlo. Y la verdad, ya estaba un poco mayor para ir persiguiéndola con incontables demostraciones de amor.

Seguía sin acordarse de esa mujer. Tendría que hacer un exhaustivo examen de citas para poder recordarla. De no hacerlo, le surgirían incontables problemas, pues ¿cómo iba a defenderse?

—No sabes quién es, ¿verdad? —interrumpió Nicole manteniendo una voz serena, casi resignada.

Inspiró, no iba a mentir.

—No, no logro acordarme. Joder. Es que no me lo puedo creer.

—Max, no empieces a maldecir y haz memoria. Esto tuvo que suceder hace cuatro años, más o menos. Así que piensa.

—Sé que lo que voy a decir va en mi contra o, mejor dicho, en contra de nosotros, pero ¿cómo quieres que recuerde a una mujer en concreto con la que posiblemente pasé una noche?

—Está bien, lo entiendo —se vio obligada a decir para no perder los estribos.

Le mostró unas fotografías en la pantalla del ordenador para ayudarlo. Esto cada vez se ponía más cuesta arriba.

—No, no sé quién es —murmuró abatido, frustrado y frotándose la cara ante la que se le venía encima.

—¿Cabría la posibilidad de que alguno de tus ex compañeros se acuerde de ella? —inquirió en tono profesional.

—Joder, que estás hablando conmigo, Nicole —protestó.

—Contesta —añadió suavizando un poco el tono.

—Podría ser, yo qué sé... —dijo tenso.

—Pues antes de dar cualquier paso necesitamos saber tu versión.

—¿Necesitamos? —preguntó sorprendido.

—Verás... He hablado con...

—¡No me lo puedo creer! —la interrumpió—. ¿Has hablado de esto con alguien antes que conmigo? ¡Increíble!

Nicole se levantó de su sillón, puso una mano en su cadera y con la otra se frotó la cara. Aquello, definitivamente, iba a deteriorar su relación e incluso romperla.

—Para este asunto precisaba una opinión más objetiva —alegó sonando a disculpa por su forma de proceder.

—Cojonudo —farfulló—. Tardas en decírmelo más de la cuenta y cuando lo haces resulta que ya te has dedicado a contarlo por ahí.

—Solo he hablado de ello con personas de confianza —replicó tensa.

—¿Ah, qué se lo has contado a más de uno? —inquirió con aire socarrón—. Cojonudo —repitió—. Lo que no entiendo es por qué no has esperado al día del juicio para informarme un par de horas antes, ya puestos...

—Lo ideal sería no llegar a juicio —adujo pasando por alto la mala leche que destilaba Max, comprensible, desde luego, pero injusta, pues ella solo había actuado pensando en facilitar todas las cosas en la medida de lo posible.

—Pues no sé para qué te molestas en preguntarme nada —dijo sin serenarse. Estiró las piernas, se cruzó de brazos e intentó que aquello no se saliera de madre, porque a este paso iban a acabar como el rosario de la aurora. Y encima seguía sin acordarse de la mujer en cuestión. Lo dicho: cojonudo.

Nicole le dio la espalda y respiró profundamente para mantener una calma que estaba lejos de sentir antes de hablar.

—Escúchame, no pretendo actuar a tus espaldas ni ocultarte nada, pero, no sé si eres consciente de ello, este caso se puede complicar por momentos. No recuerdas ni quisiera a esa mujer, no tenemos ningún tipo de dato con el que trabajar... —hizo una pausa para inhalar de nuevo—... hay que estar muy seguros antes de dar cualquier paso.

—Joder, ya lo sé —masculló—, pero eso no quita que seas sincera, Nicole. Desde el principio.

—De acuerdo. Lo entiendo. Sin embargo, tienes que ponerte en mi lugar. Este no es un caso que puedo olvidar cuando cierro la puerta de mi despacho. No estamos hablando de un cliente cualquiera al que puedo relegar cuando apago el ordenador...

Max se puso en pie y se acercó a ella.

—Maldita sea, ¿crees que no me doy cuenta del daño que esto puede causarnos? —murmuró en tono más comprensivo—. Ven aquí.

Abrió los brazos para que Nicole se colocara entre ellos. No tuvo que decir ni una sola palabra, pues ella lo entendió a la perfección.

La abrazó con fuerza, sintiéndose, aparte del idiota número uno por lo que se le venía encima, un cabrón afortunado por tenerla al lado.

—Escucha una cosa, Nicole: pase lo que pase, esto no puede arruinarlo todo. ¿De

acuerdo?

—De acuerdo.

—Prométeme que cualquier duda, cualquier mínimo síntoma de que algo te incomoda o te hace sufrir, lo compartirás conmigo.

—Está bien.

—Y, por supuesto, tienes que ser fuerte. Puede que no todo lo que se diga sea falso; sin embargo, todo pertenece a mi pasado.

—Sí.

—Bien. Y ahora, hablemos de cómo vamos a tratar este asunto.

Ambos rompieron el abrazo y se acomodaron en sus respectivos asientos. Nicole tragó saliva antes de hablar.

—Voy a serte muy sincera.

—Te lo agradezco.

—He hablado con Aidan y le he pedido...

—Espera, espera, ¿con tu ex? ¿Le has contado este marrón a tu ex? ¡Joder! —De nuevo Max perdía los estribos—. Me cago en la puta, Nicole, ¿cómo se te ha ocurrido semejante barbaridad?

Ella le mantuvo la mirada; si se había puesto hecho un basilisco con esa parte cuando todavía quedaba lo mejor...

—Es policía, tiene acceso a información confidencial —explicó intentando mantener un aspecto profesional.

Max frunció el entrecejo y se dio cuenta de las posibilidades que eso entrañaba y, cuando lo hizo, se relajó visiblemente.

—Vale, perdona.

—Estoy esperando esos informes, que nos ayudarán a saber a qué clase de persona nos enfrentamos. No nos conviene recurrir al cliché de mujer dispuesta a todo para vivir del cuento.

—Mmmm... —murmuró mientras la escuchaba. Joder, Nicole no era buena, era la mejor.

—Una vez que sepamos a qué atenemos, podremos presentar nuestras alegaciones y ahí es donde necesito a un abogado capaz de ser inflexible y que no se deje influenciar por cuestiones personales.

Max sospechó de inmediato, pero se mantuvo prudentemente callado a la espera de que ella continuase. Tenía que lograr por todos los medios mantener la parte visceral a raya, por mucho esfuerzo que requiriese, ya que para Nicole todo esto también resultaba doloroso, así que no quedaba otra que morderse la lengua.

—Bien, he hablado con Thomas —hizo una pausa esperando su reacción.

—Mejor no preguntes lo que opino de él.

—No te discuto —concedió— que es insoportable. —«A mí me lo vas a decir», pensó—. No obstante, lo necesitamos.

—Esto es de locos, tus ex y yo formando equipo...

—Max, sé que parece surrealista, pero es lo mejor.

De acuerdo, era surrealista, de locos; «como poner un circo y que te crezcan los enanos», pensó él mientras ella permanecía enfrente mirándolo de manera distante, cosa que le jodía sobremanera, y profesional.

Aun sabiendo todo el historial amoroso de ella (un desastre) y aun teniendo claro que no sentía ni el más mínimo interés por esos tipos (podría poner la mano en el fuego), le escocía y mucho que, uno, estuvieran al tanto de sus miserias y, dos, echaran una mano.

—No me gusta —se quejó por enésima vez.

—Lo sé y lo comprendo. Mañana tenemos una primera reunión. He preferido quedar en el bufete.

Refunfuñar, maldecir y dar puñetazos a la pared le serviría de poco o nada, pues no le quedaba más remedio que pasar por el aro.

—De acuerdo —aceptó a regañadientes—, pero, te lo advierto, como alguno de los dos diga alguna estupidez o insinúe cualquier cosa...

Nicole reflexionó esto último y llegó a la conclusión de que pensar, iban a pensar de todo, pero no se atreverían a decirlo en voz alta, así que no tendrían por qué surgir desavenencias.

—Yo no me preocuparía por eso. Son discretos y profesionales.

—Ahora solo nos toca lidiar con la prensa.

—Ese es el menor de nuestros males —murmuró con media sonrisa triste.

Alargó la mano para colocarla sobre la suya y darle un apretón reconfortante. Lo que se les venía encima era peliagudo.

—La madre que la parió... es que no me lo puedo creer.

—Deja de decir palabrotas y piensa, es fundamental que recuerdes cualquier detalle. Haz memoria, pregunta a...

—No me jodas, Nicole. Si voy donde algunos colegas y les digo «¿oye, te acuerdas de una tal Adele Johnson que me tiré, o no, hace unos años?»...

Ella negó con la cabeza.

—Empieza con tu hermano, quizá él recuerde algo.

—Éramos pocos y parió la abuela...

—Max...

—Lo sé, lo sé —aceptó a regañadientes.

## Capítulo 8

—¿Por qué no nos reunimos aquí, en casa? —refunfuñó Max mientras terminaba de vestirse—. ¿Qué necesidad tenemos de ir al despacho?

No era ningún secreto que odiaba los formalismos, entre los que incluía vestirse de manera cuasi elegante. Por más que miraba su ropa, no encontraba nada que ponerse. Empezaba a comprender a las mujeres.

¿De nuevo su lado femenino amenazaba con hacer acto de presencia?

Joder, no, qué horror.

Movió las perchas de nuevo, sin éxito. Puede que la razón no tuviera nada que ver con su sentido estético, sino más bien con las pocas ganas de enfrentarse a una reunión en la que él iba a ser el centro de atención.

Nicole, al ver que no aparecía y que, si no se daban un poco de prisa, llegarían tarde, cosa que ella odiaba por mucho que Max le repitiera que eso siempre daba un toque de elegancia al asunto, entró un instante en el vestidor cerrándose la chaqueta y lo observó. Para comérselo, desde luego, pero llegaban tarde, así que nada de quedarse embobada mirándolo mientras Max, aún con la toalla de la ducha enroscada en la cintura, examinaba las perchas, dándole una espectacular y apetitosa perspectiva de su retaguardia.

Sí, definitivamente, cuando todo este lío acabara, iba a plantearse muy en serio lo de llevar a cabo su fantasía. Se mordió el pulgar, indecisa.

¿Y si... tiraba de la toalla a modo de adelanto?

¿Y si... se acercaba para ayudarlo a elegir? De todas es sabido la dificultad que para los hombres entrañan las combinaciones cromáticas acertadas.

¿Y si... alteraba el orden del día?

Lo oyó mascullar por lo bajo cual vieja cascarrabias y puso de nuevo los pies en la tierra. Nada de adelantos.

Por el momento, mejor concentrarse en su trabajo. Ya había sido lo suficientemente difícil la noche anterior tras su discusión meterse juntos en la cama y fingir que los problemas se quedaban fuera del dormitorio.

Ninguno de los dos se había arriesgado a mencionar cualquier detalle, por miedo, sin duda, a acabar enfrascados en otra tirante conversación. En opinión de Max, la cama era para descansar tras follar, así que se mordió la lengua. Nicole, por su parte, si bien nunca definiría de ese modo el uso y disfrute de una cama, estaba en el fondo de acuerdo.

Pero, a pesar de los esfuerzos, la tensión era palpable, por lo que acabaron durmiéndose cada uno sumido en sus pensamientos. Una especie de pacto tácito de no agresión.

—No entiendo por qué no puedo ponerme unos vaqueros, maldita sea. No

entendiendo por qué te empeñas en ponerme tan fino.

—Porque —intervino ella— es más serio.

—Sabes lo que me jode arreglarme y más aún delante del tocapelotas de tu ex. Ese tío sigue teniendo un palo metido en el culo, te lo digo yo.

—Escucha —Nicole se acercó a él y le ofreció una sonrisa suave y cómplice—, no le des más vueltas. ¿De acuerdo?

—Vale, pero si se le ocurre decir cualquier estupidez...

—Ya lo sé, tienes permiso para partirle la cara —repitió a modo de soniquete la amenaza de Max.

A pesar de sus continuas quejas, terminó de arreglarse y bajaron a la cocina para desayunar. Como siempre, Nicole lo hizo de manera frugal. Max, que no abandonaba su cabreo, se entretuvo lo suyo a pesar de las constantes miradas de ella para que acabase.

Como lo conocía, no hizo ni un solo comentario para que Max no se pusiera a la defensiva, porque intuía que este prefería beber cerveza sin alcohol antes que acudir a la cita con Thomas.

Podía entenderlo; sin embargo, no quedaba otro remedio.

Nicole se aseguró de ser ella quien condujera hasta el despacho para evitar las tentaciones de llegar tarde o sencillamente no llegar. Así que, cinco minutos antes de la hora acordada, ambos entraban en las oficinas.

—Joder, esto parece un hospital abandonado —comentó él al ver lo que en otro tiempo era un ejemplo de bufete en funcionamiento. Nadie sentado tras el mostrador de recepción, las luces apagadas, polvo en el marco de los cuadros...

Ella miró el reloj y se encogió de hombros. No iba a dar marcha atrás en su decisión de aceptar solo los casos que le vinieran en gana. Mirado desde fuera podía parecer un desperdicio, desde luego, pero su vida personal había mejorado considerablemente, así que no tenía nada de lo que arrepentirse.

Además, lo primordial, desde que asumió el estar loca perdida por el tipo gruñón que la acompañaba, era su relación y no su vida profesional, por la que había hecho demasiados sacrificios sin recompensa alguna, lo que merecía tiempo y esfuerzo.

Una sabia decisión.

—Llega tarde —masculló Max señalando su reloj de malos humos.

—Me extraña que... —Justo en ese instante sonó el timbre de la puerta y Nicole no pudo evitar sonreír.

—Joder —farfulló él, ya que tenía la vaga esperanza de que el tipo en cuestión no diera señales de vida. Prefería una y mil veces contratar a cualquier otro abogado, pero a ver quién era el que tenía un par para decírselo a Nicole, y se arriesgaba a un cabreo de los suyos. Él no iba a ser un suicida.

—Buenos días —dijo el recién llegado.

—Buenos días —contestó ella.

Max también murmuró algo parecido, aunque no muy claro.

Los dos hombres se estrecharon las manos, de forma fría, pero al menos un gesto que no parecía forzado. Thomas consideró un poco fuera de lugar solo estrecharle la mano, como si de una cita formal se tratara, a la que había sido su prometida. Nunca estuvo enamorado de ella, pero aun así le parecía surrealista. No obstante, prefirió no actuar, no fuera a ser que su acompañante y virtual defendido se enojara.

—¿Pasamos al despacho? —intervino Nicole con la vana esperanza de que la sobredosis de testosterona no hiciera saltar todo esto por los aires antes de tiempo. Esperaba que, al menos, encauzaran el asunto para no dar la mañana por perdida.

«Qué cosas más raras me pasan», pensó mientras abría la marcha hacia el que había sido su lugar de trabajo durante tantos años.

Para que aquella charla resultara menos tensa, descartó la idea de ocupar su ergonómico sillón tras el escritorio y señaló la mesa redonda.

—Empecemos —murmuró el abogado, sentándose como lo haría con cualquier cliente. Le había costado mucho aceptar el caso. La razón principal: las connotaciones personales del mismo; pero vivir con una persona que te hace la vida imposible hasta que pasas por el aro había inclinado la balanza a favor de la causa; claro que, cuando acabara con aquel embrollo, iba a tomarse la revancha, ya vería cómo.

Nicole abrió su portafolio y extrajo un montón de papeles que le pasó y que procedió a estudiar.

—Es toda la información que he podido reunir sobre Adele Johnson —comentó ella.

—¿Cómo la has conseguido tan rápido? —preguntó Thomas no por cuestionarla, sino por curiosidad.

Ella hizo una mueca.

—Mejor pasemos ese punto por alto.

—De acuerdo —convino su exsocio, listo como pocos, ya que no iba a hacer ascos a unos documentos tan jugosos.

Max, callado, porque no tenía nada que decir y porque, de tenerlo, dudaba de que esos dos abogados lo escucharan, los observó, cruzado de brazos y con cara de malas pulgas, trabajar en equipo. Jodía bastante admitir que a profesionales no les ganaba nadie. Lástima que no fuera otro el pobre imbécil a quien defendieran. Mientras ellos se lo pasaban «en grande» anotando, subrayando, intercambiando opiniones y armando una estrategia, Max pensó que quizá, en agradecimiento, podía invitar al tipo a un partido de esos que jugaba por diversión con los amigotes. El señor Lewis estaría encantado de codearse con jugadores conocidos y él podría darle unas cuantas «justificadas» patadas en la espinilla.

Tuvo que ponerse una mano en la cara para disimular su regocijo ante tal perspectiva. Oh, sí, definitivamente lo haría. Nicole se mostraría encantada por ver que eran capaces de llevarse «bien» y él obtendría su ansiada revancha.

—¿Qué te parece, Max? —interrumpió ella.

—Eh, cojonudo —se oyó decir.

Max se dio cuenta, por la cara de los dos abogados, de que lo habían pillado como a un alumno díscolo cuando el profesor pregunta «¿qué acabo de decir?». Miró al tipo arquear una ceja y a Nicole, quitarse las gafas con cara seria.

—Comentábamos la posibilidad de ser tú quien demande —explicó ella—. Podríamos demorar el proceso y así ganar tiempo hasta que... bueno, hasta que reunamos más detalles.

Max lo pensó, dos segundos, y negó con la cabeza.

—Ni hablar.

—¿Por qué? —inquirió Thomas.

—Para empezar, este tema me jode y mucho, así que, cuanto antes lo solucionemos, mejor, no quiero pasarme años pleiteando a lo bobo. Tengo mejores cosas que hacer —alegó sabiendo que este primer motivo no suponía ningún peligro, pero el segundo... Respiró antes de proseguir—, y —miró a Nicole fijamente, pues podía causarle dolor—, de ser cierto, deseo conocer a ese crío.

Thomas se puso en pie y salió discretamente del despacho, porque aquello excedía su misión como abogado, no quería estar en el fuego cruzado que podía desatarse entre ambos.

Una vez solos, sin dejar de mirarse, Nicole tragó saliva, pues en el fondo sabía que una de las ilusiones de Max era tener hijos y que ella, de momento, no estaba por la labor. De acuerdo, no era ninguna chiquilla y a medida que cumplía años su cuerpo ya no resultaba tan funcional para la maternidad, pero ahora, que por fin había encontrado al hombre con el que perder la cabeza, pretendía ser egoísta y tenerlo para ella sola.

—Nicole... escucha...

—Lo entiendo —interrumpió levantando una mano y volviéndose a poner sus gafas de profesional distante—. No tienes por qué justificarte.

—Joder, cariño... ¿Qué quieres que haga si es mío?

—Asumir las consecuencias —replicó.

Ser políticamente correcta quedaba muy bien cuando se trataba de la vida de los demás, era más fácil, desde luego.

—Exactamente; sin embargo, te lo repito, no tiene por qué cambiar nada. A la madre no pienso dirigirle la palabra.

Max estiró el brazo con intención de tocarla y ella se apartó. Se puso en pie y fue en busca de Thomas porque prefería no implicarse más y, con su ex en medio, al menos podía concentrarse en el aspecto profesional.

Podía considerarse una actitud cobarde e injusta, pero era lo que sentía. Una reacción visceral.

Se lo encontró discutiendo por teléfono; le oyó maldecir e intentar convencer a alguien con palabras zalameras, hasta que al final, cabreado, apagó el móvil de malos modos y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.



—¿Problemas? —le preguntó cuando Thomas se dio cuenta de que ella lo esperaba para volver a incorporarse a la reunión.

—Sí —respondió—. Pero ahí dentro tenemos uno de los grandes, así que no te aburro con mis líos domésticos.

Nicole arqueó una ceja, no insistió. Si quería saber los detalles, solo tenía que marcar un número de teléfono.

De nuevo los tres reunidos, tocaba tratar uno de los cabos sueltos que a Max le escocía sobremanera: la falta de memoria.

Mira que había hecho examen de conciencia, pero nada, seguía igual. Y si reconocerlo delante de Nicole tenía miga, no digamos ya delante de otro tipo.

—Sigo sin saber quién es ella, si la conocí y si nos acostamos —se adelantó antes que le hicieran la pregunta del millón.

—El problema en estos casos... —comenzó Thomas escogiendo muy bien las palabras—... es que ellas sí suelen recordar hasta el más insignificante detalle.

—Vaya, gracias —murmuró la única mujer del grupo presente, algo picada en su orgullo femenino.

—No hace falta que me lo recuerdes —convino Max.

—Y eso no es lo peor —siguió el abogado mirando a su ex, dudando de si eso debía decirlo en voz alta; pero, si quería hacer bien su trabajo, no podía callarse—: es que, cuando están... digamos... cabreadas —esperó a que Nicole le diera un sopapo o una respuesta cortante; sin embargo, ella demostró que sabía morderse la lengua en pos del avance del proceso, aunque seguramente se lo haría pagar al pobre más tarde, en privado—, tienen tendencia a contárselo a sus amigas.

—Eso no es cierto —intervino ella.

—Continúa —pidió Max.

—Y, además, suelen añadir de su propia cosecha, interpretando a su conveniencia los sentimientos y otros... —los miró a los dos; allí se estaba rifando un zapatazo y él tenía más papeletas que nadie—... apuntes que distorsionan la realidad.

—Interesante...

Nicole abrió los ojos como platos al ver esa especie de entendimiento masculino que sacaba de quicio a cualquiera.

—No obstante, todavía puede ser peor...

—No me jodas, ve al grano —dijo un tipo impaciente.

—En este caso, me temo que no solo lo van a saber las amiguitas, sino todo el mundo.

Max refunfuñó, ya contaba con eso, pero seguía jodiéndolo.

—De ahí que tengamos que contraatacar —apuntó ella pasando por alto la cuestionable lógica masculina, aunque no anduviera muy desencaminada.

—Es vital saber tu versión de los hechos. Conocer, en los días en los que supuestamente mantuviste relaciones con ella, si era factible que ocurriera. No sería la primera vez que desmontamos un fraude de este tipo porque el pobre infeliz... —

Thomas tosió a modo de disculpa por el adjetivo utilizado—... estaba de viaje.

—Vale, lo pillo —convino el pobre infeliz más decidido que nunca a tragarse el orgullo y a preguntar.

Empezaría por su representante; con un poco de suerte aún guardaría su agenda de compromisos y, partiendo de esa base, quizá podría empezar a organizar sus caóticos recuerdos.

—¡Un momento! —exclamó Max al caer en la cuenta de un dato relevante.

—¿Qué pasa? —preguntó ella sobresaltada.

—Mira que me jode... decir esto...

—¿Qué? —insistió Nicole.

Max se levantó molesto, pero molesto consigo mismo.

Puede que no se acordara de esa mujer, pero ahora que su memoria empezaba a funcionar, recordó qué pasó en aquellos días.

Se paseó por el despacho, ajeno a las miradas de estupefacción de los dos abogados. No dejaba de pasarse la mano por el pelo, de farfullar por lo bajo y de inhalar profundamente.

Ya lo tenía superado desde hacía tiempo, pero recordarlo no le gustaba.

—¿Max? —preguntó Nicole nerviosa.

—Ese fue el verano que conocí a Linda...

## Capítulo 9

Nicole se había enterado, gracias a la inestimable colaboración de su futura suegra, de que Max había conocido a Linda, ahora su cuñada, y que desde el primer momento se encaprichó de ella. Parte del interés de la madre de Max al revelar todo esto era, sin duda, acicatearla para que dieran el paso definitivo, es decir, el bodorrio fastuoso y hortera (en eso las madres parecían estar todas cortadas por el mismo patrón).

Cuando conoció la historia se quedó perpleja, limitándose a sonreír y a no dar muestras de una posible preocupación y una lógica curiosidad. Desde luego nunca hubiera podido imaginar que Linda y Max hubieran llegado a tener algo, pues, cuando los conoció, entre ambos se veía solo una gran confianza y complicidad, nada que apuntara a otra cosa.

Y luego estaba el tercero en discordia, Martin, que por lo visto se había llevado a la chica.

Nunca es fácil aceptar que otro te ha levantado la novia, pero, en el caso de Max, debió escocerle el triple, pues él era el deseado por todas, el famoso.

Ahora no tenía motivos para dudar de ninguno, simplemente imaginaba que, para los tres, tuvo que ser complicado aceptar esa realidad. Desde luego, desde que ella y Max estaban juntos no había visto ni un solo gesto que le indujera a pensar mal.

—¿Quién es Linda? —preguntó Thomas continuando con su actitud, era el único que podía, pragmática. No le gustaba ni un ápice que aparecieran nombres o datos que pudieran dar al traste con todo el trabajo. Tenía, era su obligación, que cerrar todos los frentes posibles y odiaba que le pillaran fuera de juego.

—Mi cuñada —respondió resignado.

Thomas lo anotó, como todo, un dato a tener en cuenta. Escribió también al margen una pequeña apreciación personal, «¿problemas familiares?», ya que, por el tono utilizado, al tipo no le hacía mucha gracia.

Nicole mantuvo silencio mientras Max sacaba el móvil y se disponía a marcar el número. Miró a su ex, quien mantenía su pose profesional, pero que sin duda se estaría preguntando unas cuantas cosas. Lo conocía y, por tanto, sabía que, para Thomas, dejar flecos suponía un gran esfuerzo, pues le gustaba controlarlo todo. Pero, de momento, tendría que esperar.

—¿Diga? —respondió una voz familiar pero que distaba muy mucho de ser la de Linda.

—¿Qué haces tú con el móvil de tu mujer? —gruñó Max. «El que faltaba para el duro», pensó con desagrado.

—¿Y qué haces tú llamándola en horas de trabajo? —respondió su hermano en el mismo tono impertinente.

—Pásamela, Martin, no me toques los cojones que es importante —rezongó ante

lo que podía derivar en un diálogo de besugos si su hermano se ponía plasta.

—Oye, a mí no te me pongas chulo.

—Que me la pases, joder.

Los dos abogados lo miraban, Nicole menos impresionada porque lo conocía; aún así, entendía lo amargo que resultaba todo esto que, para más inri, se complicaba por momentos.

—Está ocupada, ya le digo que te llame luego —dijo Martin como si fuera un obediente subalterno de la empresa en vez del jefe—. Adiós.

—¡Será posible! ¿Qué me ha colgado? —exclamó Max mirando incrédulo su móvil.

—Déjame a mí —pidió Nicole.

Pulsó el botón de rellamada y esperó a que descolgaran.

—Joder, Max, que algunos nos ganamos la vida trabajando, no tocándonos los huevos. ¿Qué coño quieres? —soltó en tono aburrido.

—Hola, Martin. ¿Cómo estás?

—Ah, mierda, eres tú. Lo siento, disculpa mi lenguaje.

—Disculpado.

Max arqueó una ceja ante el tono zalamero que empleaba ella; joder, que llevaba varias horas sin ser él el receptor de tales zalamerías. No era bueno sentir envidia de un hermano, pero, con la que se le avecinaba, véase el ejemplo de la noche anterior, le quedaban por delante varias jornadas de sutil separación.

—¿En qué puedo ayudarte? —inquirió el hermano menor, ahora más solícito ante la exquisita educación de la que, con un poco de suerte, sería su cuñada, a pesar de que seguía sin entender cómo una mujer de ese calibre aguantaba al irracional de su hermano mayor.

—¿Max te ha contado su... —miró al aludido de reajo antes de terminar de formular la pregunta—... problemilla?

—Tiene muchos —rio Martin ante el eufemismo empleado—, pero supongo que te refieres al «problema», con mayúsculas.

—Exactamente —corroboró sin dar más detalles; no hacían falta.

—Sí, me lo ha explicado —dijo suspirando; se le notaba preocupado.

—Bien. Necesitamos, necesito —se corrigió para que Martin no se pusiera a la defensiva—, hablar con tu mujer.

—¿Con Linda? —preguntó con voz cargada de extrañeza—. ¿Por qué?

—Verás...

—Nicole, no quiero meterme donde no me llaman, pero hasta el momento no le he contado nada porque Max se pone hecho un basilisco, así que no entiendo el motivo.

Ella llegó a la conclusión de que para el pobre Martin había sido todo un suplicio mantener el pico cerrado y que cuando Linda se enterase... bueno, cuando se enterase podían pasar muchas cosas, pero nada buenas para él.

—Es importante, de verdad —alegó manteniendo la calma. No era bueno adelantar acontecimientos, ya que iba a tocar un tema especialmente espinoso.

—Trae aquí el puto teléfono —exigió Max impaciente.

—Dile que se calme —intervino su hermano al oírlo.

—Por favor, déjame a mí —lo regañó ella.

—Está bien, ahora la llamo, pero dile bien claro que luego no quiero que me venga quejándose, que nos conocemos y el señorito tiene poco aguante.

Thomas, leyendo por encima todos los papeles, disimulaba como podía mientras se mantenía prudentemente callado a la espera de que esto avanzara; eso sí, no dejaba de preguntarse qué clase de secreto familiar se escondía detrás de todo esto para que todos se mostraran tan tensos. Bueno, como él tenía su propia tragicomedia familiar, tampoco iba a rasgarse las vestiduras.

—No, tranquilo —murmuró ella—. Max ha prometido portarse bien y controlar su temperamento —apostilló mirando al «modelo» de corrección verbal que la miraba entrecerrando los ojos.

—Es que Linda, en cuanto se entere, le va a echar un buen rapapolvo.

—Lo sé. Es muy importante que hablemos con ella porque... —no había palabras para suavizar aquello.

—¿Por qué? —insistió.

—Todo este lío comenzó el... —miró a los dos hombres, pero en especial al que convivía con ella y que la volvía loca en todas las acepciones del término antes de añadir... el verano que todo esto empezó fue el que Max y Linda... —se detuvo ahí, no hacía falta decir en voz alta todas las palabras.

Oyó el sonido de disgusto al otro lado de la línea y miró al interfecto que rumiaba en silencio su enfado. Más tarde vendría la explosión sonora y con creativos improprios. Algunos tan imaginativos como «hijo de siete putas».

—Vale, lo capto —cortó Martin—. No te preocupes.

—Gracias, de verdad.

—Ahora mismo se pone —accedió, comprendiendo la importancia y la urgencia de la abogada.

Nicole esperó unos segundos en silencio a que la mujer cogiera el auricular. Oyó de fondo, aunque sin poder entender bien qué decían, una conversación. Seguramente Martin estaba adelantándole la noticia.

—Hola, querida —saludó resuelta Linda con su desparpajo habitual—. ¿Cómo estás?

—He estado mejor, gracias.

—Vale, no puedes hablar ahora.

—¿Te ha contado Martin...?

—Explícamelo tú porque con este hombre que tengo por marido no me entero. ¿Qué le pasa a Max?

—Es muy serio y necesitamos tu ayuda.

—¿La mía? No lo entiendo...

Nicole respiró profundamente; hay cosas que nunca son fáciles y menos con dos tipos atentos a cada palabra que pronuncias. El uno, por curiosidad, y el otro, por ser el aludido.

—¿Te puedes venir a mi despacho? —sugirió Nicole.

—Te veo muy seria, eso no me gusta nada.

—Es importante, de verdad.

—Espera, que le pido permiso al *jefe* y quedamos para comer. Tú y yo solas, que así charlamos a gusto de todo.

No le faltaba razón.

—De acuerdo —accedió finalmente.

El *jefe* seguro que le daba permiso, así que no había nada por lo que preocuparse.

Tras quedar en el restaurante para la hora del almuerzo, Nicole devolvió el teléfono a su dueño y se dispuso a informarlo.

—¿Y bien? —preguntó Max mosqueado de verdad por ser el principal implicado y por tenerle en ascuas, que parecía el tonto del pueblo.

—He quedado con ella.

—¿Cuándo viene?

—¿Accede a hablar con nosotros? —interrumpió Thomas siempre práctico.

Eso le valió una mirada asesina.

—¿Cómo no va a querer ayudarme mi cuñada? —le espetó mirándolo como si fuera tonto o algo peor.

—He quedado con ella a la hora de comer —les comentó Nicole y comenzó a recoger los papeles que tenía esparcidos sobre la mesa.

—Me parece bien —convino Max.

—Solas —añadió sin mirarlo, porque sabía que la idea no iba a gustarle ni un pelo.

—¿Cómo dices? —inquirió con voz dura.

Thomas, que intuía otro rifirrafe del que no iba a poder enterarse al ciento por ciento, pensó que lo mejor era ocuparse de sus cosas y sacó su móvil para tontear un poco por WhatsApp con la *freelance* de la estética que tenía por mujer.

—Que vamos a hablar ella y yo, a solas —le explicó.

—Joder, ¿me tomas por gilipollas?

—Cálmate.

—No me da la gana, maldita sea. ¿Por qué no puedo estar presente? Joder, que soy el principal interesado de toda esta basura.

—Es lo mejor —alegó sin levantar la voz para no avivar aún más su enfado.

—Y una mierda. ¿Es que no pinto nada?

—Piénsalo. Si vienes con nosotras, y con tu... carácter, pues puede que os pongáis a discutir o a contradeciros.

—Maldita sea...

—Escucharé su versión, y estará más relajada al no verte, y luego ya hablaremos. Prometo compartirlo todo contigo.

Max empezó a renegar, a mascullar de todo, pero al final se dio cuenta de que, como siempre, Nicole tenía razón. En su actual estado de tensión iba a ser poco o nada comunicativo y la impaciencia iba a poder con él. Además, conociendo a Linda, esta tendría ganas de pelea y de tocarle un poco los huevos.

—De acuerdo —accedió a regañadientes.

—No te preocupes —insistió al verlo tan ofuscado—. Hablaremos tranquilamente.

Max puso cara de «bueno, vale, lo que tú digas», aunque tuvo que dar la puntilla.

—Digo yo que haremos algo más que hablar... —insinuó poniéndole la mano en el trasero cuando ella se acercó para despedirse.

Ella se sonrojó de los pies a la cabeza. Era algo a lo que no terminaba de acostumbrarse y eso que él, siempre que podía, la ponía en un aprieto, pero tantos años siendo la finolis hacían mella y terminaba acalorándose y, lo que era peor, dando muestras evidentes de ello.

No estaban solos y Max soltaba un comentario así. No hacía falta ser muy listo para pillar la insinuación. Miró de reojo a su ex, que por lo visto estaba enfrascado, cual adolescente, con su móvil, escribiendo como un poseso.

Mejor no preguntar.

—Os dejo solos —comentó agarrando su bolso y evitando mirar a la cara a Thomas, aunque estaba segura de que este había oído el comentario, aunque, debido a su educación, no iba a hacer ningún gesto que lo confirmara.

Max se despidió de ella con demasiada efusividad antes de volver a ocuparse del exsocio y exprometido de ella, que por lo visto era un lumbreras, de ahí que contaran con él, pero del que no se fiaba ni un pelo.

Ir de matón no era lo suyo; sin embargo, como nadie podía oírlos, pensó que era una buena oportunidad para dejar las cosas claras. Ni qué decir tiene que existían otros dos factores por los que le tenía ganas; a saber: en primer lugar, porque le repateaba tener que confiar en él, y más teniendo en cuenta que por culpa del abogado su chica estuvo a punto de sufrir una agresión, y en segundo término porque, y esto era personal, con alguien tenía que pagar su frustración y nada mejor que un tipo pomposo como *sparring*.

—Será mejor que me vaya —murmuró Thomas poniéndose en pie y recogiendo sus notas—. Dile a Nicole que me llame para seguir con todo esto.

—Un momento, quiero comentarte un par de cosas —dijo Max serio.

—Te escucho —replicó sin inmutarse.

—No eres santo de mi devoción —comenzó sin andarse con pamplinas.

—Créeme, lo sé —alegó sin sentirse ofendido.

—Y no te lo voy a volver a repetir: espero que no salga ni una sola palabra de lo que aquí se diga. No estoy dispuesto a consentir que, al tener información

privilegiada, te vayas de la lengua.

Thomas, lejos de amilanarse, adoptó una postura relajada y sonrió de medio lado.

—Ya deberías saber que, uno, soy poco dado a perder el tiempo en cotilleos; dos, no me gano la vida vendiendo secretos, y tres, soy bueno en lo que hago porque me preocupo por mis clientes, ellos me pagan; no merece la pena joder la gallina de los huevos de oro.

Max arqueó una ceja ante tal defensiva perorata, típica, por otro lado, de un abogado.

—Veo que nos entendemos.

—Y además, en caso de pifiarla, a quien debo temer no es a ti —apostilló mientras agarraba su maletín dispuesto a salir de allí.

—Menos mal, un poco de sentido común. Me alegra comprobar que la confianza que Nicole ha depositado en ti merece la pena.

Thomas negó con la cabeza.

—Tampoco es ella quien me cortaría los huevos en caso de meter la pata o irme de la lengua —sonrió ante la cara de desconcierto del tipo—. Deberías saber que estoy casado con una loca, la mayor de tus fans —le dijo, dejándole perplejo antes de salir por la puerta sin una réplica ni tiempo para pensarla.

—Vaya... —murmuró sintiéndose un poco tonto.



## Capítulo 10

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó Linda abriendo los ojos como platos cuando terminó de escuchar a una preocupada Nicole.

—Créeme, ¿cómo iba a inventarme una cosa así? —murmuró apesadumbrada.

—Joder, es que me parece tan raro... —reflexionó.

Ambas se encontraban acomodadas en un céntrico restaurante, habían dado cuenta de la comida y, sin hombres a su alrededor que entorpecieran la conversación, tenían que ir atando cabos.

—No te digo que no sea posible —prosiguió Linda—, torres más altas han caído, pero, si una cosa tengo clara es que Max, siempre, siempre, ha ido con cuidado.

Nicole en ese instante se mordió la lengua y no preguntó si esa información era consecuencia de haberse acostado juntos o sencillamente lo sabía por comentarios o insinuaciones del afectado.

En todo caso, no era relevante para el caso, ya que lo que realmente le importaba era saber si esa tal Adele Johnson pudo coincidir con Max en algún momento y meterse en la cama con él sin las consabidas precauciones.

Ahora bien, puede que ya no tuviera mayor importancia el que en su día Max y Linda estuvieran juntos, y más aún teniendo en cuenta el desarrollo de los acontecimientos; sin embargo, como mujer, le hubiera gustado conocer ese detalle, pese a que, de ser afirmativa la respuesta, pudiera afectarla.

«Estás desvariando», se recordó Nicole volviendo al tema principal.

—Creo que deberíamos animarnos un poco —sugirió Linda—. Vale, todo esto no es para organizar una fiesta, pero si las dos estamos con cara de velatorio, pues me deprimó aún más.

—¿Qué propones?

—Buscar algún garito donde pasarlo bien. Hace siglos que no salgo.

—Mmmm, pero ¿a estas horas? —preguntó perpleja.

Nicole no andaba muy al día en lo que a garitos de mala reputación se refería, pero al menos sí sabía que a plena luz del día las posibilidades de encontrar uno abierto eran remotas.

Linda, ni corta ni perezosa, llamó al camarero, pagó la cuenta y sin andarse por las ramas le preguntó si cerca de allí había algún *pub* donde dos mujeres podían tomarse algo sin ser molestadas por hordas de ejecutivos ansiosos por meterlas en caliente al salir del trabajo.

Siguiendo la recomendación de un atónito camarero, las dos se desplazaron hasta un local de aire retro, aunque una vez dentro comprobaron que de retro nada: la decoración, el mobiliario y el color indefinido de las paredes eran *made in 80's*. Hasta la música era de la época.

Escuchar de fondo *The time of my life* tenía su gracia, así que se acomodaron en una de las mesas y pidieron sus bebidas.

Nicole sacó el iPad de su bolso, dispuesta a tomar notas de su conversación. Se puso las gafas y, adoptando su postura más profesional, se dispuso a ello.

—Estás de broma, ¿no? —adujo Linda riéndose.

—Es importante que anote las cosas —se defendió.

—Escucha, esto es una conversación de amigas. Y deja de fingir que no te afecta porque en el fondo sé que estás hecha un manojo de nervios.

—Vale, sí —admitió en un suspiro—. Desde que leí esa maldita comunicación no he podido pensar en otra cosa y...

—Y ahora, por si fuera poco, entro yo en escena —remató Linda por ella.

Nicole hizo una mueca; no lo hubiera expresado mejor ni queriendo.

—Sí. —¿Para qué mentir?

Linda dio un sorbo a su bebida antes de hablar, y puso cara nostálgica mientras empezaba a recordar...

—Por aquel entonces yo trabajaba como azafata, o sea, chica mona a la que se pone como un objeto más en un *stand* para que clientes ricos se alegren la vista mientras miran productos que no necesitan pero que inflan sus egos.

—Cierto.

—Me habían contratado para una feria de coches de lujo. Mi trabajo consistía en estar diez horas monísima de la muerte junto a un espectacular deportivo, en minifalda y tacones, con sonrisa deslumbrante. Por lo visto pensaban que éramos poco menos que tontas, porque si enganchábamos a algún comprador potencial debíamos llamar al encargado para que este luciera sus dotes comerciales y finalizara la venta. Cosa que podía haber hecho yo perfectamente, no es tan difícil, estudié para ello.

—Qué me vas a contar... —intervino Nicole.

—Nos advirtieron de que por allí pasaría no solo gente rica, sino gente rica y famosa, para que los tratáramos como reyes pero sin babear; queda feo eso de ser la fan histórica. Así que allí estaba yo, con mis *stiletos*, mi sonrisa de anuncio y mi falda corta a la espera del millonario cuando apareció Max.

Nicole se mordió el labio; por cómo lo narraba, estaba claro que Linda pareció impresionada, todo lo contrario de lo que a ella le sucedió. Solo de recordar cómo lo trató la primera vez que lo vio, se moría de la vergüenza.

—Yo sabía quién era, ¿cómo no reconocerlo? ¡Por favor! Y claro, me puse nerviosa. Con la fama que le precedía y con lo que yo había leído, me extrañó que apareciera solo. Pero bueno, tenías que haberlo visto... Bah, no digo más, que suelto bobadas —Linda guiñó un ojo—, claro que le has visto de arriba abajo.

La abogada tosió.

—Sigue, por favor.

—No le vendí nada —hizo un mohín—, pero, ¡pásmate!, vino al día siguiente, lo

que me dejó sin palabras, pues no lo esperaba. Pensé, como es lógico, que había reconsiderado su decisión de gastar una fortuna en un coche nuevo que seguramente no necesitaba, pero que, como futbolista famoso, debía adquirir. Y de nuevo se marchó sin comprar nada pero... ¡madre mía, qué cara puse cuando me invitó a salir!

La chica actual del aludido tragó saliva; no era para menos: aparte de surrealista, escuchar este relato suponía un gran esfuerzo de contención de celos.

—Perdona mi efusividad —prosiguió Linda—, pero ¿qué chica no se hubiera caído de culo si Max Scavolini le hubiera pedido una cita?

—Yo —murmuró Nicole en respuesta al recordarlo.

—En fin, nerviosa como nunca antes había estado, se lo conté a un par de amigas. No terminaba de creérmelo y, como siempre hacemos las chicas, pedí ayuda para estar lo más *fashion* en la primera cita. Tuve todo tipo de pensamientos, algunos perversos incluso, porque... ¿qué pensarías si te dijera que quería llegar hasta el final en la primera cita?

Nicole tragó saliva. Dio un sorbo a su bebida y se aclaró la garganta para poder hablar.

—Si te soy sincera, en otros tiempos te hubiera considerado una fresca.

—Tú y todo el mundo —convino Linda con media sonrisa.

—Pero, como seguramente sabes, yo ni siquiera esperé a tener mi primera cita —dijo encogiéndose de hombros. Qué lejos quedaban ya aquellos momentos en los que acostarse con un tipo desconocido, de aspecto cuestionable y poco recomendable, era sinónimo de pecado mortal.

—Lo sé, y te entiendo —alegó con una sonrisita cómplice. Se alegraba un montón de que ese gruñón que tenía por cuñado hubiera conocido a una mujer como la que tenía delante—. Como te iba contando, quedé con él y, para mi enorme sorpresa e insatisfacción, me devolvió a mi casa sana y salva. ¿Te lo puedes creer? Pensé que quizá lo había decepcionado, Max estaba acostumbrado a la primera división, ya me entiendes; sin embargo, cambié de idea, pues unos días después me volvió a llamar. Por supuesto accedí a salir con él y en la segunda cita puse toda la carne en el asador.

—¿Y? —murmuró la abogada queriendo saber de una vez si entre ambos hubo algo más que un montón de citas educadas.

—Ídem de ídem —respondió Linda haciendo una mueca—. Lo curioso es que mostraba interés por mí, mucho. No sé si me entiendes...

—Me hago una ligera idea —comentó Nicole poniendo cara de circunstancias.

—Pues, aun así, nada de nada. Yo me desesperaba, pues si bien cualquier chica agradece tener al lado a un tipo educado, conversador, simpático, romántico...

Frunció el ceño, esa versión de Max no afluía muy a menudo. Con ella, desde el minuto uno fue brusco, exigente, vulgar y, sobre todo, excitante. «De ahí que cayera sin remedio ante él», pensó con toda lógica, pues Nicole estaba hasta la peineta de tipos amables.

—Pero una, de vez en cuando, quiere a un hombre que sea de carne y hueso, nada

de florituras, nada de flores ni cenas con velas. Quiere sexo, sudar...

—No hace falta ser tan gráfica —murmuró.

—Vives con él, no me seas ridícula.

—Por eso mismo.

—Vale. En fin, volvamos a la historia. Yo no sabía qué más hacer para que se dejara de rodeos y me llevara al huerto. A lo mejor Max pensó que era como el resto, que solo quería acostarme con él para contarlo, pero no era así, ni de lejos. Me gustaba, y mucho. Así que, cuando me invitó a cenar a su casa, casi me da un *pumba*. «¡Por fin!», me dije emocionada. Aún no vivía en la casa de ahora, sino en un ático en el centro, y allí me presenté, a la hora acordada, con muchos nervios y sin ropa interior. ¡No me mires así! Tú hubieras hecho lo mismo.

—No estoy tan segura...

—Da igual. Cuando llamé al timbre estaba hecha un manojo de nervios: iba a suceder y no quería meter la pata. Al abrirse, tuve que respirar unas cuantas veces para poder poner un pie delante de otro. Su asistenta me hizo pasar al salón. Me miró como supongo que miraba a todas las chicas que Max llevaba a su casa, pero me daba igual. Como cualquier apartamento de soltero, aquello era una exposición de tecnología cara, muebles de diseño... lo de siempre. Esperé de pie a que apareciera, intentando repetirme a mí misma que iba a pasar, que lo deseaba, que llevaba suficientes condones en el bolso y que no tenía ni ganas de cenar. En ese instante oí unos pasos...

Nicole cerró los ojos, esta parte no iba a poder aguantarla. Hasta aquel punto de la historia lo llevaba medianamente bien, pues parecía para todos los públicos; no obstante, ahora Linda iba a ponerse de lleno con la versión para mayores de dieciocho.

—Y me di la vuelta —prosiguió—, con una sonrisa deslumbrante que se me borró de inmediato al ver a un tipo que no conocía de nada arqueando una ceja, mostrando media sonrisa lobuna y escaneándome como si fuera una cualquiera. Me dijo un «buenas noches» que sonaba a «mira, otra que se baja las bragas sin rechistar ante un tipo famoso». Y claro, yo me envalentoné. Lo fulminé con la mirada, aunque no hizo efecto. El desconocido continuaba allí, parado, con actitud arrogante, y temí perder el valor.

—Vaya...

—Mis nervios me jugaron una mala pasada y, sin un ápice de educación, le pregunté por Max, tratándolo, así todo lo indicaba, como a un empleado; eso sí, uno muy atractivo. Hasta que él se presentó y, cuando supe quién era, me quise morir. Tratar al hermano de un deportista famoso como si fuera poco menos que el basurero no está bien visto. Así que me tocó serenarme, pedir disculpas y dar media vuelta.

—Curiosa manera de conocer a un tipo...

—Oye, tú le abollaste el coche a tu chico —replicó Linda toda ufana y para nada ofendida.

—Sí, pero fue sin querer —alegó.

—Da igual, lo importante es que estamos aquí.

—Brindo por eso. —Ambas levantaron sus copas—. ¿Y qué pasó?

—Se disculpó en nombre de Max diciéndome que se retrasaba por un tema profesional y se ofreció a hacerme compañía hasta que apareciera su hermano. Yo negué con la cabeza; bastante había hecho ya el ridículo y, encima, no llevaba bragas. Quería irme a casa y olvidarlo todo.

—Pero... —la animó mientras comenzaba a sonar otro *hit* de los ochenta, *West end girls*.

—Pero Martin insistió. Ya sabes cómo es, un lobo con piel de cordero. Yo entonces no lo sabía. No me importó sentarme y esperar a que Max hiciera acto de presencia. Al principio fue muy violento, pues me sentía incómoda; por mucho que él se comportara con amabilidad, yo imaginaba lo que pensaba de mí y me moría de la vergüenza. Nunca antes había sido tan descarada; sin embargo, este era un caso especial. Ahora reconozco que me dejé influenciar por su fama, por lo que la gente veía en él, no por cómo es en realidad —confesó Linda.

—¿Y Max apareció?

Linda negó con la cabeza.

—Ni rastro. Llamó para disculparse y para invitarme de nuevo a cenar. Pero cuando ya estaba dispuesta a marcharme, Martin me detuvo e insistió para que cenara con él. Me dijo, palabras textuales, «es una pena desaprovechar la cena, quédate». A mí me sonó a premio de consolación.

—Eso parece, sí.

—Ya, sobre todo cuando luego me enteré, tuvimos una buena bronca por ello, de que durante años ambos se lo pasaban en grande intercambiando citas. Sé que no fue mi caso, pero me escoció.

—Vaya dos...

—Tú has tenido suerte y les has conocido en la fase relajada.

—Brindo por eso —farfulló, y las dos apuraron sus bebidas, por lo que Linda se apresuró a pedir una nueva ronda. Ahora sonaba *Never gonna give you up* y hasta daban ganas de ponerse a bailar.

—El caso es que nos sentamos a la mesa y empezamos a cenar en silencio, bueno, al menos por mi parte. Martin se encargaba de entretenerme con sus comentarios y, poco a poco, me fui relajando. No sé cómo, pero comencé a interesarme por él, por su trabajo de arquitecto, por sus anécdotas y me fui olvidando de su hermano famoso. Al final insistió en acompañarme a casa y no supe negarme. Más tarde me enteré de que su intención era averiguar dónde vivía sin tener que preguntárselo a Max, pues al parecer este estaba muy interesado en mí.

—¿Cuándo se enteró Max de aquello?

—Mmmm, pues al principio seguía aceptando sus invitaciones, pero lo cierto es que dejé de interesarme. Sin saber cómo ni por qué, yo solo pensaba en Martin y,

claro, se me notaba. Cuando por algún casual coincidíamos con él, yo no dejaba de mirarlo, y él a mí, lo cual quedaba muy feo, la verdad. Creo que sospechaba algo, aunque no lo mencionaba, pues mi comportamiento me delataba. Martin vino a mi casa una noche, quería hablar conmigo pero...

—No me lo digas, me lo imagino, no dijisteis ni una palabra.

—Más o menos —admitió Linda con una sonrisa—. Fue extraño. Una curiosa mezcla agridulce. Por un lado me sentí mal pero por otro... ¡Había tenido el mejor sexo de mi vida! Martin y yo dimos muchas vueltas al asunto, porque aquel encuentro se repitió y yo no podía seguir poniéndole excusas a Max. Hasta que una noche insistió en que saliéramos. No me apetecía pero acepté. Cuál fue mi sorpresa cuando llegamos al restaurante y me encontré con Martin y a su lado una mujer.

—Espera, espera. ¿Martin salía con otra?

—Eso pensé yo. Me contuve para no darle un bofetón y me di cuenta de que él estaba tan apurado como yo. Por lo visto Max, que tenía la mosca detrás de la oreja, había llamado a una amiguita, de esas que coleccionaba, para una cena de cuatro.

—Creo saber el nombre de la chica...

—Sí, era ella, Adele Johnson —confirmó Linda—. Como ya sabes, espectacular, de la que levanta el ánimo a cualquier tipo. La velada fue de mal en peor. Martin y yo no dejábamos de mirarnos de reojo. Queríamos ser sinceros, decir abiertamente lo que ocurría entre nosotros. La mujer, como supuesta acompañante de Martin, no dejaba de acercarse e insinuarse, supongo que para no defraudar al hermano famoso, pues seguramente esperaba su recompensa.

—No sé si quiero oír el resto —farfulló Nicole empujando de nuevo el codo.

—Todo estalló, o más bien yo hice que estallara... Joder, es que tenías que haber estado allí, viendo cómo esa mujer le ponía las tetas en la cara, primero a uno y después al otro, para que no hubiera envidias. Martin no sabía dónde meterse e intentaba, con educación, quitársela de encima, pero sin éxito, porque la tiparraca esa volvía a la carga. Me levanté, cabreada como nunca, y miré a Martin, le pedí con la mirada que me respaldara...

—¿Lo hizo? —inquirió expectante.

—¡Por supuesto! —exclamó—. Me cogió de la mano y miró a Max antes de confesarle la verdad. «No tiene sentido negarlo más», palabras textuales.

—¿Cómo reaccionó Max?

—Te lo puedes imaginar. Aparte de una ristra de exabruptos, no he conocido a nadie tan imaginativo para ello, me acusó de oportunista y, a su hermano, de traidor. La tonta del bote de Adele sonrió como una gata en celo al ver que tenía todas las papeletas para llevarse a la presa de mayor valor. Bueno, eso desde su punto de vista.

—Es comprensible, a nadie le gusta que le quiten a la chica —apuntó intentando ser políticamente correcta.

—¡Por favor! Que de no haber sido así, ahora no lo tendrías para ti. Sé un poco más pasional.

—Lo intento —se disculpó—. No obstante, a veces no me sale.

—Aquello acabó mal, se venía venir. Max, ofuscado y con ganas de devolvernos el golpe, agarró de malos modos a la pectorra siliconada y se fue de allí echando chispas. Lo que hicieron o dejaron de hacer ya no puedo saberlo. Aunque... me hago una ligera idea.

—Joder...

Linda abrió los ojos como platos al oír pronunciar semejante palabra.

—Yo no lo hubiera expresado mejor. Así que ya sabes la historia completa.

—No me tranquiliza nada saberla, la verdad —masculló.

—Si te soy sincera, creo que de haber pasado algo fue sencillamente un desahogo, se la tiraría como a otra de tantas y punto —añadió Linda intentando suavizar el golpe.

—Solo que ahora la «petarda» le reclama la paternidad de su hijo, mi ex va a defenderlo y yo no sé qué hacer.

—Pidamos otra ronda.

## Capítulo 11

Al salir del local ya había anochecido. Ambas habían hablado de todo y empujado el codo a partes iguales. La más perjudicada, como era de suponer debido a su falta de costumbre, fue Nicole, que tuvo que ser ayudada para meterse en el taxi que la llevaba de vuelta a casa.

Ahora sabía una versión de la historia y, si bien podía respirar tranquila, pues Max y Linda nunca llegaron a acostarse, ahora el frente que realmente desearía cerrar continuaba abierto y sin visos de solucionarse. Puede que Max no recordase a la mujer en cuestión, pero estaba claro que había estado con ella y puede, ahí venía la parte más peliaguda de aquel enrevesado asunto, que debido al enfado cometiera una estupidez, como llevársela a la cama y follársela sin tomar precauciones.

De todas formas, no tenía la cabeza como para estos procesos mentales y tampoco estaba por la labor de arruinar la noche, otra vez. Linda se había encargado de describirle, gráficamente, qué iba a hacer nada más llegar a casa y pillar por banda a su marido y, claro, Nicole pensó que no iba a ser menos, así que mientras el taxi la llevaba de vuelta a casa empezó a imaginar posibilidades eróticas. Algunas de ellas absurdas pero que la fueron excitando.

Pagó como pudo al taxista y salió del automóvil con cuidado para no caerse de bruces al suelo. Con la poca elegancia que le quedaba tras empujar el codo, caminó hasta la puerta principal y, como buscar las llaves, meterlas en la cerradura y abrir la puerta no entraba dentro de sus posibilidades, llamó al timbre.

Nada más entrar por la puerta, se encontró con un novio y su cara de malas pulgas como recibimiento.

—¿Has bebido? —preguntó extrañado cuando la observó detenidamente.

Había estado esperándola impaciente, con unas ganas enormes de hablar con ella y enterarse de lo que esa loca que tenía por cuñada le había contado.

—Un poco —murmuró avergonzada.

Era la primera vez que se veía en una circunstancia similar.

—¿Un poco? —insistió agarrándola para que no se cayera de culo.

Nicole asintió.

—Tres o cuatro copas, no me acuerdo muy bien.

Su curiosidad por saber si habían aclarado algo que lo ayudase en este complicado asunto pasó de inmediato a un segundo plano. En el estado en el que Nicole llegaba no iba a sacar nada en claro.

Lo que no entendía era por qué, ella que nunca bebía, lo había hecho. Apostaba cualquier cosa a que Linda tenía mucho que ver. Sin embargo, como no le apetecía llamar para preguntar y que aquella se pusiera chula, se tragó las ganas. Ya se ocuparía al día siguiente de tener una charla, para nada amistosa, con la instigadora



con la que su hermano estaba casado.

—Joder, pero si con una copa de vino te pones contenta —adujo negando con la cabeza.

Sintió una especie de pánico, ya que, que una mujer como la que tenía en brazos, ejemplo de moderación, hubiese acabado con un pedo del quince, solo podía deberse a que la conversación con Linda la había empujado a ello.

—No, si contenta estoy, más de la cuenta creo yo —balbuceó intentando seguir su paso. Pero su estado de embriaguez la obligó a añadir—: y no solo contenta, también...

Max la cogió en brazos, porque aparte de no pesar nada estaba seguro de que en su estado esta mujer no podría subir las escaleras sin correr el riesgo de caer rodando, aunque se quedó intrigado. Como nunca antes la había visto pedo, a saber cuál era su comportamiento.

—También ¿qué? —la animó.

—Un poco... ¡no te rías que te veo venir! —gruñó agarrándose a él porque todo le daba vueltas—. Ya es bastante vergonzoso que me veas así como para que encima te rías a mi costa.

Él observó su cara sonrojada, por lo que intuyó el motivo, pero siempre resultaba más divertido oírsele decir. Donde va a parar.

—No me dejes con la intriga, anda. ¿Qué te pasa?

Nicole siempre hacía verdaderos esfuerzos por utilizar vocablos menos rebuscados, porque sabía que a él le ponía como una moto escucharla pronunciar esas palabrejas vulgares que ella evitaba. Sin embargo, su estado actual solo podía definirse de una manera.

—Que estoy... cachonda.

—Me parece estupendo, cariño —adujo sin rastro de burla.

No iba a ser tan insensato de desaprovechar esta oportunidad. Además, con lo que tenían encima, eran precisamente estos momentos los que podían unirles de nuevo y evitar dormir en la misma cama dándose la espalda y sin ningún contacto físico. Así que Max, en pos de una noche interesante sexualmente hablando, disimuló su risa y su impaciencia de ver a Nicole en acción bajo los efectos del alcohol.

Sin soltarla, llegó hasta la puerta del dormitorio principal y, como ella no estaba al quite, la dejó un instante de pie, apoyada en el marco, mientras bajaba la manilla y empujaba la puerta. Abrió y de nuevo cargó con ella en brazos, como si de una muñeca maleable se tratara.

Una vez parapetados tras la intimidad de su alcoba, la dejó con cuidado en el borde de la cama y se limitó a encender la luz de la lamparita. Regresó junto a ella y se inclinó para deshacerse de sus zapatos de tacón. Después le quitó la americana y, cuando empezaba a desabotonar la blusa, preguntó:

—¿Estás lo suficientemente borracha como para que me aproveche de ti sin que luego haya represalias?

No es que tuviera remordimientos por ello, a estas alturas entre ambos resultaba absurdo, pero le gustaba agujonearla un poco. Desde luego, si respondía afirmativamente, sería interesante y, si lo hacía de forma negativa, mucho más.

—Creo que sí.

—Nicole, aclárate. Ya sabes que yo no tengo ningún problema en aprovecharme de ti en este estado, pero, como te conozco, quiero asegurarme de ello —insistió mientras le sujetaba la barbilla para que le mirase a los ojos.

—Si me pides permiso no tiene gracia —rezongó.

Max sonrió.

—Es la respuesta que necesitaba.

Nicole le dejó hacer. Dudaba de si en su estado iba a poder continuar, pero tenerlo allí, a su pies, ocupándose de ella, era sin duda un gesto muy tierno, aunque sabía que ese gesto tenía más que ver con la lujuria que con otra cosa.

Levantó la mano y le acarició la mejilla mientras Max se ocupaba de desabrochar cada uno de los botones. Hoy llevaba una de sus blusas elegantes con mil diminutos botones que le daban el aspecto refinado y profesional que siempre buscaba pero que desesperaban al amante más dispuesto. Como ni ella tenía paciencia aquella noche, tomó cartas en el asunto.

—Rómpela —murmuró al ver cómo se peleaba con ellos.

—Gracias.

Agarró la tela y a lo bruto la abrió de par en par. Llevó sus manos a las copas del sujetador y se las bajó para contemplar ese par de duros pezones que de inmediato probó.

Inclinándose, se metió uno en la boca y lo arañó con los dientes mientras su mano se colaba por debajo de la falda hasta la unión de sus muslos. La encontró mojada, pero se limitó a tocarla por encima de sus bragas, presionando la tela para enardecerla aún más.

—Desnúdame —ordenó ella molesta por llevar un pedazo de tela sobre su sexo empapado.

—Qué mandona estás hoy —replicó sin dejar de presionar con la palma de la mano sobre su coño, dejando que la tela de su ropa interior rozase cada punto sensible.

La oyó jadear y quejarse al mismo tiempo y sonrió. La mantuvo así, expectante unos minutos, percibiendo su respiración, devorando sus pezones y con una erección de mil demonios atrapada en sus pantalones.

—Max... —se quejó de nuevo retorciéndose.

—No protestes tanto. Si vieras cómo tengo la polla te compadecerías de mí.

—Pues desnúdame y deja de torturarme.

—Joder, cuando estás pedo te vuelves de un exigente... —se guaseó y, para que la pobre no se frustrara, la penetró con un dedo y comenzó a moverlo en su interior, tocando cada terminación nerviosa, desesperándola y excitándola a partes iguales.

Nicole le agarró de la muñeca para que fuera un poco más contundente, pero no tuvo éxito, de tal forma que hubo de conformarse. No estaba mal, pero su cuerpo precisaba más intensidad.

—Si estás empalmado, ¿por qué no me la metes de una vez? —farfulló tirándole del pelo para apartarlo de sus pezones, que torturaba sin descanso.

Max la miró pero obvió por completo su sugerencia, para nada amistosa, y volvió a atrapar su pezón en la boca.

—Pero qué obscena te has vuelto de repente, cariño.

Aquel comentario gracioso le valió un buen tirón de pelo, el necesario para que se dejase de tonterías.

Por fin, y con el mismo ímpetu que había demostrado al romper su blusa de diseño, se ocupó de falda, medias, bragas y cualquier otra prenda que se le pusiera por delante.

Una vez que la tuvo desnuda, se incorporó para quitarse su propia ropa.

Nicole, que permanecía sentada frente a él, no pudo permanecer quieta y nada más ver cómo se bajaba los pantalones movió la mano hasta posarla sobre su erección y acariciarle por encima de los bóxers.

—Mmmm —ronroneó.

—Joder, esa faceta de calentorra me va a volver loco...

Para acentuar su nueva actitud, se relamió mirándolo desde abajo al tiempo que sus manos lo toqueteaban convenientemente.

—Eso espero —volvió a ronronear.

Max por poco se cae de la impresión. Se sacó la camiseta y la tiró hecha una bola mientras se deshacía de su ropa interior para ofrecerse en todo su esplendor, nada de medias tintas.

Ella, sin dejar de acariciarlo con la mano, miró un instante hacia arriba para observar su reacción y por la cara de Max saltaba a la vista que aquello le gustaba, y mucho.

Aquella noche se sentía ambiciosa, así que no iba a conformarse con trabajos manuales. Volvió a humedecerse los labios y los separó.

—Vamos, Nicky, te mueres por chupármela.

Ella asintió, convencida de sus posibilidades.

Max se acercó lo necesario para facilitar en la medida de lo posible las cosas y se sujetó la polla con una mano, ofreciéndosela.

Nicole atrapó primero la punta y gimió mientras que sus manos le acariciaban entre las piernas, buscando cada punto sensible para que aquello fuera perfecto. Se sentía increíblemente poderosa teniéndolo allí, a su entera disposición.

Él, por su parte, la miraba con ojos entrecerrados al tiempo que le acariciaba el pelo y procuraba no follarle la boca como un poseso; eso de momento tendría que esperar. Dejarla hacer, que le lamiera a su ritmo, también podía disfrutarlo. Como siempre, la estimulación física era superada por la alucinante sensación de tenerla ahí,

a su disposición. No era una cualquiera, era su finolis particular quien le comía la polla con toda la dedicación del mundo. Podía hasta hacerlo mal que a él no le importaba lo más mínimo. Aunque, había que reconocerlo, aquella noche estaba especialmente habilidosa.

Poco a poco su contención se fue diluyendo y lo que empezaron siendo suaves caricias en su pelo cambiaron a tirones a medida que la tensión se acumulaba en su sexo. Nicole le estaba haciendo la mamada del siglo y eso debía tener una respuesta inmediata.

—¿Quieres que me corra en tu boca? —preguntó tirando de su melena hacia abajo para que ella elevara el rostro—. ¡Contesta!

—Lo que tú quieras... —ronroneó.

—Joder, Nicky...

Ella prosiguió con sus atenciones bucales mientras él se debatía entre la opción A, lo que cualquier tipo considera una felación perfecta: correrse en la boca, o la opción B, no menos satisfactoria, decidirse por un final más clásico.

Miró hacia abajo, a esos labios que recorrían su polla, a cómo salía y entraba de su boca y continuó dudando.

—Así no hay quien se decida —gruñó.

Sin embargo, ya que su chica se había comportado con el descarado que él tanto exigía en otras ocasiones, pensó que se merecía una recompensa.

La privó de su pene, dejándola momentáneamente desconcertada; después se inclinó y la besó con el ímpetu y las ganas de siempre, de tal forma que fue recostándola en la cama hasta quedar ambos perfectamente alineados.

Nicole dobló las rodillas y separó las piernas, preparándose para que sucediera lo inevitable. Percibió el roce de su erección, se aferró a sus hombros y respiró mientras adoptaba una expresión a medio camino entre la somnolencia y el deseo.

Max la miró negando con la cabeza.

—¿No te irás a quedar dormida ahora?

—No —respondió suavemente, tanto que él no la creyó.

—Se supone que estás muy cachonda —le recordó— y que, por lo tanto, tu comportamiento ha de ser más colaborador.

—Estaba colaborando perfectamente hasta que has decidido privarme de ello.

—En eso tienes razón —convino con media sonrisa—, así que tendré que hacer algo.

Se giró hasta quedar debajo y tiró de ella para que se colocara a horcajadas. Se agarró la polla con una mano y nada más tenerla a tiro hizo que descendiera hasta penetrarla en profundidad.

Nicole se mordió el labio.

—Por fin... —susurró acoplándose mientras su cuerpo se adaptaba a la perfección. Echó las manos hacia delante y se apoyó en su pecho, para así acariciarlo al tiempo que se movía sobre él.

—Un poco más de brío —exigió Max—, ese par de tetas tienen que moverse.

No lo defraudó. Nicole, envalentonada, puede que en parte debido al alcohol que había ingerido, se irguió completamente y ella misma se encargó de acunar sus pechos y de pellizcarse los pezones, todo ello sin dejar de balancear su cuerpo, hacia delante y hacia atrás, logrando que los gemidos masculinos fueran cada vez más intensos, que las manos de él se aferraran a sus caderas dejándole marcas y que estuviera a un paso de correrse.

Max desplazó una mano hasta donde se encontraban unidos y utilizó el pulgar para friccionar su clítoris, de tal forma que los vaivenes de ella se tornaron más frenéticos, más desesperados ante aquella estimulación extra.

—Así, Nicky, así... —la espoleó empujando desde abajo y disfrutando de las vistas.

Ella no respondió con palabras, continuó montándolo y apretándose los pezones tal y como él siempre hacía. Cada vez se encontraba más cerca. Estaba empapada de sudor y despeinada, pero se sentía pletórica y con unas ganas locas de correrse.

Apretó los músculos internos, recordando los ejercicios que siempre hacía con las bolas chinas, y el gruñido de Max no se hizo esperar al mismo tiempo que le frotaba el clítoris con más fuerza, lo cual desembocó en un intenso orgasmo.

Cayó sobre él sin darse cuenta de que el pobre se había quedado a un paso. Pero Max reaccionó rápido. Cambió de posición, y en menos de medio minutos la penetraba de nuevo. Nicole se amoldó a sus exigencias y le besó con las ganas y el deseo de siempre antes de abrazarlo mientras Max se corría en su interior.

—Creo que mañana deberías emborracharte de nuevo —musitó estirando el brazo para apagar la luz.

Nicole bostezó, le dio un pequeño manotazo en el hombro y se acomodó junto a él.

—Buenas noches.

Él sonrió en la oscuridad e intentó recordar qué tenía en el mueble bar.

## Capítulo 12

Abrió los ojos e hizo una mueca.

Ahora sabía lo que era una resaca.

Se giró en la cama y encontró a un tipo feliz, despeinado y sin afeitarse, durmiendo a pierna suelta agarrado a la almohada.

—No vuelvo a probar una gota de alcohol —gruñó tapándose los ojos con el brazo. Las persianas no estaban echadas y la luz del sol molestaba de lo lindo.

Miró la hora y bufó. Tenía una nueva cita con Thomas y muy pocas ganas de arreglarse y menos aún de atenderlo. Su cabeza no estaba para trabajar.

Max, a su lado, debió de oírla, pues abrió un ojo y sonrió ante lo que parecía una sesión de autoflagelación.

—Buenos días —dijo estirándose en la cama—. ¿Llamo a Alcohólicos Anónimos?

—No te burles —rezongó molesta.

—Mira que te gusta martirizarte tú sola. Déjame a mí, que se me dan mejor las torturas...

Empezó a acariciarle una teta, pero se encontró con la oposición de ella.

—No tengo cuerpo para eso —farfulló.

Max negó con la cabeza y no cedió.

—Nicole, no seas exagerada. Te cogiste un buen pedo, llegaste a casa, te desmelenaste, yo me aproveché de ti... ¿Qué más quieres?

Ella gimió, sin duda la parte racional estaba tomando el control y amargando la fiesta.

—Tengo que ir a...

—Eh, eh, eh, tú no te mueves de aquí.

Por si acaso se le ocurría escabullirse, la sujetó de la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Es importante...

—A ver, dime, ¿qué es más importante que compartir conmigo tus problemas con la bebida?

—Deja de tomarme el pelo ya con eso.

—Venga, dime, ¿cuántas copas te tomaste? —hizo la pregunta y deslizó la mano por su estómago, distrayéndola un poco, antes de llegar a su pubis rasurado, acariciarlo y bajar un poco más hasta rozar sus labios vaginales.

—Max... —gruñó intentando quitárselo de encima.

—Confiesa, ¿cuántas?

Nicole cerró los ojos cuando sintió cómo le metía dos dedos al mismo tiempo que mordisqueaba su oreja.

—Tres —respondió en un suspiró.

Apretó los muslos, aprisionándole esa mano traviesa y, sin poder evitarlo, empezó a moverse buscando la máxima estimulación.

—¿Tres? —preguntó extrañado.

—Sí, tres cervezas —admitió con pesar.

—¡No me jodas! —exclamó apartando su mano ante tal revelación.

Ella, al perder el contacto, se giró para quedar frente a frente.

—Sí, ya lo sé, me excedí —reconoció con cara de disculpa.

—¡No me lo puedo creer! ¡Tres cervezas! —repitió como un tonto mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Y mira las consecuencias —añadió.

—Nicole... —Max se sentó en la cama y decidió que o le explicaba un par de cosas o esta mujer era capaz de salir corriendo en busca de un psicólogo... Nadie se pone pedo con tres cervezas, por el amor de Dios.

—Pues yo sí —le rebatió.

Negando con la cabeza, apartó la sábana con la que ella intentaba cubrirse, hecho que le molestaba sobremanera porque pensaba que la mejor forma de discutir cualquier tema era desnudos y en la cama, y miró sus tetas antes de acomodarse sobre ella; nada mejor que el cara a cara para aclarar las cosas.

—Escucha y deja de ser tan boba —empezó en tono paternal.

Como era de suponer, eso la cabreó.

—Déjame en paz y no te burles, este asunto es serio. —Al ver que Max no dejaba de reírse y que, además, se acercaba peligrosamente a su boca, abrió los ojos como platos—. ¿No pretenderás besarme? —le preguntó escandalizada.

—¡Qué lista es mi Nicky! —se guaseó y, sin darle tiempo a réplica, bajó la cabeza para meterle la lengua y acallar la más que probable sarta de estupideces que ella esgrimiría.

Le mordió los labios para después suavizar ese punto lamiéndoselos. Se aplicó a conciencia mientras su mano vagaba por diferentes partes de su cuerpo, tocando aquí y allá para excitarla.

Cuando parecía que Nicole se entregaba, se apartó lo imprescindible para mirarla a los ojos.

—¡Me has besado! —dijo como si fuera un pecado mortal.

—¿Y?

—¡Pues que ni siquiera me has dejado lavarme los dientes!

—¿Ya estamos otra vez con eso? A ver, que te tomaste tres putas cervezas, no un camión de ellas. Deja de dar por saco y follemos un rato.

—¿Ahora?

—No, dentro de media hora, no te jode.

Le separó las piernas con la rodilla y, sabiendo lo húmeda que estaba, no perdió más el tiempo. Se la metió hasta el fondo.

—¡No me lo puedo creer!

—Yo tampoco, con lo mona que estabas anoche toda borracha, chupándome la polla y pidiéndome que te rompiera la ropa.

—Oh, Dios mío... —graznó al recordarlo y sus mejillas se tiñeron de rojo.

Él estalló en carcajadas y continuó embistiéndola. Su finolis modosita estaba de vuelta y nada mejor que follársela a primera hora de la mañana para dejarle claro las cosas y para estar de buen humor, al menos un buen rato hasta que algún cabrón le jodiera el día.

Nicole, tras su primer despertar con resaca y polvo incluido, abandonó la cama con la intención de ponerse a trabajar. Envío un mensaje a su ex para cambiar la hora de la cita y este le respondió que perfecto.

Pensó, no sin cierta lógica, que algo sí había cambiado, pues el Thomas que ella recordaba se subía por las paredes cuando se le rompía un esquema.

—¡Hazme sitio! —ordenó Max entrando tras ella en la cabina de ducha, empujándola sin mucha ceremonia.

—Ni se te ocurra volver a...

—¿Follarte?

—Ponerme las manos encima —le corrigió.

—Ay, Nicky, me vuelves loco con esa faceta tuya de reprimida —comentó dándole un buen azote en el culo, de esos bien sonoros.

Aparte de la nalgada, no volvió a tocarla, no más allá en todo caso de unos «fortuitos» roces mientras cada uno se ocupaba de su aseo personal.

Cuando ambos terminaron y se encontraban en perfecto estado de revista —Max con vaqueros, camiseta y cazadora de piel y ella con un traje sastre; nada de falda, para que él no tuviera tentaciones de meter la mano por debajo... aunque si lo pensaba detenidamente tenía su gracia—, pasaron por la cocina, un desayuno rápido y rumbo al bufete.

Nada más estacionar el coche y apagar el motor, Max se giró en su asiento y la detuvo.

—Antes de subir deberíamos hablar, ¿no crees? —apuntó serio—. Anoche, entre pitos y flautas, no aclaramos las cosas.

Nicole cerró un momento los ojos; se sentía ligeramente culpable, pues se suponía que iba a recabar información, no a terminar ebria.

—Muy bien. Linda me contó lo que pasó, cómo la conociste y todo lo demás.

Max hizo una mueca, ¡vaya manera de enturbiar una relación!, pero no quedaba más remedio, así que, aguantándose las ganas de soltar improperios, le hizo un gesto para que continuara hablando, a pesar de que tenía cierto temor, a saber cómo había narrado Linda todo lo que sucedió.

—Te ahorraré los detalles y quiero que sepas de antemano que, si bien me afectó escuchar a otra mujer hablar de ti, no puedo enfadarme y ni mucho menos mostrarme celosa. Sería absurdo.

—Te lo agradezco —murmuró. A este paso iba a acabar con acidez de estómago.



—Lo importante de todo aquello no es lo que pasó entre Linda y tú, es algo que os concierne a los dos y sé que está superado.

—No lo dudes —aseveró por si acaso quedaba un mínimo de duda.

—Lo relevante es que ya sé cuándo tuviste digamos la... oportunidad —apuntó a falta de un término más idóneo—, de... confraternizar con Adele Johnson. —Cada vez que pronunciaba su nombre se le revolvía todo.

—Crearás que fui un inconsciente, joder, y más aún por no recordarla pero...

—Te fuiste con ella, hecho un basilisco, la noche que confirmaste tus sospechas.

Max frunció el ceño ante aquella revelación. ¿Tan loco estaba como para cometer una locura de ese calibre y no acordarse?

—Según Linda, la invitaste para que saliera con tu hermano, aunque al parecer ya la conocías, entendiendo el verbo «conocer» en el más amplio sentido de la palabra, pero al darte cuenta de lo que pasaba entre Martin y Linda, pues...

—Joder, joder, joder... —masculló golpeando el volante.

Todo, absolutamente todo, le cayó de repente. Como una losa, sin tiempo para esquivar el mazazo.

—Lo que pasó después solo ella y tú podéis aclararlo —apostilló Nicole haciendo un gran esfuerzo por sobrellevar la situación.

En silencio, se bajaron del coche y caminaron hasta el ascensor. Max, como era lógico, seguía callado, asimilando aquello al tiempo que su memoria empezaba a recordar y ensamblar las piezas del jodido rompecabezas.

Cuando llegaron al despacho seguían sin decir una palabra. No merecía la pena arriesgarse a liar más la madeja.

«Tiene derecho a su silencio», reflexionó ella mientras se acomodaba en la mesa de reuniones a la espera de que apareciera Thomas.

Este apareció a la hora convenida y, tras saludarlos rápidamente, se dispuso a trabajar.

—Anoche repasé todo lo que hasta ahora tenemos. En el informe que disponemos de la demandante no veo nada significativo. Es decir, podría considerarse la vida y milagros de cualquier otra mujer de sus características. Lo más importante en estos casos son los testigos, que resulten creíbles. ¿Has recordado ya los detalles?

—Por desgracia, sí —respondió Max.

—¿Prefieres que lo hablemos en privado? —se arriesgó a preguntar mirando de reojo a Nicole y esperando que esta le montara un buen cirio.

Max la miró; no tenía muy clara la respuesta: si optaba por decir que no, Nicole tendría que escuchar lo que ninguna mujer desea y, si escogía el sí, terminaría enfadándola.

—Nicole —intervino Thomas—, no es nada personal. ¿De acuerdo? Aquí de lo que se trata es de solucionar esto minimizando riesgos. No voy a meterme en vuestra relación, pero tú y yo sabemos que ciertas cosas pueden ser más fáciles si hablamos él y yo a solas.

—Joder, tío, eres un cabrón —adujo Max.

—Pero tiene razón —convino ella poniéndose en pie con la firme intención de salir de allí.

Max la agarró de la muñeca, y Nicole le ofreció una media sonrisa triste.

Una vez solos, Max miró al abogado con cara de malas pulgas.

—Acabemos con esto cuanto antes.

—De acuerdo. —Thomas, adoptando su postura más irritantemente profesional, cogió su bloc de notas y le hizo un gesto para que hablara.

—Tengo una duda —masculló.

—Todo lo que me cuentes no saldrá de aquí —se apresuró a aclararle. Como sucedía con cualquier otro cliente, esa era su máxima preocupación, y él, como letrado, debía transmitir siempre la máxima confianza.

—No es eso, joder, ya sé que eres de fiar, por mucho que me joda reconocerlo.

—¿Entonces?

—Lo he estado pensando, ¿por qué no nos ahorramos todo este proceso y directamente solicito una prueba de ADN para salir del embrollo?

—Porque, a pesar de ser lo más fácil, daría la impresión de que dudas y, por lo tanto, otorgarías a la parte demandante más munición para seguir adelante.

—No lo entiendo. Si al final un juez lo ordena, ¿qué diferencia hay?

—Tu reputación, para empezar. Y en segundo lugar, el tiempo necesario para que yo, como abogado tuyo, intente desenmascarar a esa mujer y evite que salga inmune. Y siempre es preferible llevar nosotros la batuta; si llegamos a hacer esa prueba, será porque nosotros queramos, no porque nos obliguen.

—Visto así...

—Bien, solucionado ese punto, vamos al meollo de la cuestión. Cuéntame con detalle lo que ocurrió.

—¿Con todo detalle? —inquirió de mala gana.

—Tranquilo, no voy a escandalizarme, te sorprenderías de lo que es capaz de hacer la gente en un momento dado. Y, por si te lo preguntas, no voy a juzgarte. Todos tenemos cosas que callar.

—No quiero que me caigas bien —rezongó molesto porque cada vez veía al tipo con mejores ojos.

—Lo sé —dijo son una sonrisa de lo más cínica—. Soy todo oídos.

Durante la siguiente hora, Thomas escuchó sin interrumpir, a excepción de momentos puntuales en los que precisaba aclarar algunos datos, la historia en la que Max, que sospechaba de su hermano, recurrió a una pequeña trampa para saber si este se la estaba pegando con la mujer que él consideraba la ideal, en la que había depositado todas sus esperanzas de establecer una relación medianamente normal tras unos años de desfase sexual. La primera que conocía en mucho tiempo con los pies en la tierra y a la que, a pesar de sus evidentes insinuaciones, rechazó llevarse a la cama con el fin de conocerla mejor.

En favor del abogado tuvo que reconocer que no efectuaba juicios de valor ni ponía caras extrañas, ni intentaba disimular torpemente sus reacciones.

Continuó narrándole cómo había llamado a una de sus muchas entradas de agenda, una de esas mujeres a las que se conoce porque un amigo de un amigo te la ha presentado y a la que ni siquiera te molestas en preguntar su nombre porque lo que te interesa de ella es otra cosa bien distinta.

Max aclaró que, a pesar de dar una imagen de cabrón insensible, estaba seguro de que a ellas ese pacto tácito tampoco les suponía mayor problema. Todos eran adultos y sabían a lo que iban.

Así que la llamó y la invitó a salir; como sospechaba, el ambiente en el restaurante fue tenso desde el minuto uno. Linda evitaba mirarlo y parecía saltar de su asiento cada vez que la invitada sorpresa se acercaba a Martin. Y este, por su parte, ya no sabía cómo esquivarla sin parecer grosero.

—Joder —terminó diciendo Max—, las estupideces que puede cometer uno cuando se encapricha de una tía.

—A mí me lo vas a contar —replicó solidarizándose con el tipo.

—El caso es que acabé en un hotel, porque jamás me las llevaba a mi casa: después no se van ni con agua caliente. Sé que tomé alguna copa y también sé que me la tiré, pero lo que no me cuadra es que no usara nada —dijo visiblemente incómodo—. Y también que no disfruté, fue una mierda de polvo.

Thomas anotó algo pero no hizo comentario alguno a esa última apreciación, no era relevante para el caso.

—¿Piensas que ella te engañó? —inquirió en tono profesional, desapasionado incluso.

—Podría ser... pero ¿cómo demostrarlo?

—No puedes, es su palabra contra la tuya.

—Vaya forma de animar que tienes, ¿no?

—¿Quieres que te mienta?

—No —respondió rápidamente Max—. Pero se supone que los abogados adornáis la verdad para que el cliente se sienta mejor y así llevarle a un proceso que puede dilatarse y en el que solo pierde el cliente.

—Ya sabes el dicho, ¿no? Es mejor un mal acuerdo que un buen juicio —adujo sin inmutarse ante aquella autocrítica.

—Yo me sé uno mejor: si dos se pelean por una vaca y recurren a un abogado, este se queda con la vaca y todos contentos.

—Muy bueno. Me lo apunto —murmuró tomando nota—. En fin, ahora redactaré nuestra respuesta a su demanda. No nos negaremos a nada, pero tampoco les concederemos nada. Que ellos hagan los movimientos oportunos. Nosotros intentaremos estar preparados para cualquier eventualidad.

—No me convence... —farfulló poniéndose en pie—. Toda esta mierda va a joder mi relación con Nicole —confesó ahora que parecía haberse creado un cierto

clima de confianza entre ambos—. La quiero y sé que, como cualquier otra mujer, por muy fuerte que sea, hay cosas que no soportará.

—Mira, ya te he dicho que mi idea es quedarme al margen de los asuntos personales; quiero, pretendo, ser imparcial. Ahora bien, dicho esto... —hizo una pausa, dejó a un lado sus notas y se puso en pie antes de añadir, perdiendo por completo el tono profesional—: Date con un canto en los dientes porque has pillado a una mujer, y créeme, hay muy pocas, con la inteligencia, el aplomo y la sensatez de Nicole. Estás jodido, no lo voy a negar; no obstante, de haber sido otra ya estarías de patitas en la calle y más solo que la una.

—Vaya... si al final terminaré cogiéndote aprecio —comentó asintiendo ante las palabras de admiración hacia Nicole.

—No te confundas, esto solo ha sido un lapsus. Mañana volveré a caerte mal.

## Capítulo 13

Sin tener muy claro cómo debía sentirse tras la extraña conversación con el abogado, Max se despidió de él y fue en busca de Nicole.

Odiaba todo esto, pues la contención y la educación de ella los distanciaba, y vivir una especie de guerra fría no era su ideal de relación. De acuerdo, se ahorra capítulos de histerismo femenino, pero observarla callada y recelosa lo ponía en el disparadero.

«Y ahora un nuevo frente abierto», pensó mientras salía del despacho, porque, dejando a un lado toda la profesionalidad de Nicole, debajo de esa fachada era una mujer con sentimientos y, por mucha jodida contención que tuviera, al final haría mella. Ciertamente que ella misma había aceptado salir de la reunión para no escucharlo y así no condicionar su explicación, pero, maldita sea, era su chica y no quería tener secretos, no al menos de ese tipo, con ella.

¿Qué podía hacer para compensarla?

Desde luego ese cretino de ex tenía toda la razón del mundo, Nicole era excepcional en muchos sentidos y por ello debía esforzarse al máximo para que al menos todo esto resultara más llevadero en la medida de lo posible.

Rumiando diferentes opciones para que Nicole pudiera olvidarse del problema, se movió por las oficinas vacías y la encontró sentada en lo que había sido la sala de espera de los clientes, mirando por la ventana.

Joder, es que estaba para comérsela hasta cuando adoptaba aquella postura tan fría. Con aquel traje sastre entallado, de corte masculino inclusive.

Ella le oyó entrar y se puso en pie. Lucir una media sonrisa no significaba que estuviera contenta.

—¿Todo bien? —le preguntó en tono sereno.

No se giró, sabía de sobra quién era.

Max caminó hasta pegarse a su espalda pero no la tocó. Se pasó la mano por el pelo, dos veces.

—Maldita sea, Nicole, no seas tan educada. Rompe algo, grita, pero deja de comportarte de forma tan juiciosa.

—Anoche me emborraché —le recordó en voz baja aún sin mirarlo, como si eso fuera una gran hazaña en su historial de grandes locuras.

No iba a rebatirle aquello, pues cada uno tenía un concepto diferente respecto a ese tema. Optó por una salida mucho más reconfortante.

—Ven aquí, anda —pidió abriendo los brazos para poder tenerla cerca.

Nicole por fin se dio la vuelta. Lo miró y le obsequió con una media sonrisa, un poco forzada, pero de apoyo total. Por supuesto, dejó que la rodeara con sus brazos y se recostó en su pecho para recibir una buena dosis de mimos.

Cerró los ojos e intentó no darle más vueltas. Al menos la sensación de comodidad al estar junto a él no había desaparecido. Un hecho muy relevante, pues temía que con todo esto sus reacciones fueran otras.

—¿Sabes? Me apetece largarme de aquí. ¿Por qué no cogemos el coche y busquemos un sitio discreto, alejado, y nos perdemos unos días?

—Es una buena idea, desde luego —murmuró no muy convencida, a juzgar por el tono de voz.

—Sin móvil, sin Internet, solos tú y yo —añadió para persuadirla. A medida que iba exponiéndolo, cobraba más sentido. Joder, era una idea de puta madre. ¿Cómo había tardado tanto en pensar en algo tan sumamente sencillo?

—¿Y si ocurre algo relevante? —preguntó apartándose un instante para mirarlo. Estaban metidos en un buen jaleo. Y no se puede dejar nada al azar.

Max gruñó.

—No hay manera de mimarte, de darte todos los caprichos y malcriarte. ¡Que se supone que soy uno de esos ricachones con mucho tiempo libre al que no le importa dilapidar dinero!

—Ya lo sé —murmuró calmándole mientras le acariciaba la nuca—. Simplemente quiero hacer bien las cosas —adujo una vez más la voz de la razón.

—Mira, tenemos dos opciones: o nos amargarnos día tras día a lo tonto, pues no conseguiremos nada, o lo que yo propongo, disfrutamos de unas minivacaciones.

—No sé...

—Piensa que para imprevistos está el tocapelotas de tu ex.

Nicole sonrió disimuladamente. Por cómo lo había dicho, estaba claro que no era un insulto, sino más bien una forma, muy extraña eso sí, de reconocer los méritos profesionales de Thomas; aunque coincidía plenamente con el adjetivo utilizado.

—¿Y si sucede algo que él no puede resolver?

—Es un jodido tiquismiquis, no se le escapa una.

—Eso es cierto —convino.

—Te aseguro que cuando regresemos los problemas seguirán aquí —alegó para convencerla.

—De acuerdo —accedió finalmente—. ¿Dónde vamos?

Él la miró, quizá algo suspicaz. Había resultado medianamente fácil que cambiara de opinión; sin embargo, no iba ahora a perder el tiempo en averiguar los motivos. Tenía que organizar un viaje. Sería como un adelanto de la luna de miel, porque después de solucionar este jodido embrollo la llevaría al altar aunque fuera de los pelos.

Por si acaso, nada mejor que sellar un acuerdo de ese tipo con un beso. Un arma de doble filo, pues sabía que la mejor manera no era otra que meterle mano como corresponde y probar la resistencia de ese sofá destinado a las visitas.

No obstante, optó por no abusar de su suerte, ya la escandalizaría otro día. Ese sofá no iba quedar fuera de su catálogo de muebles apropiados para follar. Lo apuntó

mentalmente; quizá sería el lugar adecuado para, cuando todo este galimatías acabase, darse un buen revolcón.

Nicole tenía que pasar por casa de su madre y Max, amablemente, declinó la idea de acompañarla. Su suegra, esa que un día intentó comprarlo con un cheque para que no se acercara a su única hija, ahora parecía la presidenta de su club de fans. Eso le hacía gracia y lo cabreaba a partes iguales, porque, si de la señora Sanders dependiera, lo tendría todo el santo día de aquí para allá con tal de exhibirlo ante sus amistades, a cada cual más esnob, y así presumir de yerno famoso. Y Max, la verdad, se aburría soberanamente cuando un montón de señoronas que podrían ser su propia madre lo piropeaban o le sonreían más de la cuenta. También recibía algún que otro tocamiento mal disimulado.

La acompañó hasta la puerta y con un último beso, bastante modesto para lo que él estaba acostumbrado, se despidió. Tenía otra misión, organizar un viaje, «y para eso están las secretarías», pensó con una sonrisa irónica.

Se dirigió hacia las oficinas de Scavolini Restauraciones, ocupándose únicamente de decidirse por un destino, ya que de los pormenores logísticos se ocuparía Linda, que para eso estaba.

—Buenos días —dijo al entrar y ver a su hermano al teléfono.

Miró a un lado y al otro en busca de la secretaria, pero ni rastro de ella. Esperó a que Martin finalizara su conversación para preguntar por la esquiva cuñada/secretaria/cotilla.

Su hermano discutía los pormenores de una obra con su gracia habitual, aclarando las dudas del cliente sin parecer un pelota ansioso por vender, lo cual explicaba el éxito de la empresa.

Las malas lenguas (Linda) decían que no tener a un ex futbolista famoso cabreado por allí también ayudaba.

—¿Qué te trae por aquí? —inquirió Martin tras colgar el auricular. Miró el reloj y se sentó en la esquina del escritorio, dispuesto a dedicar cinco minutos a su hermano mayor, porque el hombre no estaba en su mejor momento.

—¿Dónde está tu mujer?

El menor de los Scavolini sonrió y se cruzó de brazos; daba la sensación de tenerlo todo controlado.

—Últimamente está muy solicitada. ¿Puedo saber el motivo? —preguntó no sin cierto recochineo. Cualquier oportunidad de pinchar un poco al gruñón de Max no podía ser desaprovechada. Aunque desde que estaba con Nicole su mala leche se había moderado y ya no saltaba tanto.

—No seas quisquilloso, joder —replicó.

—Vaya, tu amabilidad brilla por su ausencia, como siempre, claro.

—Hoy no estoy para tus tonterías.

—En fin, no le demos vueltas, ¿a qué debo el honor de tu visita? ¿Te aburres? ¿Quieres probar suerte de nuevo en el mundo empresarial?

—Deja de tocarme los huevos —le advirtió.

—Vale, no te toco nada. Te escucho.

—Me voy de viaje y alguien tiene que hacerme las reservas y todo ese lío —adujo como si para ello hubiera que ser ingeniero aeroespacial.

Martin arqueó una ceja, se alisó la corbata y lo miró con una expresión divertida en la cara.

—Y... una duda, ¿no puedes hacerlo tú solito?

Max entrecerró los ojos ante el tonito burlón que lo ponía en el disparadero.

—No —respondió.

—Pues me temo que hoy no está disponible. Se ha quedado en casa.

—¿Está enferma? —preguntó frunciendo el ceño. Aquello no era habitual. Puede que Linda fuera un dolor de huevos, él bien lo sabía pues era el blanco preferido de sus pullas; sin embargo, desde que comenzaron la aventura profesional, nunca faltaba a su puesto de trabajo.

—Resacosa —aclaró Martin.

—Ah, joder... —farfulló atando cabos.

—Por lo poco que pude sonsacarle, ella y tu chica se lo pasaron en grande, dándole a la sin hueso, empinando el codo y escuchando música de los ochenta. Supongo que se pusieron a hablar de los viejos tiempos, yo qué sé...

A Max no le cuadraban las cuentas. Nicole no estaba acostumbrada al alcohol, hasta ahí todo correcto, pero dudaba de que Linda terminase perjudicada con tres míseras cervezas. Eso le indujo a pensar que quizá la abogada había mentido o bien había suspendido las matemáticas y no sabía contar. Ahora bien, sobre el tema principal de la conversación, no tenía ninguna duda.

—¿Tanto bebió? —indagó.

—Pues por lo visto sí. Como comprenderás, no iba a hacerle una prueba de alcoholemia. Ya me las imagino, allí las dos, copa va, copa viene... Da igual, no tiene sentido darle más vueltas —concluyó sonriente.

No hacía falta preguntar el motivo de que pasara por alto la ingesta de alcohol, había disfrutado de los efectos colaterales.

—Pues vaya faena. Ahora no sé cómo montármelo para organizar un jodido viaje.

—¿Y qué necesidad tienes de ir por ahí teniendo una casa de campo?

—Porque quiero sorprenderla.

—Ah, vale, lo pillo. Vamos a mi despacho.

Los dos se dirigieron hacia allí y Martin se sentó frente a su ordenador con la idea de buscar un destino de esos de ensueño para que el tarugo, o señor comodón, de su hermano mayor pudiera lucirse ante su chica y así de paso el hombre se relajara un poco, que con la que estaba cayendo... Aunque, la verdad, puede que fuera influencia de Nicole, pero no había cometido una estupidez y lo estaba llevando moderadamente bien. Todo un cambio.

—¿Algún destino en concreto?



—No —respondió con sinceridad. Si ya había sido complicado elegir la forma de sorprender a Nicole, no iba a ser menos difícil pensar en un lugar adecuado. Uno no puede estar en todos los frentes y menos hacerlo bajo presión.

—Da gusto, sí señor, eso de que todo lo tengas tan claro —rezongó Martin sin saber muy bien qué buscarle a este hombre.

—Tú busca y calla.

—Oye, que esto no es una agencia de viajes —le espetó con sarcasmo. No le importaba echar una mano, pero por lo menos que se mostrara un poco más educado.

—¿No hay algo por ahí de eso romántico? —sugirió. Su especialidad no era el romanticismo, pero, llegado el caso, en pos de un encuentro memorable, podía ponerse tan tontorrón como hiciera falta.

Martin, ante aquella idea, lo miró como si fuera lelo o algo peor. Negó con la cabeza y decidió explicarle una cosilla.

—Si pongo en el buscador hoteles románticos, puede que termines en un club de carretera —dijo riéndose.

—¡Mierda, no! —se apresuró a decir Max.

Puede que en un momento dado tuviera cierto morbo eso de llevarla a un motel cutre, pero cutre de verdad, donde las habitaciones se pagan por horas y ni se te ocurre pasar la noche entera no vaya a ser que te pase algo. No obstante, era otra fantasía que archivar en su listado de opciones eróticas que llevar a la práctica cuando las aguas volviesen a su cauce. Lo que esperaba que fuera lo antes posible.

—Ya lo tengo —anunció Martin acordándose de una conversación que había tenido con Linda sobre un hotel temático, especial para parejas, donde podían cumplirse un montón de fantasías. Tenía pensado llevarla en cuanto pudieran cogerse vacaciones. Sabía que lo había dejado anotado en alguna parte y empezó a revisar sus notas y su agenda.

—¿No estabas buscando? —protestó Max—. Anda, déjame a mí.

Ocupó el asiento de Martin y se puso a ello refunfuñando. Hasta la fecha, cuando quería desplazarse siempre había tenido a alguien que se ocupaba de ello, por lo que andaba despistado por completo. Pero no tenía que ser muy difícil, cada día bombardeaban con anuncios sobre lugares de ensueño.

—Aquí está —anunció Martin sacando un *post-it* fucsia—. Teclea esta dirección —le pidió a Max. Y este, que por su cuenta no estaba obteniendo resultados, obedeció sin rechistar.

—¿Qué es esto? —murmuró cuando en la pantalla apareció la web.

—Un hotel temático —explicó Martin sonriente y un poco tontorrón.

—Ah —murmuró prestando más atención a la pantalla; aquello prometía.

—Pincha ahí, en fotos —indicó Martin tan interesado como el que más.

Los dos empezaron a ver toda una galería de imágenes. El establecimiento ofrecía a sus clientes una variada selección de habitaciones y cada una de ellas equipada y decorada con una temática diferente. Unas con mejor gusto que otras, pero desde

luego no se podía negar que llevarse a Nicole a un complejo donde podía montárselo en una habitación llamada «Fantasía glacial», en donde seguramente te dejaban el termostato de la calefacción a cero y un par de anoraks... o en otras, denominadas «Superhéroes», varias habitaciones cada una dedicada a un personaje de cómic.

—Estas parecen demasiado frikis, ¿no? —comentó Max.

—Tiene que tener su punto la de Batman, piensa en Catwoman y ya verás cómo te cambia la cara.

—Mmmm... —Qué jodido Martin, no daba puntada sin hilo.

—¿Y esta? —propuso señalando una foto en la que el abuso del rosa resultaba sospechoso.

—¡No me jodas! ¿Con la Hello Kitty de fondo? —preguntó llevándose las manos a la cabeza—. ¿A ti se te levantaría con eso delante?

—Tienes razón —convino sintiendo la misma inquietud—. Mira esta, época victoriana.

—Interesante... —reflexionó.

—De todas formas, haz la reserva, y una vez allí supongo que te dejarán probar cada día una estancia.

—Tienes razón. No perdamos más el tiempo, dale a reservar —ordenó Max sacando su cartera para entregarle la tarjeta de crédito. Le dejó el asiento para que efectuara el trabajo con comodidad.

—Espero que me traigas un informe completo de tu escapada.

—Oye, no pienso contarte mis intimidades.

—Me refería a cómo es aquello, a las instalaciones —se explicó—, no necesito saber las intimidades de mi cuñada.

Obediente, hizo clic y comenzó el proceso de reserva.

—Tu cuñada en el caso de que consiga convencerla para que se case conmigo, porque no sé qué más hacer.

—Por si acaso, ten el anillo preparado y los papeles en regla.

—Ese asunto lo tengo cubierto. El problema es ella, no hay manera, joder, qué obstinada es.

—Como todas —murmuró distraído, más atento a la pantalla que a otra cosa.

—Me desespera, me pone de los nervios.

—Utiliza la artillería pesada —sugirió.

—¿A mamá? No sé, miedo me da. Ya sabes cómo es y Nicole es lista, sabe negarse tan educadamente que desconcierta a cualquiera.

—Pues entonces ajo y agua. No seas tan quejica. En fin, ¿marco la habitación victoriana para ese fin de semana o prefieres jugar a los médicos?

Max adoptó una pose reflexiva y contempló rápidamente ambas opciones. ¿Qué le apetecía más... una sesión de terapia intensiva o, por el contrario, una noche a la luz de las lámparas de gas?

—La sala arenas del desierto no tiene mala pinta —apostilló Martin divertido ante

la indecisión de su hermano. Lo cierto es que, si fuera él quien tuviera que decidirse, también le costaría lo suyo.

## Capítulo 14

Satisfecho ante las expectativas tras finalizar los trámites para la reserva, que no había resultado tan difícil de hacer como en un principio pensó, decidió regresar a casa y preparar el equipaje. Bien podía pedírselo a su personal de servicio, pero, ¡qué coño!, le hacía ilusión ocuparse de ese asunto. De todas formas, no tenía nada mejor que hacer y de vez en cuando venía bien realizar ciertas actividades que por circunstancias de la vida había olvidado. Hacía siglos que no se ocupaba de esas menudencias. Martin llevaba parte de razón: se había vuelto un comodón.

Nicole aún no había regresado, así que se metió en el vestidor y sacó ropa para él que después dejó tirada sobre la cama. Con cuatro cosillas, tenía todo lo necesario. Además, la idea era pasar tiempo encerrado probando diferentes ambientes, así que tampoco tenía por qué preocuparse de llevar demasiadas prendas.

La maleta de Nicole era otro cantar.

¿Qué se lleva una mujer para un viaje corto?

¿Cómo diferenciar entre lo imprescindible y lo superfluo?

¿Dónde coño está la maleta grande?

¿Por qué me meto en estos jardines?

¿Cuándo viene ella?

Sin respuesta posible a tales incertidumbres, se entretuvo contemplando las prendas de Nicole. Si se concentraba y hacía un esfuerzo, hasta podía lograrlo. No terminaba de decidirse y seguía cuestionándose que una mujer necesitara tanto espacio para guardar sus cosas, pues el vestidor, que en un principio utilizaba él solo y en el que por tanto sobraba sitio, ahora que lo compartía era otro cantar.

Había que reconocer el buen gusto de la abogada a la hora de vestirse. La *lycra* brillaba por su ausencia. Nada de prendas dos tallas más pequeñas para enseñar hasta la matrícula. Ausencia total de colores estridentes que causan problemas oftalmológicos.

Curioseó entre las cosas de su chica un buen rato mientras intentaba elegir lo que meter en la maleta, pero, si seguía allí como un pasmarote, se le iba a echar el tiempo encima.

—Lo primero, un montón de bragas —dijo resuelto y se fue directo al cajón de la ropa interior.

Sacó un buen puñado, como si las vendieran a peso y las depositó en la maleta. Después hizo lo mismo con los sujetadores y demás cosillas de lencería. Ahora solo le quedaban las prendas exteriores.

Como la idea inicial era no salir mucho de la habitación y como tampoco tenían ningún compromiso que exigiera ropa elegante, se decantó por prendas deportivas y cómodas. Nicole no era muy amiga de pantalones vaqueros, pese a que le quedaban,

bajo su modesta opinión, de puta madre, pero alguno sí tenía. Escogió varias camisetas sin un criterio determinado y con todo en brazos se fue hasta la cama donde le esperaba la maleta.

Tiró todo dentro y se dio cuenta de que así no iba a caber.

—Joder, qué difícil es esto... —masculló.

—¿Qué te ocurre?

Max se dio la vuelta y se la encontró mirándolo desde la puerta con expresión divertida y curiosa al mismo tiempo.

—Ya era hora de que llegases —dijo acercándose a ella para darle un beso.

—¿Qué hace toda mi ropa ahí tirada? —inquirió como si se acabara de cometer el pecado más grave de la historia.

—Nos vamos fuera unos días, te estoy preparando la maleta —le explicó orgulloso de sus progresos.

—¿Me tomas el pelo?

—¿Por qué? —preguntó sin saber por dónde le daba el aire.

—Antes deberías decirme a dónde vamos para saber qué llevar —indicó con lógica.

—No te preocupes, no necesitas gran cosa —respondió basándose en sus propias necesidades y no en las de ella.

Nicole se cruzó de brazos. Había cosas que un hombre no entiende aunque le hagas un plano detallado y a colorines.

—Voy a revisar...

—Te he puesto una braga de cada color, para que combines con todo —adujo todo ufano defendiendo su trabajo.

Nicole se echó a reír ante ese comentario.

—Ay pobre —dijo ella acercándose hasta él para agradecerle su esfuerzo. Puede que en vano, pero la intención era lo importante.

Alzó la mano y tras una caricia en el rostro un tanto compasiva, repitió el gesto. Si alguien, hacía unos años, le hubiera dicho que estaría loca perdida por un hombre que huye de las maquinillas de afeitar desde luego se hubiese reído en su cara.

—No te me pongas mimosona que vamos mal de tiempo —protestó, pero sin mucha vehemencia, la verdad. Cualquier caricia de Nicole siempre sería bienvenida.

—¿Te he dicho alguna vez que disfruto tocándote y que no siempre es con intención de ir más allá? —preguntó rozándole una vez más.

—Lo sé, pero yo no dispongo de tanto autocontrol, así que... —le dio un buen azote en el culo—... termina eso, que nos vamos.

—¿Ahora? —inquirió sorprendida, pues lo lógico sería salir a primera hora de la mañana.

—Sí. Ya he mandado un mensaje al abogado *megasupercompetente* para informarle, así que ¡andando!

Para no caer en la tentación, la dejó sola en el dormitorio para que ella acabara de

hacer el equipaje. Bajó al garaje y cogió las llaves de su último capricho con ruedas: un Mustang Shelby GT500, que si bien en sus asientos de piel aún no había dado un repaso a Nicole, poco faltaba para considerarlo estrenado como Dios manda.

Quizá..., a medio camino..., en una salida de la autopista...

—Me montaría un buen pollo —se dijo aparcando la idea, que no descartándola. Todo dependería de cómo se desarrollaran los acontecimientos.

A ella, todo un modelo de comportamiento al volante, no le hacía mucha gracia eso de sacarle todo el partido al motor, pero ¿para qué llevar tantos caballos si uno no podía darse el gustazo?

Lo sacó del garaje y lo acercó hasta la puerta principal a la espera de que Nicole bajase y así ponerse en marcha. Quería llegar cuanto antes y pedir la habitación denominada «Noche de bodas victoriana», ya que podía matar dos pájaros de un tiro. Dejar caer la indirecta y montárselo con su chica en una cama con cuatro postes, baldaquín, brasero, camión de cuello alto y, por supuesto, corsé. Se puso como una moto solo con imaginarse a Nicole embutida en una de esas prendas interiores. Lo bueno del hotel en cuestión es que, además de ofrecer una perfecta ambientación, ofrecía, por un módico precio, toda una serie de complementos personales para que la fantasía elegida se pudiera llevar a cabo de la forma más realista posible.

—¿Dónde estará esta mujer? —masculló tras mirar el reloj.

Salió en su busca y se la encontró con la maleta a medio hacer; eso sí, ahora toda su ropa se encontraba perfectamente doblada.

Ella lo miró de reojo, pero continuó su labor. Incluso se había ocupado de la de él.

—¿Acabas ya? —murmuró impaciente.

—En un minuto.

Max resopló, la noción del tiempo para ella distaba mucho de la suya propia, pero se aguantó más comentarios mientras se entretenía mirándole el trasero al doblarse para seguir llenando la maleta.

Comprobó la hora un par de veces y se mordió la lengua hasta que por fin Nicole dio por finalizada la tarea y, con el equipaje listo, se dirigieron hacia el coche.

—Aún no me has dicho dónde vamos —comentó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Es una sorpresa —respondió todo chulo mientras maniobraba para emprender la marcha.

Nicole se dio cuenta de que, por mucho que insistiera, él no soltaría prenda, así que se puso cómoda y decidió no pensar en las posibilidades, ya que conociéndolo lo más probable es que jamás lo adivinaría.

Cuando hora y media más tarde Max se desvió de la autopista para acceder a un complejo que proclamaba a los cuatro vientos su exclusividad, lo miró a la espera de que adelantara algo; sin embargo, solo obtuvo una sonrisa, un tanto extraña.

Dejaron el vehículo aparcado en el garaje del edificio y se dirigieron hacia recepción.

A Nicole ya no le sorprendía que lo reconocieran, estaba acostumbrada a ello, así que, cuando la chica del mostrador sonrió a Max, no le dio mayor importancia. Se dedicó a observar el ambiente mientras él formalizaba el registro, puede que algo nerviosa, pues, por más que lo intentaba, en su cabeza seguían estando las preocupaciones. No tenía muy claro si iba a poder pasar estos días ajena a todo, tal y como él le había pedido.

—¿Vamos? —preguntó amablemente.

—Sí —respondió y sonrió. No tenía ni la menor idea de qué iba a suceder, pero lo cierto es que Max se mostraba ilusionado, como un niño con zapatos nuevos, y no podía por menos que agradecerle el gesto de intentar hacerle la vida más amable.

Un botones se acercó rápidamente a encargarse del equipaje y los condujo hacia el ascensor. Ella continuó en silencio; eso sí, agarrada a la mano de su chico. Una vez que llegaron a la planta indicada, salieron del elevador y Nicole parpadeó al ver la decoración. Ese no era un hotel «convencional».

Si bien la recepción daba la impresión de un establecimiento moderno, sofisticado y de lujo, la planta donde se ubicaba su habitación era completamente diferente. Paredes empapeladas, lámparas en forma de candelabros antiguos, sillones dorados y tapizados en terciopelo rojo... era como dar un salto al siglo XIX. Hasta la enorme llave de latón que les habían entregado parecía de esa época.

Otro de los detalles que llamó su atención fueron las placas indicativas junto a cada puerta. Tragó saliva al leer «Burdel continental» o «Sueño bizantino». Cuando se detuvieron delante de una que rezaba «Noche de bodas victoriana», miró a Max, que sonreía como un tonto. No tenía muy claro cómo interpretar aquel gesto.

«¿Dónde me ha traído este insensato?», se dijo a sí misma esperando quedarse a solas para pedir explicaciones. Aunque, en el fondo, tuvo que reconocer que se sentía expectante por lo que aquella locura podía deparar.

Max abrió la puerta y entró, arrastrándola: se quedó boquiabierta al contemplar el escenario donde iba a pasar la noche. Él la soltó y, tras dar una generosa propina al botones, cerró la puerta, no sin antes colgar el cartelito de no molestar.

Nicole, por su parte, miraba alrededor como si no se lo creyera.

—Es como un viaje al pasado... —murmuró fijándose en cada detalle. Desde la impresionante cama con postes, baldaquín y hasta un escalón para subir, pasando por el espejo de pie tallado, hasta el lavamanos de porcelana... aunque esperaba que la habitación se permitiera un pequeño anacronismo y tuviera un aseo moderno.

—Y sin condensador de fluzo —bromeó Max acercándose a ella para quedarse a su espalda y abrazarla.

—¿De qué hablas? —preguntó—. ¿Condensador de qué?

—Nicole, no me jodas, ¿no sabes lo que es el condensador de fluzo?

—Pues no.

Max se echó a reír.

—Cariño, ¿me tomas el pelo? —Ella negó con la cabeza y se dio cuenta de que

no estaba fingiendo—. Decidido, el próximo fin de semana, maratón de *Regreso al futuro*. ¿Pero tú qué hacías de niña?

—Estudiar, *ballet* ...

—Lo del *ballet* tiene sentido porque tus piernas son mi perdición, pero digo yo que alguna vez irías al cine. Joder, de chaval era una de mis pelis favoritas.

Nicole se encogió de hombros y él supo que no era momento para hablar de ese asunto. Estaban allí para pasarlo bien, así que fuera recuerdos juveniles y más acción.

Apartó el pelo de su cuello y le dio un beso antes de separarse de ella. Si estaban allí dispuestos a cumplir una fantasía, lo primero que tenían que hacer era integrarse en el ambiente.

Resuelto, se dirigió hasta el enorme armario y lo abrió. Tal y como informaban en la web, cada habitación disponía no solo de la ambientación, sino de toda una serie de complementos, enseres típicos y hasta disfraces de la época para que todo resultara perfecto.

Como cualquier tipo, lo primero que le vino a la cabeza al oír «era victoriana» fue un corsé, y allí estaban. De tres tallas diferentes. Conocía a la perfección el cuerpo de Nicole, así que no dudó ni un instante en seleccionar el adecuado. Por supuesto, también encontró otros complementos a juego, incluyendo un camisón de cuello alto que parecía un toldo y el gorro de dormir a juego.

Se moría por verlo todo sobre el cuerpo de Nicole.

Como no podía ser de otro modo, también estaba dispuesto un conjunto para hombre, de tal modo que ambos podrían vestirse adecuadamente.

Lo sacó todo y de nuevo se acercó a ella, que seguía embobada mirando cada detalle.

—Toma, ponte esto. Si quieres ve al cuarto de baño y sal cuando termines.

—¿Pero qué...? —balbuceó al coger las prendas que le entregaba.

—No preguntes —la cortó empujándola hacia el servicio—. Y no tardes —añadió sabiendo que él solo tendría que desnudarse y ataviarse con una camisa hortera y unos pantalones de montar. Del chaleco, la pajarita y la levita, pasaba olímpicamente.

Solo necesitaba un complemento más para parecer un decimonónico burgués adinerado. Y lo encontró.



## Capítulo 15

Nicole se miró una vez más en el moderno cuarto de baño (no importaba que desentonase con la estética del dormitorio, es más, lo agradecía) y respiró.

Aquella prenda de tortura la dejaba sin aire, pero debía reconocer que marcaba la silueta de forma espectacular. No es que tuviera problemas de peso, pero desde luego nunca se había visto tan estilizada.

Agarró ese montón de tela de algodón blanco y se lo pasó por la cabeza hasta cubrirse por completo. Hizo una mueca, era mojigato hasta para ella, por no mencionar lo incómodo que tendría que ser dormir con tanta tela encima. Y lo del gorrito no tenía nombre, así que lo dejó abandonado, Max agradecería esa decisión.

—¿Nicole? —la llamó golpeando suavemente la puerta.

—Ya voy —dijo respirando por última vez.

—Ya pensaba que iba a tener que derribar la puerta. ¡No hace falta que te metas tanto en el papel de virgen inocente!

Bajó el picaporte, apagó la luz y dio un paso al frente.

Allí estaba él. No hacía falta disfrazarlo de lord vicioso para que aparentara ser tan arrogante. Max, en cualquier escenario, destilaba seguridad en sí mismo. Pero, verlo así, con uno de esos pantalones de montar ajustados, medio descamisado y cruzado de brazos, era sin duda para caerse muerta de la impresión.

Si además llevabas un corsé dificultando la respiración... pues poco le faltaba para desmayarse.

Hubo un detalle que le llamó poderosamente la atención y no fue la iluminación tenue de las lámparas de gas de imitación, sino la expresión de Max. Lo conocía y parecía tener un as en la manga.

—Querida, debo decir que lo bueno se hace esperar —murmuró repasándola no una, sino dos veces de arriba abajo con una expresión de lo más pícara.

Nicole disimuló su sonrisa. Caminó hasta él con cierta dificultad debido a la prenda constrictora que llevaba encima, hecho que él interpretó como un exagerado intento de volverlo loco con el movimiento de sus caderas.

—Gracias —murmuró en respuesta a su cumplido cuando se detuvo frente a él.

—De nada —respondió—. Y ahora pasemos a lo importante.

Tiró del camisón, que tapaba como un toldo, y sonrió de medio lado cuando vislumbró a través de la parte superior, entre una infinidad de volantes, sus pechos elevados. Se quedó con la vista fija en ellos, apretando con fuerza el instrumento de domesticación que llevaba oculto en la espalda y que se moría por usar.

—¿Qué ocurre?

Max se aclaró la garganta antes de responder.

—Creo que podemos prescindir de cierto rigor histórico, ¿no te parece? —sugirió

señalando la cuestionable prenda de algodón blanco.

—Por una vez, y sin que sirva de precedente, estamos de acuerdo —musitó separando la parte superior. Como la hilera de botones llegaba hasta el ombligo y no había abrochado ninguno, pudo sacárselo echándolo hacia atrás y dejando que resbalara por su cuerpo hasta que quedó a sus pies, arrugado.

—¡La madre que...! —exclamó al verla delante de él con solo una prenda de vestir encima.

—Veo que lo apruebas —susurró al distinguir su expresión.

—¿Y quién no lo haría? Joder, no es que me queje del tamaño de tus tetas en condiciones normales, pero es que no te imaginas la vista que tengo delante.

—Me hago una ligera idea —comentó divertida ante su halago.

—No, no tienes ni puta idea —la contradijo—. Se te ven los pezones y además noto que te estás animando.

Con un dedo fue dibujando el contorno de la prenda, deteniéndose justo en los pezones y rozándolos.

—Tú tampoco estás mal —alegó señalando sus pantalones ajustados color camel—. Tienes un culo estupendo... —Y añadió con un pestañeo casi inocente—: si, como virgen ingenua, se me permite el comentario.

—Tal y como vas, creo que te voy a permitir todo.

Ese último comentario la hizo sonreír.

Max se movió a su alrededor para observarla desde todos los ángulos y a medida que iba haciéndolo se le secaba la boca ante la visión de ese estupendo cuerpo. Siempre lo volvía loco, desde que la vio desnuda por primera vez, y, de ahí que estuviera enamorado hasta los huesos, cada vez que la contemplaba sentía la misma revolución interior.

—¡Ay! —chilló Nicole al sentir como si algo le mordiera en la nalga. Hasta se tocó debido al picor.

Al oír la risa socarrona de Max, miró por encima de su hombro y descubrió el arma del crimen.

—Joder, esto funciona —comentó probando en el aire la flexibilidad de la fusta.

—No se te ocurra volver a darme con eso —lo advirtió, pero no había terminado de hablar cuando sintió de nuevo el mismo picor en el culo—. ¡Max!

—Se me ha escapado —mintió con cara de pilluelo.

—Dámela, yo también quiero probarla —exigió, aunque él tenía las de ganar y por mucho que insistiera no iba a ceder tan valiosa arma, bien lo sabía ella.

—Ni hablar. Aquí mando yo. ¡A la cama! —ordenó con su voz más marcial.

—Pero no me atices de nuevo o me encierro en el baño.

—Nicole, no me rompas el clima. Se supone que me debes obediencia ciega —explicó con tono burlón.

Ella lo fulminó con la mirada y se sentó en el borde del lecho dispuesta a parar aquella charada si volvía a sentir la fusta cerca de cualquier parte de su cuerpo.

Max se deshizo de la camisa hortera y se quedó desnudo de cintura para arriba. Se detuvo junto a ella, sin soltar la fusta, y dio unos golpecitos sobre el colchón.

—Date la vuelta —dijo.

—Ni hablar, que me das con eso —rezongó, porque, conociéndolo, estaba segura de que no iba a tardar mucho en recibir un nuevo cachete.

Él puso los ojos en blanco pero actuó como se supone que podía hacerlo si de verdad estuvieran a mediados del siglo XIX. Golpeó con más ímpetu sobre la colcha y bajó la voz para advertir:

—Por tu bien, obedece o atente a las consecuencias.

Resignada a ello, Nicole adoptó la postura sugerida y se quedó tumbada en el centro de la cama, con el culo expuesto.

—¿Así?

—Extiende los brazos en cruz —añadió.

Max la miró bien; se le hizo la boca agua pero debía mantenerse en su papel, así que, tras descartar atizarla de nuevo, pues ya lucía una bonita marca en la nalga de la cual no mencionaría nada para evitar que su finolis se fuera a mirar al baño, acercó el utensilio de la discordia a su cuerpo, pero esta vez de forma más agradable.

Nicole volvió a sentir el tacto del cuero rígido sobre su retaguardia pero, a diferencia de antes, esta vez fue una caricia. Con paciencia, Max iba dibujando líneas invisibles con la fusta, desde su culo, pasando por la parte posterior de su muslo, hasta llegar a las plantas de los pies.

Se entretuvo así un buen rato. Sensibilizando cada nervio pero obviando deliberadamente su sexo, aunque imaginaba que lo encontraría húmero y receptivo.

—Mmmm —ronroneó ahora más tranquila bajo aquellas caricias.

—Separa un poco las piernas —indicó en voz baja.

Nicole obedeció *ipso facto* y de nuevo se sirvió de la fusta para tocarla allí donde sabía que la encontraría húmeda y sensible.

Acercó la punta a su sexo, que si bien desde esa posición no podía tocarlo al ciento por ciento, si lograba estimularla, hecho que constató al ver cómo se retorció, frotándose contra el cobertor en un vano intento de aliviarse.

Podía ser malo y azotarla; sin embargo, eso sería elegir el camino fácil. Así que optó por ser malo, malísimo, y presionó para que la punta rozara su clítoris, incrementando su excitación.

Jugó en ese punto unos angustiosos minutos en los que Nicole no paraba de jadear mientras que sus manos arrugaban la colcha. Jadeaba y también protestaba por tener que soportar aquel juegucito. Eso le hizo sonreír y cambiar de estrategia.

Se subió encima de ella, a horcajadas, aplastándola contra el colchón para inclinarse y así hablar junto a su oído.

—Nicky, ¿qué prefieres que te folle primero?

—¿Puedo elegir? —preguntó suspicaz ante esa extraña deferencia cuando la tónica habitual era la política de hechos consumados.

—No, pero ¿a qué he quedado de puta madre? —replicó guasón.

Le aflojó un poco el corsé pues notaba su respiración cada vez más agitada y ese maldito invento quedaba muy bien a efectos eróticos, pero práctico lo era más bien poco.

Se agachó hasta poder besarla en la nuca y desde allí ir rociándola de besos. Los hombros, la espalda, los brazos...

Tan concentrado estaba en su tarea que no se dio cuenta de un detalle: había soltado la fusta y ella iba a cogerla.

Nicole sonrió ocultando su rostro en la colcha cuando la tuvo en su poder. Dejó que él continuara prodigándole aquellos besos mientras sentía la aspereza de sus pantalones en el trasero y su peso por todo el cuerpo.

—¿Max? —le llamó adoptando un tono inocente.

—¿Sí? —respondió ajeno a sus conspiraciones mientras sus manos empezaban a moverse hacia abajo para comprobar de primera mano su grado de humedad.

—¿No deberías desnudarte?

No respondió con palabras sino con hechos. La penetró con un dedo al tiempo que la mordía en el hombro, al más puro estilo cavernícola.

Nicole gimió y elevó un poco el culo para que él pudiera tocarla mejor, pero al tenerlo encima apenas pudo moverse. Oyó su risa socarrona y decidió tomar el mando de la situación.

—No puedo respirar —mintió a medias y, cuando él se apartó un poco, se retorció como una culebra hasta poder girarse y quedar tumbada boca arriba.

Se miraron fijamente y se fue directo a sus pechos; antes de que pudiera ni siquiera rozarlos, ella utilizó la fusta para darle en la mano e impedirselo.

—¡Será posible! —masculló sorprendido.

Nicole puso cara de vencedora y desde su aparente postura de inferioridad, pues él continuaba a horcajadas sobre ella, utilizó con la misma calculada perversión el arma de disciplina conyugal para recorrer su pecho. Desde el cuello hasta el ombligo, vacilando un instante al llegar a la cinturilla de sus pantalones. Una vez allí respiró y continuó su descenso dibujando el contorno de su prometedor erección y logrando que Max gruñera.

—Cuidado —advirtió mirando hacia abajo—. Ya sabes lo sensible que es mi polla.

—Lo mismo que mi trasero, supongo.

—¿No se te ocurrirá...? —pero la pregunta murió en sus labios cuando ella, en un hábil movimiento de muñeca, le dio justo en el centro. No le causó daño, pero sí una repentina revolución interna.

—¿Te ha gustado?

—¡Joder! ¿Dónde has aprendido tú a manejar la fusta con tanta precisión? —inquirió sin perder de vista el artefacto con la idea de arrebatárselo a la menor oportunidad posible.

—No tendré ni idea de cine, ni de posibilidades de los asientos traseros... No obstante, entre mis actividades extraescolares se encontraba la equitación —le respondió orgullosa de que por una vez su educación clasista pudiera serle de utilidad en estos menesteres.

—Recuérdame que, el próximo día que vea a tu madre, la felicite —murmuró mirando de reojo su entrepierna y la mano de ella porque no se acababa de fiar—, por tu esmerada preparación.

—Déjate de ironías —exigió y ahora que tenía el mando decidió aprovecharlo. Para ello, nada mejor que atormentarlo dando provocadoras pasadas a lo largo de su erección, aún protegida por los pantalones, mientras adoptaba una expresión picarona.

—Ay, Nicky, me matas —graznó teatralmente dejándola disfrutar un poco más antes de pasar a la acción.

—Si te deshicieras de esto —señaló su ropa— resultaría infinitamente mejor.

—No lo tengo muy claro.

—Yo sí —aseveró.

—Pues no se hable más —dijo de inmediato ante el comentario de ella. Era un riesgo, sí, pero ¡qué cojones!, para eso estaban allí.

Max se incorporó y no tardó ni medio segundo en mostrarse orgullosamente desnudo frente a ella, que se había incorporado y ahora estaba sentada en la cama, sonrojada y deliciosamente excitada, sin perderse ni un detalle.

En cuanto lo tuvo a tiro, recorrió su polla, ahora por fin desprovista de barreras textiles, con la fusta. Eso sí, con un cuidado excepcional. También le acarició los testículos y, por supuesto, el interior de los muslos, tal y como él había hecho antes con ella.

Max contuvo la respiración, estaba empalmado, muy empalmado y aquellas peligrosas caricias lo inquietaban y le resultaban placenteras a partes iguales. Y, faltaría más, el gustazo de verla a ella, jugando a su aire, más desinhibida que nunca. Solo por esto último merecía la pena contenerse.

Pero la contención nunca había sido su punto fuerte.

—¡A la mierda! —exclamó sobresaltándola y quitándole su arma de acojone masculino para empujarla hacia atrás e inmediatamente tumbarse encima. Tomó la precaución de tirar bien lejos la fusta, evitando así cualquier posibilidad de que entrara de nuevo en escena.

—¡Lo has estropeado todo! —lo acusó sujetándose a sus hombros.

Max le dedicó una de sus medias sonrisas patentadas, que lo mismo servían para hacerla temblar de expectación o para temer lo peor, y se lanzó a por su boca. Que ya iba siendo hora.

Nicole no se resistió demasiado, pero sí lo imprescindible para que su rendición no fuera tan evidente. Sintió cómo no solo atacaba su boca, sino también sus pechos, que, elevados por el corsé, aguardaban esas caricias tan descaradas, algunas veces

cercanas a un magreo adolescente, para sentirse como solo él podía lograr.

Gimió contorneándose bajo su peso mientras intentaba tocarle allí donde seguro que Max deseaba. Él debió adivinarlo y le facilitó el asunto.

—Esta cosa nos la llevamos... —gruñó señalando el corsé.

—¿Cómo?

—Algunos se llevan las toallas de los hoteles, pues nosotros esto.

Nicole no se echó a reír ante tanta vehemencia porque no era el momento. Tenía su polla en la mano y ella misma se encargó de acercarla hasta su sexo de tal forma que con tan solo un empujoncito lo tendría dentro.

Elevó las caderas y llevó la mano hasta el trasero de Max para darle indicaciones por si no captaba la idea. Ese gesto le valió un mordisco en el hombro. Un precio irrisorio que pagar con tal de que la penetrara. Y Max lo hizo. Fuerte, brusco, primitivo y hasta el fondo. Logró que jadeara.

—Oh, sí... —suspiró agradecida, y entonces abrió los ojos como platos al darse cuenta, con una mezcla de horror y perversa excitación, que el techo estaba forrado con espejos.

—¿Qué te pasa? —inquirió deteniéndose un instante ante la extraña cara de esta mujer.

Ella tragó saliva antes de intentar responder.

—El techo... —dijo con un hilo de voz.

—Nicole, no me jodas. ¿Qué coño haces mirando ahora el techo? —masculló a punto de cabrearse por tan absurda distracción.

—Está cubierto de espejos —añadió roja como un tomate.

—¿Qué? —graznó y tres segundos más tarde...—: ¡No me jodas!

Ella asintió y señaló con la mano. Max se volvió, procurando no perder el contacto y sonrió como un tonto al darse cuenta de que su chica no mentía. Vaya panorama... Debería haberse dado de hostias por no comprobarlo primero.

Después fijó la vista en Nicole y en su cara sonrojada para de inmediato empezar a embestirla como un loco.

—Disfruta de las vistas —murmuró burlón—, porque después pienso ponerme yo abajo y más vale que te esfuerces.

Ella asintió, no muy convencida. Cualquier cosa para que él continuara follándola a su manera, porque, conociéndolo, si lo contradecía, era capaz de torturarla sin piedad y ya tenía bastante tortura encima con el corsé.

Intentaba no mirar, pero resultaba muy difícil apartar los ojos, así que la perversión ganó la batalla al sonrojo y se observó a sí misma jadeando, sudando mientras un tipo muy malo, situado entre sus piernas, la llevaba al orgasmo con unas embestidas de lo más profundas.

—Joder, Nicole... —jadeó antes de unirse a ella.

Max podía haberse quedado así, disfrutando de su momento poscoital, pero la tentación pudo con él y sin perder el tiempo invirtió las posiciones para ser él quien

podiera recrearse el sentido de la vista.

—¡Max! —chilló aferrándose a sus hombros mientras rodaban por la cama.

—Ya has visto bastante mi culo, ahora me toca a mí ver el tuyo —aseveró poniéndose cómodo para disfrutar del paisaje—. Vamos, monta que te llevo.

## Capítulo 16

No quedaba más remedio que volver a la normalidad. Pese a su recelo inicial, Nicole reconoció que pasar unos días a solas, alejados de murmuraciones y de problemas, había resultado un buen bálsamo para su relación.

Habían pasado unos días fabulosos, al más puro estilo hedonista. Probaron diferentes escenarios, ya que tras la primera noche triunfal en la habitación victoriana pasaron por la sala espacial, el salvaje oeste y, por supuesto, por la fantasía bizantina.

Max, sin que ella se diera cuenta para que no le montara un pollo, se ocupó de almacenar con la cámara de su móvil suficientes imágenes para después deleitarse en casa y de paso provocarla. Incluso pensó en hacerse un álbum de recuerdo con ellas.

También quiso llevarse algunas cosillas para jugar en casa; dudaba de que se molestaran en el hotel, pues por el precio de cada *suite* bien podían compensarlo; sin embargo, ella se mostró inflexible y tuvo que ceder. Bueno, ceder en parte, pues en cuanto tuviera un rato libre se iría de compras y se encargaría de comprarle un ajuar completito con todo tipo de disfraces. Joder, vaya que sí.

Y, faltaría más, el techo con espejos. Un clásico desde hacía siglos pero efectivo como siempre. Dijera Nicole lo que dijera. Max ya sabía que se pondría un poco petarda; sin embargo, al final lo disfrutaría como la que más.

Pero, como todo lo bueno es breve, debían volver a enfrentarse a los problemas. No habían tenido noticias de Thomas y eso, hasta cierto punto, era una muy buena señal. En dos días tendrían la siguiente reunión para ver si la otra parte ya había respondido y saber cómo se tomaban que Max rechazase todas sus pretensiones.

Al menos este problema se iba encauzando, pero, cuando menos te lo esperas, surgen otros de los que no sabes muy bien cómo ocuparte o qué hacer para solucionarlos, entre los cuales destacaba uno: la madre de Nicole. Ella, al enterarse de todo, se presentó en la casa que compartían dispuesta a echar una mano.

«Una mano... al cuello», pensó Max al ver a su suegra.

Amelia Sanders, paradigma del esnobismo en persona, dispuesta a dar su punto de vista y a amargar a quien osara contradecirla. Elegante, altiva y metomentodo.

Como se suele decir, si las cosas te van mal, no te preocupes, aún pueden ir peor, porque la buena señora sumó a su causa a una aliada inesperada.

¿Quién podía superar la presencia de la señora Sanders?

Efectivamente, Emily; la madre de Max en persona apareció también por allí dispuesta a solucionar la vida de su hijo y la del vecindario si fuera menester.

Si por separado ambas resultaban un peligro, nadie sabía lo que podía llegar a suceder estando juntas.

—¡Hola mamá! ¿Cómo estás? —preguntó Nicole besándola en la mejilla para después acompañarla al salón.



—Buenas tardes, señora Sanders —murmuró Max fingiendo alegrarse de tan inesperada visita.

—¡Me he tenido que enterar por una amiga! —exclamo Amelia dolorida en lo más profundo de su ser, no por el hecho en sí, sino por no haber sido la primera en saberlo.

—Mi hijo no tiene perdón de Dios —corroboró Emily con el mismo teatro—. Sabe perfectamente lo mucho que me afectan estas cosas, a mi edad estos disgustos no son buenos.

—Mamá, que estás como un roble —masculló Max, que no sabía dónde esconderse.

Esas dos señoronas en el salón de su casa podían maquinar cualquier calamidad.

—Está todo en manos de los abogados, así que te pido por favor, mamá, que no empieces a desvariar —intervino Nicole mirando a Max con cara de ¡sácame de aquí!

—¿Y por qué no te encargas tú? Eres abogada, ¿no? —apuntó con su mala leche su futura suegra.

—Y de las mejores —apuntó Amelia por si acaso.

—Porque no, joder —la defendió Max hartito de aquel sainete. Debería haber mirado por la mirilla antes de abrir la puerta y fingir que no había nadie en casa. Iba a tener que plantearse instalar un control de acceso.

—Pues más vale que hayáis buscado uno bueno, porque, si no, esa pelandrusca te sacará los cuartos —murmuró Emily—. Y además puede arruinar tu primera relación seria. Que ya no eres un joven atolondrado.

Max puso los ojos en blanco, se cruzó de brazos e intentó que no le subiera la tensión ante el ataque de sinceridad de su madre.

—Contamos con Thomas para que se encargue de todo —explicó Nicole, y la reacción de su señora madre no se hizo esperar.

—¿Thomas? ¿El mismo al que dejaste plantado por Max?

Gracias, mamá.

—El mismo —corroboró Max temiéndose lo peor.

—¿Dejaste a un abogado por mi hijo? —preguntó Emily arqueando una ceja y poco a poco fue ensanchando su sonrisa al ver la cara de desconcierto de la parejita—. Vaya... a ver si va a ser verdad que le quieres —remató con saña.

—Vayamos al meollo de la cuestión —interrumpió Amelia—. Yo, por mi parte, ya me he encargado de advertir a todas mis amistades de que ni se les ocurra dudar de ti —apuntó a su futuro yerno. Ni loca iba a permitir que esas envidiosas con las que se juntaba en el club fueran difamándolo, con lo que le gustaba presumir de Max delante de ellas.

—Gracias —respondió secamente Max conteniéndose para no cometer *suegricidio*.

—Pues claro que mi hijo no tiene nada que ver con esa cualquiera.

—Yo nunca lo he dudado —añadió Amelia por si acaso.

—Yo tengo la solución perfecta —prosiguió Emily y Max tembló.

—¡Excelente! ¿Cuál?

Nicole y Max miraban alternativamente a una y a otra sin saber muy bien cómo parar aquella reunión de madres confabuladoras S.A. antes de que aquello se desmadrara. Desde luego estaban en su salsa y lo que era peor: compenetradas.

—Lo mejor es que os caséis, que ya lleváis tonteando demasiado tiempo —dijo toda convencida Emily.

Amelia sonrió de oreja a oreja, pues por lo visto la solución era sin duda la respuesta a sus plegarias, antes de decir:

—Estoy de acuerdo. Yo ya no sé cómo decírselo. Puede que al principio pudiera tolerar que vivieran juntos sin estar casados, soy una mujer *moderna*, pero ahora esto ya me parece abusar. —Obvió a la pareja y dándole a la sin hueso con la única persona presente en el salón que iba a estar de acuerdo.

—No se hable más —sentenció—. Que ya tienes una edad —dijo mirando a su hijo y no contenta con eso atacó a Nicole—: Y tú, que luego se te pasa el arroz.

—¡Mamá! —exclamó él en tono de advertencia—. Eso es algo que solo nos incumbe a nosotros dos.

—Tu madre tiene razón —apuntó la que faltaba para el duro.

—Por favor... —murmuró Nicole abochornada.

No solo querían organizarle una boda, sino además intervenir en su ciclo reproductivo.

—Hija, es cierto. Si esperas, luego puede que no te quedes embarazada.

Ese comentario fue una afrenta directa tanto a ella como a Max. Pero optaron por callar.

—Y en las clínicas de fecundación hacen mil perradas a la gente, no creo que quieras pasar por eso —apostillo una servicial Emily por si el comentario anterior no había sido suficientemente dañino.

—Joder, es que no me lo puedo creer —rezongó Max con ganas de darse cabezazos en la pared. Aquel era un tema que le traía por el camino de la amargura y si de él dependiera estaría solucionado hacía bastante tiempo; sin embargo, su finolis siempre le daba largas, así que escuchar a la madre y a la suegra dar por el culo con el temita lo ponía en el disparadero.

Nicole no dijo nada, pero pensaba lo mismo y aguantaba el chaparrón mirando con disimulo el reloj a ver si con un poco de suerte podía poner una disculpa y echarlas de casa.

—Deja de decir palabrotas —lo reprendió su madre—. Y piensa en organizar un bodorrio por todo lo alto, para que se os vea bien.

—Pero con clase —intervino Amelia por si acaso, porque, ante la posibilidad de que fuera un evento carente de elegancia, podía sufrir un síncope, así que mejor prevenir—. Todo ha de hacerse con buen gusto y para eso es mejor tomarse su tiempo.

—Por supuesto —corroboró la otra organizadora no autorizada—, las prisas pueden dar al traste con un día maravilloso.

—Yo conozco a una organizadora de bodas fantástica que...

—Escucha bien, mamá, no te lo voy a volver a repetir —estalló Nicole cansada de aquel numerito—: si me caso o no, es mi problema. Y en el caso de que lo haga... —no lo dijo muy convencida—, ni loca voy a permitir que me organices una de esas bodas fastuosas que tanto te gustan.

Max no sabía si respirar tranquilo ante la vehemencia de sus palabras o empezar a preocuparse, así no había forma de convencerla. Si algo había aprendido de Nicole era a no repetirle una y otra vez lo que debía hacer, pues se obstinaba en hacer justo lo contrario, de ahí que tuviera siempre el anillo preparado aunque evitara pedirselo de nuevo.

—Hija, no seas tonta —replicó Amelia obviando, como siempre, sus deseos—. Tú no vas a casarte a escondidas, deprisa y corriendo para que todo el mundo murmure.

Nicole puso los ojos en blanco. ¡Qué paciencia!

—En eso también estoy de acuerdo —añadió Emily mirándola como si fuera un extraterrestre por ser la única mujer del planeta que no quería casarse con su precioso hijo mayor—. Max es un buen partido, a cualquiera le gustaría presumir.

—Gracias mamá —masculló el aludido entre dientes.

—No se hable más, en cuanto este disparatado lío se resuelva, y créeme, Emily, Thomas Lewis es el mejor abogado que conozco... —Nicole tosió ante las palabras de su madre—. Ay hija, no seas tonta, tú también eres buena —añadió, pero sonó como premio de consolación. Saltaba a la vista que aún le tenía aprecio—. Así que yo no me preocuparía —terminó diciendo a su consuegra—, ya verás cómo lo arregla todo.

—¿No se ha hecho un poco tarde? —sugirió Max esperando que esas dos cotorras que por desgracia tenía en la familia se levantaran y los dejaran a solas.

—Nos están echando —murmuró Emily toda ufana—. Está bien, nos vamos, pero... —señaló con el dedo a la parejita—, voy a seguir organizándolo todo.

—Qué Dios nos pille confesados —dijo Max entre dientes.

—¡Faltaría más! Y ahora cuento con ayuda, ¿verdad, señora Sanders?

—Por supuesto.

Nicole acompañó a las mujeres y esperó hasta que ambas se marcharon, juntas, en el coche de su madre y se frotó la cara. Como suele decirse, las desgracias nunca vienen solas.

—No te preocupes, hablaré con mi padre e intentará frenarla —apuntó Max.

—Si por separado son temibles... —murmuró acercándose hasta él para sentirle cerca.

—Vamos a cenar, que por lo menos nos pille con el estómago lleno.

Nicole frunció el ceño; hoy la cocinera tenía el día libre y, a pesar de sus intentos

por aprender a hacer lo básico, estos no habían dado resultados. Así que pensó en llamando a un restaurante para que les sirvieran comida a domicilio.

Una vez metidos en la cocina, ella fue directa hacia el teléfono y esperó a que respondieran.

—¿A quién llamas a estas horas?

—Voy a pedir la cena.

—No seas boba —dijo él abriendo el frigorífico—, seguro que hay algo por aquí que podamos hacer.

—De acuerdo —susurró resignada. Definitivamente iba a tener que apuntarse a un curso culinario.

Por suerte, él se ocupó de preparar algo para picar y así Nicole evitó una intoxicación alimentaria. Con todo dispuesto sobre la mesa de la cocina, era evidente que tenían que hablar, y no precisamente de lo que había en los platos.

—Te pido perdón por los comentarios de mi madre —murmuró él haciendo una mueca.

—Supongo que yo también te debo una disculpa —apuntó con una sonrisa triste.

—Aunque...

—No, no lo digas —lo interrumpió levantando la mano, ya que intuía a qué se refería y seguía sin estar preparada para tocar ese asunto.

—Nicole, joder, es que alguna vez tendrás que ceder, digo yo —protestó.

—¿Y qué más da?

—Dejemos este tema porque me toca los cojones —masculló dejando de mala manera el tenedor.

—Escucha... yo...

—Ahora no me vayas a decir que no estás segura, que te lo tienes que pensar —interrumpió en tono brusco, porque esa cantinela ya se la veía venir y no tenía ganas de oír una sarta de tópicos a cada cual más ridículo.

—No, ya sabes que no voy a recurrir a frases manidas. Simplemente tienes que entender que me gusta nuestra relación tal y como está, ¿por qué cambiarla?

—Mira, queda claro que así no vamos a ninguna parte. Cambiemos de tema porque, si no, terminaré con acidez de estómago —alegó Max.

Ella no replicó ni tampoco intentó ofrecerle más argumentos. Lo comprendía, pero seguía sin querer dar ese paso, pues no entendía la razón.

Acabaron de cenar en silencio, como si fueran dos extraños. Cada uno sumido en sus pensamientos. Nicole mirándolo de reojo para ver si se le pasaba el enfado y rumiando la manera de pillar a su madre por banda para dejarle bien clarito que, como volviera a insinuar cualquier cosa sobre bodas, dejaría de hablarle. También pensó que quizá debía ser menos drástica y, al menos, darle una esperanza al hombre, es decir, darle largas para que no se enfurruñara, pero hacer eso era hipócrita y prefería ser sincera.

No es que no se sintiera preparada para casarse con él, es que, sencillamente, a su

edad le parecía absurdo. Ambos tenían muy claro qué sentían el uno por el otro; por lo tanto, ¿para qué complicarse la existencia con un trámite meramente legal? Ella bien sabía las complicaciones que podían surgir y no quería, bajo ningún concepto, verse involucrada en un proceso de divorcio. Cierto es que la posibilidad era muy remota, pero la vida da cien mil vueltas.

Y, por supuesto, quedaba el espinoso tema del dinero. Ella no estaba con él por interés y desde luego tenía sus propios recursos, pero ni de lejos se acercaban a los de Max. Nicole se encargaba de gestionárselos, así que estaba al tanto de todo; sin embargo, esto lo hacía desde una perspectiva profesional. Y bajo ningún concepto deseaba que, si algún día se torcían las cosas, su fortuna pudiera ser un problema. Para ello existía una solución tan sencilla como redactar un contrato prematrimonial, pero, si se le ocurría presentarse ante Max con algo así, ya podía ir preparándose para escuchar una sarta de improperios, además de ser objeto de una buena bronca.

Max, por su parte, ajeno a las disquisiciones de Nicole, no podía evitar mosquearse ante tanta obstinación.

Cierto que pensar que un bodorrio como pretendía su madre no era de su agrado, en eso concordaba con ella; pero joder, una ceremonia sencillita, con cuatro amigos y familiares, quedaría perfecta. Incluso, ya puestos, algo más íntimo y excéntrico, como hace la gente famosa.

## Capítulo 17

Max gruñó al oír un estridente pitido que desquiciaba a cualquiera; estiró el brazo y buscó a tientas el maldito trasto y lo mandó a tomar por el culo.

¿Quién era el hijo de su madre que programaba el sonido de esos cacharos? Porque no solo te jorobaban al despertarte, sino que además te ponían en tensión, maldita sea.

Se estaba de puta madre en la cama, abrazado a su finolis y, pese a que la noche anterior no había sido muy productiva en lo que a relaciones de pareja se refería, podía darse con un canto en los dientes, ya que tras la discusión de la cocina ella no le había mandado al sofá.

Vale, follar antes de dormir siempre viene bien; sin embargo, podía hacer una excepción y disfrutar del simple contacto de su chica. Aunque siempre había algo que jodía el momento, en este caso el despertador.

Sintió cómo ella se despertaba en sus brazos más acostumbrada a los madrugones y decidió prolongar un ratito más aquella postura.

—Tenemos que levantarnos —murmuró ella sin mover una pestaña, pues estaba igual de cómoda con él a su espalda.

El edredón nórdico era un excelente remedio para cubrirse y tener calorcito, pero nada como dormir junto a un cuerpo caliente.

—Tú primero —susurró apretándola más fuerte.

Era uno de los placeres más sencillos y baratos que un hombre podía disfrutar. Y estaba dispuesto a disfrutarlo un buen rato más.

Suspiró resignada antes de murmurar:

—De acuerdo.

—Joder, Nicole, que se supone que tienes que hacerte la remolona —indicó Max resoplando. Con la finolis y su sentido de la responsabilidad no había manera.

Ella se giró para mirarle a los ojos. Lo entendía; no obstante, uno de los dos debía mover ficha primero. Ya llegaría el momento de ser irresponsable.

—Te prometo una cosa... —hizo una pausa para acariciarle el rostro y que dejara de fruncir el ceño—: cuando este lío acabe, nos iremos un mes de vacaciones. Sin horarios, sin despertador... solos tú y yo.

—Bueno, vale, me has convencido. Pero debo reconocer que ir a ver al tocapelotas de tu ex, que para más inri es ahora mi abogado, no me pone nada en absoluto —adujo agradeciendo cómo le acariciaba el rostro, con esa delicadeza que le volvía loco.

Nicole sonrió ante sus palabras y se acercó aún más con la intención de darle un beso de buenos días. Un buen incentivo para empezar bien la jornada. Sin embargo, se dio cuenta, nada más hacerlo, de que aquel gesto era poco cosa.

Tanto para él como para ella misma.

Con el dedo índice recorrió sus cejas y su nariz hasta llegar a sus labios y dibujarlos. Cuando abrió la boca y se lo mordió, supo de inmediato qué podía proponer de tal forma que ambas partes se encontraran a gusto, una alternativa a salir escopetados de la cama y así evitar a un Max gruñón durante la reunión.

—¿Echamos uno rapidito? —sugirió dejándolo con la boca abierta ante tal propuesta. Arqueó una ceja ante la cara de sorpresa pero, como bien intuía, la respuesta no tardó en llegar.

—Con que lo diga uno, vale —aceptó sin vacilar.

¡Joder, si decía que no, era para encerrarlo!

Max tomó la iniciativa y se abalanzó, dispuesto a batir su propio récord de polvo exprés. La tumbó sin miramientos para acomodarse entre sus piernas, que encontró ya separadas, y tras hallar la posición se lanzó a por su cuello. Un buen punto de partida, sin duda alguna.

Nada más efectivo que unos cuantos mordisquitos para subir la temperatura mientras que sus manos atacaban sus pezones. En seguida respondieron a su toque, endureciéndose y pidiendo a gritos que los rodeara con la lengua.

Y no tardó mucho en hacerlo: sus labios fueron describiendo una línea desde la clavícula hasta sus senos y, una vez a su altura, los juntó con las manos para poder alternar más fácilmente sus atenciones.

Ella se revolvió bajo su peso, disfrutando de todas esas sensaciones que iba experimentando, encantada y pidiendo con sus gemidos que continuara.

—Este par de tetas no me cansan nunca —comentó con una sonrisa perversa de regalo.

—Se nota —musitó satisfecha.

Ella, sin mucho margen de maniobra, se limitó a tocarlo, empezando por su cabeza, despeinándole, tirándole del pelo cuando sus dientes arañaban el sensible pezón. Después, al poder extender el brazo, fue directa a por su apetecible trasero, palpándolo con deleite y sin dejar de gemir y arquearse en respuesta a las hábiles caricias de su amante.

—Mmm, estás mojada... —musitó feliz al meter la mano entre sus piernas y separar con un dedo sus labios vaginales—. ¿Has tenido algún sueño guarrete que quieras compartir conmigo?

—¡No! —respondió negando con la cabeza al mismo tiempo que él le insertó dos dedos bien adentro—. Es mucho más sencillo que eso... —añadió sin poder evitar suspirar—. Con una simple mirada me excitas.

Max se detuvo. Tragó saliva. Qué cosas decía esta mujer...

—Ay, Nicky, siempre das la respuesta correcta —comentó con un ligero tono burlón pero muy consciente de lo que significaba sin dejar de masturbarla pese a que sus abundantes fluidos daban fe de que estaba más que preparada.

—Es la verdad —aseveró mirándole a los ojos.

Se quedó así, inmóvil, sin poder apartar la vista de ella. Emocionado. Muy emocionado. Ahora debería sonar de fondo *I can't take my eyes off you*.

—Desde luego, cariño, tú sí que sabes cómo dejarme sin palabras —acertó a decir con un nudo en la garganta. Sacó los dedos y los sustituyó por la punta de su polla, que colocó de tal forma que rozara su clítoris para tenerla en el punto exacto de excitación antes de metérsela.

Nicole sonrió, le acarició la mejilla y supo que aquel momento únicamente podía desembocar en un beso de esos de película, con mucha lengua y gemido a juego.

Él respondió de forma contundente al tiempo que tomaba impulso para poder penetrarla. Lo hizo de un solo empujón, nada de ir poco a poco.

No era necesario andarse con zarandajas. Los dos lo deseaban y, si ella había pedido uno *rapidito*, ¿quién era él para llevarle la contraria?

Comenzó a moverse sobre ella, con ímpetu, acariciándola en cada parte de su cuerpo donde podía llegar sin perder el contacto. Una mano sobre el pezón, la otra agarrándola del culo para que con los empujones no se diera con el cabecero, y los labios en la oreja y cuello para no desatender ningún punto importante.

Mientras, ella seguía encantada ese endiablado ritmo, frotándose con más descaro del habitual. Por alguna extraña razón, lo que había comenzado como un polvo mañanero, tras aquella mirada, había adquirido un matiz muy diferente. No solo por saber que estaba enamorada hasta las trancas de ese hombre, sino también por tener muy claro que la correspondía.

Ese era, sin duda, el matiz que conseguía encender la chispa cada vez que andaba cerca y quemarla viva si la tocaba.

—Nicole... —gruñó penetrándola con fuerza.

Ella echó los brazos hacia atrás y arqueó la espalda para salir al encuentro de cada una de sus investidas, moviendo las caderas, tal y como él le había enseñado, para que la estimulación de su clítoris fuera perfecta.

—Sigue... —jadeó entregada por completo.

—No sé yo si esto va a ser uno *rapidito* como querías... —bromeó sabedor de que, si bien follársela en cinco o seis minutos tenía su gracia, siempre lo consideraba un apetitivo y luego, para quedar mínimamente saciado, tenía que devorar todo el menú.

Nicole no tenía nada que objetar, así que se concentró en cada una de las sensaciones... la deliciosa fricción de sus pezones contra el torso masculino..., la humedad y el calor de su dilatado sexo acogiéndolo..., la tensión en sus músculos internos..., los gemidos de ambos mezclados inundando el dormitorio a primera hora de la mañana...

Se mordió el labio y se dejó llevar. Había sido rápido, muy rápido, pero tan intenso como una de esas sesiones maratónicas de sexo en las que Max siempre la «obligaba» a participar.

—Joder, Nicky, me exprimes de una manera... —murmuró cayendo sobre ella



tras correrse.

Debería estar más que acostumbrada a este tipo de expresiones, tan explícitas como indicadores de su estado de ánimo; sin embargo, siempre le resultaban chocantes, porque la mezcla de ese tono tan áspero con una brutal sinceridad lograban que su ego sexual, hasta no hace mucho dormido, se elevara de forma considerable.

—Gracias —respondió en voz baja mientras lo peinaba con los dedos.

—¿Estás segura de que... —se movió aún en su interior—... quieres abandonar la cama?

—Qué más quisiera yo que quedarme así —se lamentó con una sonrisa triste—. Como dirías tú: ¡Ahora que hemos aparcado tan bien!

Max empezó a reírse a carcajadas.

—Eres buena, abogada, muy buena —soltó entre risas, y de mala gana se apartó de ella.

Un último beso, bueno dos, uno en cada teta, y abandonó la cama para evitar la tentación de quedarse allí. Se fue refunfuñando directo a la ducha.

Una vez en el baño, mientras programaba el termostato, bajó la mirada y negó con la cabeza mirando su polla todavía en pie de guerra.

—Qué desperdicio —masculló metiéndose en la cabina de ducha.

A pesar de que ninguno de los dos deseaba acudir a la reunión, no quedaba más remedio. Tenían una cita con Thomas y no podían faltar, pese a que el plan de Max de invitarlo a jugar un partido de fútbol para darle bien de patadas en las espinillas seguía en pie. Fantasía que no compartiría, de momento, con su chica, por si acaso le daba por ponerse en plan responsable y aguarle la diversión.

—Quiero que estés presente —indicó Max al llegar a la oficina.

No le había soltado la mano en todo el trayecto desde el aparcamiento hasta la puerta principal del bufete.

—¿Seguro?

—Sí. Muy seguro.

Sin soltarse, accedieron a la sala de reuniones y allí estaba el abogado más *asquerosamente* eficiente del mundo esperándolos.

—Buenos días —masculló Max tras empujar la puerta y encontrárselo allí, en perfecto estado de revista.

«Qué asco de puntualidad», pensó tomando asiento.

—¿Empezamos? —sugirió Thomas siempre pragmático pasando por alto los formalismos. Miró a Nicole, ya que, conociéndola, podía no reaccionar muy bien ante lo que tenía que contar.

—Muy bien, adelante —indicó ella acomodándose.

—Sí, joder, que no tengo yo ganas de perder el tiempo.

—Bien, antes de nada... —hizo una pausa para evaluar su predisposición a escuchar y vio que no estaba el horno para bollos. No obstante, tenía que seguir

adelante, les gustara o no. Y, estaba convencido, no les iba a gustar ni un pelo, en especial a Nicole.

—Deja el suspense para otro momento, maldita sea —le espetó el demandado impaciente ante los rodeos que cualquier abogado daba antes de llegar al meollo de la cuestión—. Que aquí nos conocemos todos.

—Me gustaría dejar clara una cosa. —Extrajo unos documentos y se los pasó a Nicole—. Hay dos formas de hacer esto. Una ciento por ciento legal, por supuesto más lenta y sin garantía de éxito, y otra digamos menos... ortodoxa, que nos va a ahorrar tiempo y dolores de cabeza.

—La rápida, joder —interrumpió Max.

—Ya, me lo suponía —rezongó Thomas—. Si, y es un condicional como una casa, aceptamos la vía menos ética, tenemos que tener clara una cosa...

—¿Qué has hecho? —preguntó Nicole con temor.

No era ningún secreto que su exsocio recurría a «lo que hiciera falta» con tal de salir victorioso. *Modus operandi* que ella no compartía.

—He conseguido los informes de ADN del crío.

—¿Cómo? —inquirió Nicole preocupada porque eso se alejaba bastante de la legalidad. Sin duda se trataba de información confidencial.

—¡Maldita sea, eres un crac! —exclamó Max abriendo los ojos como platos.

—De ahí que, o estamos todos de acuerdo o cerramos esta vía.

—Thomas, ¿qué pasará si se descubre que tienes datos como esos sin autorización? —intervino ella sabedora de que, de haber sido un procedimiento legal, hubiera hablado de ello sin tantas advertencias y con un tono más tranquilo.

—Tú recurriste a tus contactos en la policía para averiguar sus antecedentes —le recordó Thomas dando por hecho que aprobaba ese proceder.

—Yo no pienso chivarme —alegó Max—. Me da igual, joder. Adelante, ¿cuál es el siguiente paso?

—Que tú te sometas a unas pruebas, podamos cotejarlas y así ir unos cuantos pasos por delante.

—De acuerdo.

—¡No me lo puedo creer! —estalló la abogada levantándose de su asiento—. ¿Estáis locos?

—No voy a negar el riesgo que corremos, pero era eso o esperar a que nos toquen los cojones con sus demandas. Por la respuesta que nos han enviado sus abogados —Thomas señaló los papeles—, está claro que van a por él. Es una presa codiciada.

La presa codiciada arqueó una ceja ante semejante calificativo, pero se mantuvo prudencialmente callado.

—Maldita sea, ¡no has cambiado nada! —lo acusó ella.

—¡Y por eso me has llamado! Si querías un abogado «normal», no haber pensado en mí —se defendió.

—Esto puede traer consecuencias irreparables. ¡Es un menor!

—Lo sé, joder. Sin embargo, es la solución a corto plazo. Solo nosotros tres estamos al tanto y no tiene por qué salir de aquí.

Max los observaba, cruzado de brazos. Su chica, responsable, meticulosa... y el tipejo, práctico y eficaz.

No quería tener un nuevo motivo de pelea con Nicole; no obstante, iba a ser inevitable.

—¿Sabes lo que quieren de tu novio? —preguntó el abogado como si el aludido no estuviera presente—. Dejarle con el culo al aire, y no solo eso: están dispuestos a airear todo con tal de salirse con la suya.

—¿Han amenazado con eso? —graznó ella.

—No con esas palabras.

—Pero, si al final es mentira, ¿qué conseguirán?

—Publicidad, dinero... y ya sabes que es más barato retractarse que decir la verdad —aseveró Thomas resoplando.

—Lo sé, pero...

—Hagamos una cosa —intervino Max finalmente—. No mostremos nuestras cartas, de momento. Hagamos esa prueba y en función de los resultados... —miró a su chica, pues ese era el quid de la cuestión—, sabremos cómo proceder.

—Excelente —murmuró Thomas.

—No estoy del todo segura...

—Ni yo, joder, ni yo. Sin embargo, es la mejor forma de salir de dudas.

—Llamaré a los laboratorios para concertar una cita. Son de máxima confianza —apostilló por si acaso—. Aunque no daremos tu verdadero nombre. Firmaré yo el registro.

—¿Lo harías? —preguntó una sorprendida Nicole.

—Si al final hasta me vas a parecer buena persona —refunfuñó enojado consigo mismo por el simple hecho de tener que admitir una cosa así.

—Eso me dicen en casa... —replicó sonriendo de medio lado—, pero tranquilo, cada día me esfuerzo por seguir siendo un hijo de puta.

## Capítulo 18

Max salió de la sala de extracciones pensando que aquello, en vez de unos laboratorios de análisis clínicos, era un centro espacial o algo por el estilo.

Cuánta maquinita y cuánta gente paseando en bata, con gafas y cara de lumbreras.

Todo el personal se mantenía distante, profesional y, sobre todo, educado. Como si hacerse unas pruebas de paternidad fuera lo más habitual para el común de los mortales.

Afuera, en el mostrador, lo esperaba Thomas, que había rellenado todos los formularios con su nombre para evitar filtraciones.

—¿Todo bien? —preguntó el abogado sin levantar la vista de los papeles.

—No —respondió secamente.

—No he querido pedir los resultados urgentes, prefiero que el procedimiento siga su rutina habitual. No hay nada más sospechoso que la palabra urgente en un análisis.

—Pareces saber mucho de esto —le espetó para tocarle los huevos.

—Te aseguro que el conocimiento del procedimiento no se debe a ninguna experiencia personal, por si lo estás insinuando —replicó sin sentirse ofendido. En general, casi todos los hombres que se veían obligados a someterse a este tipo de pruebas reaccionaban del mismo modo.

—En fin, si no tengo nada más que hacer aquí, me largo.

—De acuerdo. Los resultados me los enviarán directamente a mí —dijo Thomas.

—¿Me estás pidiendo permiso para saber la verdad antes que yo?

—Efectivamente.

—Si no te importa, me gustaría ser el primero.

—De acuerdo, marcaré la casilla «sobre cerrado».

—¿De qué hablas?

Thomas le señaló el impreso.

—Por lo visto ya se curan en salud y ofrecen esa posibilidad a los interesados.

—Lámame nada más recibirlos —le advirtió.

—Faltaría más.

Nicole lo esperaba en la salita para acompañantes y regresó junto a ella. Mientras, su *asquerosamente eficiente* abogado se encargaba del papeleo para que su nombre no quedara registrado en ningún documento.

No terminaba de fiarse, ya que, a pesar de habérselo pedido, podía burlar de mil maneras la promesa y deseaba que Nicole estuviera junto a él en ese instante.

Joder, y por si fuera poco, estaría en deuda con ese tipo de por vida.

«¿Por qué nos echa una mano?», se preguntó mientras caminaba a grandes zancadas hacia la sala de espera para recoger a su finolis y pirarse de allí.

—Ya está —murmuró al entrar.

Nicole se puso de pie inmediatamente y se acercó a él. Por la cara que traía debían haberle hecho mil perrerías, como diría su «suegra». Miró el reloj, no había estado tanto tiempo.

—Apenas han sido quince minutos...

—Mejor, este sitio me da grima —protestó—. Y el hilo musical es para fusilar a alguien, cielo santo, qué horror.

—Anda, vámonos a casa —sugirió ella con media sonrisa comprensiva.

Mientras se acercaban al aparcamiento, sonó el móvil de Max y este miró la pantalla con la intención de mandar a tomar por el culo a quien le molestara. No tenía ganas de hablar con nadie, necesitaba salir al exterior, abandonar aquel complejo que le estaba poniendo los pelos de punta.

Hizo una mueca. Su hermano.

Podía ser algo relevante o bien que sencillamente quería tocarle los cojones. Como con Martin uno nunca sabía a qué atenerse, respondió.

—¿Sí? —graznó entregándole las llaves del coche a ella mientras atendía la llamada de ese pesado.

Nicole se encargó de abrir el Mustang y, como él estaba despistado con su conversación, aprovechó para sentarse al volante. Puede que Max la llamara *viejecita prudente* al volante, pero ella quería darse un gustazo y, como los chicos con sus ruedas son tan tiquismiquis, nada mejor que aprovechar el momento.

—¿De qué cojones me hablas? —preguntó Max sentándose en el asiento del copiloto con el ceño fruncido mientras escucha.

—No sé cómo ha ocurrido —gruñó Martin desde el otro lado de la línea—, pero llevan toda la mañana dándome la turra en las oficinas.

—¿Quién?

—¡La prensa, joder!

—Mierda... —masculló pasándose la mano por el pelo. Debería haberlo supuesto y tomar precauciones.

Nicole arrancó el motor y maniobró para salir del estacionamiento a la vez que prestaba atención a la conversación que Max mantenía de forma acalorada.

—Por lo visto alguien te ha reconocido en la clínica y ha dado el chivatazo. Más vale que te andes con ojo.

—¡Para! —le gritó a la conductora dándole un susto de muerte.

Ella pisó el freno en seco y lo miró sin comprender.

—Intenta despistarlos o quédate en el *parking* hasta que pase todo. Aquí, mi relaciones públicas particular...

—Joder con tu mujer —masculló imaginándose lo peor.

—Los tiene controlados, pero no sé por cuánto tiempo.

—Que no abra la boca —le advirtió.

—No seas idiota. Linda no va a decir nada en contra de ti —la defendió con vehemencia, aunque, la verdad, con lo cabezota que era Max se merecía un poco de

caña.

—Yo no apostaría por eso —dijo entre dientes mientras hacía un gesto a Nicole para que se mantuviera a la espera y sin avanzar un metro con el coche.

—Tranquilo. Por lo que hemos captado, te están esperando a la salida, así que ándate con ojo. Por cierto, ¿qué coche llevas?

—El Mustang —respondió sin entender a santo de qué venía esa pregunta.

—Joder, uno bien discreto, de puta madre —rezongó Martin.

—¿Qué pasa? —inquirió Nicole nerviosa. Se sentía un poco estúpida allí, en medio del sótano de la clínica, con el motor en marcha y sin saber nada.

—¿Y qué quieres que haga? —continuó Max soltando improperios en voz baja.

—Espera. Voy a buscarte.

—Me parece buena idea.

—Cambiamos los vehículos y con un poco de suerte despistamos a la prensa.

—Vale. Te esperamos.

Max colgó el teléfono y se lo guardó en el bolsillo. Se giró hacia Nicole, que seguía con cara preocupada, y le acarició el rostro antes de dar explicaciones.

—Era Martin. Algún hijo de puta de aquí me ha reconocido y se ha chivado. No podemos salir y no quiero tener movidas. Martin me ha avisado y se viene para acá. Intentaremos salir en su coche.

—Vaya... —musitó suspirando.

—Por lo visto tu abogado no es tan listo como pensábamos —dijo y la verdad es que se recreó bastante al saber que Thomas había metido la pata. Su cagada era contraproducente, pero al menos le hacía más humano. Le jorobaba tener alrededor gente tan competente.

—Ahora mismo lo llamo.

Nicole marcó el número, pero no obtuvo respuesta, así que le envió un mensaje exigiéndole explicaciones.

—Espero que Martin tarde poco, me estoy poniendo de una mala leche...

—Relájate... —susurró.

—Anda, aparca en esa plaza, que estamos en medio y solo falta que venga alguien tocándome la moral.

Ella obedeció y, tras efectuar una maniobra perfecta, apagó el contacto, se soltó el cinturón y echó la cabeza hacia atrás.

Max, en cambio, no hizo nada por rebajar la tensión, pues continuó soltando palabrotas, en las que el árbol genealógico de mucha gente quedaba malparado.

—Relájate... —sugirió estirando el brazo para cogerle de la mano.

—Ya sabes cómo soy —masculló aceptando su ofrecimiento.

—Piensa en algo agradable.

—Nicole, no creo que te guste que siga por ese camino estando dentro del coche y mi hermano a punto de llegar. —Miró el reloj—. No nos daría tiempo.

Ella sonrió y lo miró de reojo.

—Pues entonces, ya que por problemas logísticos no puedes relajarte como quisieras, piensa en cómo te gustaría hacerlo cuando llegemos a casa —insinuó adoptando un tono de voz sugerente, tanto que él se puso en alerta y la miró con una sonrisa traviesa.

—Hoy estás que te sales... —murmuró olvidándose de los hijos de puta que esperaban fuera para amargarle el día. Giró la cabeza para observarla de perfil y relamerse.

—Gracias.

—Pero deberías andarte con ojo, que luego me protestas y me vienes con sonrojos cuando te explico mis planes.

—Asumiré las consecuencias.

—Ya. Qué remedio te queda. Sin embargo, a lo mejor... —acarició su mano al tiempo que el suave cuero del asiento—, no hace falta que llegemos a entrar en casa... ¿me sigues?

Nicole tragó saliva.

—Te sigo.

En ese instante, un vehículo aparcó a su lado y el conductor les hizo señas.

Max miró por la ventanilla y reconoció a su hermano.

—Siempre en el momento apropiado —comentó con ironía. Ahora que la cosa se estaba caldeando va Martin, «el oportuno», y joroba el ambiente.

—Aquí tienes las llaves de mi coche —dijo Martin entregándoselas y mirando el Mustang con adoración. Max se percató de ello y tuvo que advertirlo.

—Mucho ojo con lo que haces, sé dónde vives.

—Yo te dejo el mío, estamos empatados.

Max miró su elegante pero antiguo Mercedes y arqueó una ceja.

—No sé por qué me da que salgo perdiendo —alegó sin querer entrar en más detalles.

Lo importante era salir de allí lo más discretamente posible.

—Venga, márchate —indicó Martin sin quitar el ojo del coche de su hermano mayor. Mira por dónde, podía aplicar el refrán de «no hay mal que por bien no venga».

—Está bien. Vamos, Nicole.

—Hola, Martin —saludó a su «cuñado» con un beso cariñoso en la mejilla y se fue a montar por la puerta del acompañante cuando Martin la detuvo.

—Hola, guapa —respondió este con toda la confianza del mundo devolviéndole el gesto.

—Gracias por echarnos una mano.

—Por ti, lo que haga falta.

—Ya está el petardo besucón haciendo de las suyas —dijo Max cruzándose de brazos.

No albergaba ni una sola duda sobre la lealtad de su hermano, pero siempre era

bueno recordarle quién estaba con Nicole. Era una estupidez, pero le venía bien a su ego masculino.

—No te enfades —apuntó mirándolo. Cuando se ponía así de tontorrón y envidiosón, daban ganas de echarse encima de él y gritarle «¡fóllame aquí mismo!».

—Ella se viene conmigo.

—¿Qué? —exclamó Max arrugando el morro ante semejante barbaridad.

—¿Perdón? —se disculpó ella intentando comprender de qué iba todo esto antes de hacer cualquier cosa.

—Es mejor así —añadió Martin.

—¿Por qué? —inquirió sorprendida. Tenía que haber una razón lógica, pues dudaba de que Martin lo hiciera solo por cabrear a su hermano.

—¡Y un cuerno!

—Razona un poco, hombre. Esperan que salgas con ella, en el Mustang, así que vamos a darles lo que quieren.

—No te sigo —dijo Max.

—Tú te largas en mi coche, tranquilamente y después salimos nosotros —explicó al tontaina de hermano mayor que tenía.

—¿Y no será mejor al revés? —apuntó ella.

—Sigo sin ver la lógica por ningún lado.

Martin resopló. Qué cabeza cuadrada era cuando se trataba de su chica. Como si se atreviera a tocarla. En primer lugar, porque la respetaba, y en segundo, porque ella misma le arrancaría los ojos.

—Eso es lo que hacen todos. Primero mandan un coche para despistar y, como no son tontos, se dan cuenta en seguida de que no es a quien buscan. Así que, si sale primero un vehículo «normal», pensarán que es otro cliente de la clínica.

—Tiene sentido...

—No me convence —replicó Max.

—Es una buena táctica —adujo Nicole.

—Joder, que te quedas con el coche y con la chica.

Martin sonrió de oreja a oreja y movió las cejas sugestivamente.

Nicole puso los ojos en blanco. ¡Hombres!

—Supongo que es por mi magnetismo animal.

—O porque eres un soplapollas afortunado.

Ella miró a uno y a otro. Estaban discutiendo, pero dudaba de que llegara la sangre al río. Cierto que decir algo así como que Martin (otra vez) se llevaba a la chica (hecho con leve aroma machista) teniendo en cuenta el pasado, podía revivir ciertos resquemores de antaño, pero llegó a la conclusión de que lo que de verdad les hacía discutir era el coche.

—Pero tengo una duda... si la reconocen a ella y la ven contigo, ¿qué pensarán?

—Es mejor que crean que Nicole va con otro... Y no me pongas esa cara.

—Joder, ya verás como ahora inventan que me ha puesto los cuernos.



—¿Y? Es preferible que hablen de una supuesta infidelidad a que lo hagan de los motivos que te han traído a esta clínica. Que aquí no viene la gente a mirarse el colesterol precisamente.

Al final Max tuvo que claudicar y se montó, cabreado como no podía ser de otra manera, en el Mercedes de su hermano. Por supuesto, antes de hacerlo agarró a Nicole por la cintura y le dio un beso, con mucha lengua y tocamiento de retaguardia incluido.

—¡Conduce con cuidado! —se guaseó Martin despidiéndole con la mano y sin despegarse mucho de su cuñada para que los viera por el retrovisor.

—¡No seas malo! —exclamó ella.

Max sacó la mano con la ventanilla con el dedo anular levantado.

—Ay, estos son los momentos únicos que facilitan el buen rollo familiar, ¿no te parece?

Nicole se echó a reír y negó con la cabeza.

—Anda, vamos, que empiece el *show* —indicó sin perder el buen humor, que les iba a hacer falta, y así salir lo menos perjudicados posible de aquella locura.

Martin se puso las gafas de sol (como un buen profesional), abrió la puerta del acompañante (como un caballero) y sonrió todo petulante mientras ella se abrochaba el cinturón y lo miraba sin perder la sonrisa.

Quizá debería regalarle a Max, en su próximo cumpleaños, un pendiente como el que llevaba su salvador. Estaba segura de que no solo le daría ese toque canalla, sino que, además, lo aumentaría.

## Capítulo 19

La treta de Martin fue efectiva.

Nadie prestó atención a un viejo y anodino Mercedes saliendo del *parking* subterráneo y Max pudo escapar sin mayores complicaciones dejándolos solos en el aparcamiento. Así que, quince minutos más tarde, tiempo más que prudencial, Martin arrancó el Mustang, pisó el acelerador y salió chillando ruedas, para impresionar y darse el gustazo a partes iguales. Podía hacerlo: el propietario del vehículo no andaba por allí para reprenderlo y dudaba de que su cuñada dijera algo al respecto.

Al menos la media sonrisa que esbozó Nicole sentada a su lado así lo indicaba.

En cuanto el Mustang salió a la calle, llamó la atención de los fotógrafos y se lanzaron en picado para obtener la imagen deseada.

El conductor inesperado, sonriente y tras sus gafas de sol, no dejó de saludar con la mano a todos los que lo miraban sin poder dar crédito, pues debían llevar allí un buen rato apostados y ahora se iban a ir con las manos vacías.

Nicole, sin decir ni pío y parapetada tras sus enormes gafas de sol, mantuvo el tipo hasta que poco a poco la multitud decepcionada se dispersó, permitiéndoles seguir su camino sin mayores contratiempos.

—¡Joder, si hasta me he divertido! —exclamó Martin incorporándose al tráfico con una sonrisa de oreja a oreja.

—Yo no le veo la gracia, la verdad —alegó relajándose ahora que ya podía.

—Bah, esto no es nada. Antes sí que lo acosaban de verdad. —La miró de reojo por si su comentario la hubiera ofendido.

—No termino de acostumbrarme.

—Yo creo que lo haces estupendamente, todo sea dicho.

—Puede que tengas razón... —murmuró, porque en el fondo Martin tenía parte de razón. Toda esta charada resultaba al menos una anécdota simpática para contar. Esperaba que poco a poco se disipara la curiosidad y les dejaran vivir tranquilos.

—La tengo —corroboró.

Nicole, si no lo conociera, pensaría que esa forma tan particular de hablar obedecía a una segunda intención, es decir, ligar con ella. Porque, a pesar de todo, Martin no podía evitar ser como era, seductor y caballero a partes iguales.

—Gracias —respondió con sencillez.

Martin quería preguntarle cómo andaban las cosas, saber la versión de ella, pues con don gruñón poco o nada sacaba en claro. Tenía reparo por si se molestaba, aunque su intención no era otra que echar una mano. Para ello recurrió a su mejor aliada.

—Linda me ha dicho que, cuando te apetezca, le gustaría volver a salir de copas contigo.

—¡Y a mí también! Aunque...

—Se os fue la mano bebiendo, eso ya lo sé —dijo comprensivo—. Pero estoy seguro de que pudisteis hablar de todo y pasarlo estupendamente.

Nicole se mordió el pulgar. Tenía confianza con él, pero no tanta como para abordar el tema central de aquella conversación.

—Hablamos, sí, de todo un poco —adujo desviando el tema.

—Oye, que a mí puedes contármelo todo, sabes que estoy aquí para lo que sea.

—Lo sé, lo sé.

—Por eso me gustaría saber si todo va bien entre vosotros.

Nicole podía darle una respuesta almibarada de la situación y quedar estupendamente. No obstante, Martin no era precisamente un tipo estúpido al que engañar con dos frases manidas.

—No te voy a mentir, esto nos va a pasar factura —comentó, pero al segundo se dio cuenta de un hecho irrefutable.

Puede que al principio, cuando recibió aquella maldita comunicación, lo viera todo negro y sin posibilidad de solución; sin embargo, lejos de separarlos, lejos de crear una tensión irreparable, Max y ella habían trabajado codo con codo. Con sus peleas, sus más y sus menos, pero no había hecho la maleta para abandonarlo y, ni mucho menos, había llegado a pensarlo. Eso, sin duda, era una gran noticia.

Estaban afrontando todo aquello de forma adulta. Medianamente lógica, adecuando las respuestas a los acontecimientos y no dejándose llevar por su lado más visceral.

—No voy a decirte que seré tu paño de lágrimas, porque tu novio me partiría la cara —bromeó mientras reducía la velocidad para entrar en la urbanización donde vivían ella y su hermano—. Pero, para cualquier cosa...

—Te lo agradezco, de verdad —aseveró con media sonrisa.

No había terminado de estacionar cuando unos golpes en la ventanilla hicieron que se callaran.

Max, con cara de malas pulgas, esperaba de brazos cruzados a que salieran del Mustang.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —farfulló ocupándose de abrirle la puerta a Nicole.

—Porque si vengo quemando ruedas me montas un pollo.

—Ya estamos aquí —intervino ella apaciguando el ambiente—. Eso es lo importante.

—Sanos y salvos, por si te lo preguntas.

—Ya veo... —masculló él, impaciente.

—Al menos dame las gracias —le provocó Martin.

—Una patada en el culo es lo que te voy a dar. Dos, con la propina.

—Anda, toma —le entregó las llaves del coche—. Me voy a trabajar, que algunos nos ganamos el pan con el sudor de nuestra frente.

—Muchas gracias, de verdad —dijo Nicole y se acercó hasta él para darle un cariñoso abrazo y un beso en la mejilla.

—Menos mal que alguien reconoce mis esfuerzos.

Martin dio media vuelta con la intención de ir en busca de su coche y regresar a las oficinas.

—Joder, gracias —terminó diciéndole Max.

Tener un hermano así no se pagaba con dinero, simplemente estaba tan tenso que su comportamiento dejaba mucho que desear.

—De nada —murmuró Martin agradeciendo el gesto con una sonrisa cómplice—. Ya sabes que, a pesar de ser un tocapelotas, siempre te echaré una mano.

Una vez a solas, Nicole se encaminó hacia la casa y Max la siguió. Ella no se detuvo hasta llegar a su dormitorio y poder quitarse los zapatos de tacón. No tenía nada previsto esa jornada y, la verdad, tanta tensión solo podía combatirse con una tarde relajada en casa.

—¿De qué habéis hablado en el coche? —preguntó entrando tras ella y cerrando la puerta.

Se quedó allí, mirándola, mientras ella se movía por el cuarto dejando primero sus pendientes en el joyero y después los zapatos en el estante exacto donde estaban por la mañana.

—De todo un poco —respondió sin mirarlo mientras se ocupaba de dejar sus cosas en el sitio adecuado. Sentirse observada mientras se cambiaba de ropa la ponía tensa y excitada al mismo tiempo, pese a que su intención no era en ningún caso ofrecerle un espectáculo de destape.

—Joder, tengo que reconocerlo, Martin, cuando se lo propone, es un imbécil —a pesar de utilizar ese adjetivo tan poco acertado, Nicole se dio cuenta de que lo hacía con cariño—, pero siempre está donde tiene que estar.

—Lo sé —convino ella entrando en el vestidor dispuesta a coger ropa cómoda para estar por casa. Como era de esperar, él la siguió.

—¿Y no te ha preguntado nada? —inquirió curioso, porque conocía al cotilla de su hermano; cotilla, casado con la *number one* de las curiosas... seguro que le picaba la curiosidad.

Nicole lo miró por encima del hombro y detectó cierto aire celoso. Esa cuestión solo podía zanjarla de una manera. Caminó hasta él, le rodeó el cuello con los brazos y acercó su boca hasta la oreja.

—¿Estás celoso? —inquirió en tono sugerente.

—No —se vio obligado a mentir.

Ella, en un alarde de atrevimiento, atrapó el lóbulo y tiró de él suavemente con los dientes, logrando que Max se revolucionara de inmediato.

—¿Ni un poquito? —insistió, pues, a pesar de ser ridículo, la idea de jugar un poco le pareció atractiva.

—No —repitió inquieto. No por la pregunta, sino por sentir su respiración tan

cerca.

—Vaya... —musitó haciendo un puchero.

—Nicole, creo que somos mayorcitos para jugar a algo tan pueril, ¿no te parece?

—Entonces, ¿por qué tienes un humor de perros? —preguntó señalando su ceño fruncido sin apartarse de él.

—Porque tenía planes para ti y para el Mustang —contestó agarrándola del culo hasta dar con la cremallera de su falda y bajársela para que la prenda cayera al suelo.

—Ah...

—Pero... todavía estamos a tiempo de bajar al garaje...

—¿No lo dirás en serio?

—Ajá —murmuró y acto seguido agarró el borde de su tanga para tenerlo bien sujeto y poderlo romper en caso de extrema urgencia.

—¿A estas horas? —inquirió abriendo los ojos como platos. No porque le desagradara la idea, sino porque, con toda probabilidad, serían vistos por alguien del servicio.

—Siento la imperiosa necesidad de follarte en ese coche —alegó sin medias tintas. ¿Para qué andarse por las ramas?

—Y yo de que lo hagas —dijo en voz baja tragando saliva.

—No me digas eso... —protestó porque la tenía en sus brazos y, aunque la idea de estrenar el juguete con ruedas nuevo le parecía increíble, ahora, con tal de llevársela a la cama, no le apetecía salir del dormitorio.

«Comodidad y pragmatismo ante todo», pensó sin apartar las manos de su cuerpo.

Ella lo besó y contoneó, encantada por tomar la iniciativa y porque, aunque lo negara, el muy tontorrón se había puesto un poco celoso. Lo justo para que subiera su ego femenino sin llegar a resultar absurdo.

En la habitación, aparte de sus respiraciones agitadas, se oyó un claro «ras», y Nicole supo que la primera tira de su tanga era historia. Con la prenda íntima hecha un desastre poco podía hacer ya, así que movió las caderas para que se fuera deslizando por sus piernas. Cuando llegó al tobillo se encargó de quitársela por completo.

—Mmmm, tienes un culo de lo más apetecible —murmuró palpándole con descaro—, respingón...

Poco o nada podía añadir Nicole a tales comentarios sobre su retaguardia, así que se limitó a tirar de su camisa y sacársela de los pantalones. De esa forma pudo poner una mano en su pecho y sentir los latidos del corazón, tan acelerado como el suyo propio.

Mientras, él se ocupó de separarse de ella e ir empujándola hasta que toparon con el muro. Con esa agresividad que a Nicole la volvía loca, la giró, la puso de cara a la pared, le levantó los brazos por encima de la cabeza y le separó las piernas con el pie.

Ella apoyó la frente en el tabique y cerró los ojos. Sentirse expuesta, pues Max solo estaba descamisado, añadía a la escena un componente erótico único.

Max siempre llevaba la batuta, o casi siempre, y ella la cedía con sumo gusto. Si además jugaba a «obligarla», aquello solo podía ir a mejor.

—Max... —gimió mordiéndose el labio cuando un dedo curioso recorrió su columna vertebral con lentitud hasta llegar a la separación de sus nalgas e internarse en aquel peligroso punto de su anatomía.

Sintió la presión de ese dedo y se puso de puntillas, exponiendo aún más su culo. El gruñido de Max a su espalda le hizo saber lo mucho que le agradaba.

—Definitivamente voy a tener que follármelo... —reflexionó, aunque ella sabía que no se lo estaba pensando, que su decisión era firme.

Tragó saliva y arqueó aún más su espalda dejando únicamente las palmas de sus manos como apoyo en la pared. Al hacerlo sintió el roce de los vaqueros de Max en la parte trasera de sus muslos. Un extraño contraste que contribuyó a subir su grado de excitación.

De puntillas, y aguantando la postura mientras Max continuaba tocándola, se mordió el labio e intentó controlar su respiración.

—No te muevas ni un milímetro... —exigió hablándole al oído con esa voz de amo y señor justo antes de dejarla allí, cachonda, con el culo en pompa, a la espera.

Negó con la cabeza para ahorrarse un azote en el trasero.

Max se lo dio de todas formas.

No tuvo que esperar mucho: apenas medio minutos después sentía de nuevo su presencia tras ella. Y no únicamente eso, también un erótico mordisco en el hombro que logró hacerla estremecer desde las uñas de los pies hasta la raíz del pelo.

Sabía que si le ordenaba ir más rápido o se movía pidiéndole que acelerase, solo conseguiría otro azote, así que cerró el pico.

Lo deseaba, iba a pasar, y como siempre ocurría, era incluso mejor que la última vez. Max conseguía no solo que se corriera como una loca desvergonzada, sino, además, algo superior: que su cerebro sufriera una especie de amnesia selectiva y, por tanto, gozara de cada experiencia como la primera vez.

Siseó al sentir el frío del lubricante en su ano y tragó saliva. Entró un primer dedo y su respuesta fue tensarse. Una reacción natural, aunque consiguió relajarse para que todo fuera como la seda.

Max, lejos de calmarla con palabras suaves, dio rienda suelta a toda su creatividad obscena y se dedicó a explicarle lo que iba a pasar, cómo iba a pasar y lo mucho que iba a disfrutar mientras pasaba.

Frases como «voy a follarme este culito hasta que caigas de rodillas» o la ya clásica «mi polla y yo te estaremos eternamente agradecidos» lograron caldear aún más el ambiente.

Sintió un segundo dedo penetrando en su recto. Jadeó. Movié el trasero pero no se apartó. Quería más. Respiró al ritmo de las penetraciones, sin tensar los músculos, dejando que su cuerpo se preparase para el siguiente paso.

El que más deseaba.

—Ahora viene el premio gordo... —murmuró él sin dejar de dilatarla mientras que con la otra mano se desabrochaba los pantalones—. Me encanta sentir cómo me aprietas los dedos, cómo tu cuerpo me acepta, pero sin duda alguna quiero que mi polla reciba las mismas atenciones.

Max agarró el tubo de lubricante y sin medir la cantidad se untó generosamente. Lo dejó caer al suelo de cualquier manera y acto seguido se posicionó y colocó una mano en la parte baja de la espalda de Nicole para mantenerla quieta al tiempo que empujaba.

Gruñó al sentirse limitado por tener los pantalones a medio muslo, pero ahora ya no iba a apartarse y andarse con zarandajas. Empujó. Dobló ligeramente las rodillas. Volvió a empujar y fue acomodándose en su interior.

Nicole chilló. No de dolor, o en todo caso debido al extraño placer que causa una leve molestia.

—¡Max!

—Ya la tienes dentro, ahora muévete un poco —sugirió apretando los dientes—. Joder, es una pasada follarte así.

Acató su orden y con cuidado comenzó a empujar hacia atrás. Con el único apoyo de las manos en la pared se sentía inestable. Estaba de puntillas, absorbiendo todas las sensaciones que su cerebro iba registrando a medida que Max la embestía una y otra vez. El roce de los pantalones en sus muslos. Una mano tirando con fuerza de su pelo y la otra pellizcando con maestría un pezón.

Aquello empezó a descontrolarse.

Nicole jadeaba, entregada por completo. Los tirones de pelo aumentaban su excitación y su orgasmo era inminente. Intentó aguantar un poco más, esperarlo; sin embargo, fracasó y lanzó un gemido de absoluta satisfacción.

Sus brazos no pudieron soportar más aquella inestable postura y cayó hacia delante, apoyando la cara contra la pared, quedándose aplastada entre esta y el peso de Max.

Él no tardó ni un minuto en correrse y permaneció clavado en su interior; unos deliciosos segundos más mientras las respiraciones de ambos se normalizaban.

Max le acarició el pelo, abandonando toda su agresividad sexual y pasando a un estado de mimos y besos.

—Mmmm —musitó encantada con la dosis de mimos.

—Ahora un buen baño y vuelta a empezar, que esto solo ha sido un entrante, todavía queda el plato fuerte y el postre.

Nicole gimió.

## Capítulo 20

—Dejémonos de ceremonias y abre el jodido sobre.

Thomas ni se inmutó ante la impaciencia de su, si le podía llamar así, cliente y se puso cómodo. Hay cosas para las que nunca se está preparado y podía decir que se solidarizaba con el tipo. Desde luego, si ya conociera el resultado, podría manejar mejor la situación, pero una promesa era una promesa.

Y conociéndolo, cualquiera se arriesgaba a incumplirla.

Tenía los resultados desde hacía una hora. Tal y como habían acordado, nada más recogerlos personalmente en el laboratorio había llamado a Nicole para comunicárselo y concertar una reunión de urgencia.

Por supuesto se había encargado personalmente de advertir en dicha clínica que no volvieran a meter la pata, porque la escenita que se montó el día en que acudió Max había sido una cagada monumental y, además, no se pagaba un dineral solo por hacer unas pruebas, sino también por respetar la intimidad de los pacientes, hecho que se pasaron por el arco de triunfo y que le había cabreado sobremanera. Si por algo se caracterizaba, y de lo que presumía ante sus defendidos, era de cumplir al ciento por ciento lo acordado con sus clientes, y si bien este era un caso especial (muy especial), no por ello iba a joderla.

En su portafolio también tenía otro importante documento. Uno que le quemaba pero que, para la buena marcha de las cosas, debía obviar hasta saber el resultado definitivo, pues de ello dependía el siguiente paso, acordado previamente con el demandado, por supuesto.

Había recibido la citación del juzgado para presentarse con su «defendido» en el plazo de quince días, pues el juez había admitido a trámite la demanda de paternidad, y así poder presentar las alegaciones correspondientes.

Un hecho con el que ya contaba pero, para qué negarlo, le gustaría desmontar (a qué abogado no) dando en los morros a la parte demandante, dejándolos con un palmo de narices al dismantelar toda su estafa.

De ahí la importancia de conocer el resultado de la prueba para saber qué camino tomar.

Observó a Nicole: se mostraba serena, allí, sentada, con su aspecto impecable, aunque imaginó que la procesión iba por dentro. En el fondo le entristecía toda esta situación, pues se merecía una vida tranquila, ahora que por fin había encontrado un tipo que parecía comprenderla. Otra cosa es que el susodicho tuviera un genio de mil demonios y que, *a priori*, jamás hubiera pensado que esa relación tendría futuro, pero, como los misterios de pareja son insondables, mejor no analizarlos. El suyo era otro buen ejemplo.

El suspense podía jugar en su contra, pues la mirada de Max resultaba



intimidante, así que, para evitar un encontronazo más, le tendió el sobre cerrado a ella, pues a buen seguro no se lo arrancarían de las manos cual rottweiler hambriento ante un hueso.

—Y la audiencia ha dictaminado que... —bromeó Max tenso, cruzándose de brazos para no partir la cara al abogado por tanta estupidez en forma de rodeo. «Hay que ver lo que les gusta marear la perdiz», pensó con acritud.

Nicole lo cogió. Rasgó la parte superior del sobre con cuidado, poniéndolo aún más de los nervios. Extrajo un mísero folio. Todo su jodido futuro en un papel. Qué ironía.

Miró al abogado, otro que parecía tranquilo. Joder, ¿es que esta gente tiene horchata en las venas o qué?

Nicole se puso las gafas y comenzó a leer. Por su expresión poco o nada podía sacar en claro. Levantó un momento la vista y, en vez de mirarlo a él, dirigió su atención a su ex, hecho que le puso en el disparadero.

Eso de que se comunicaran dejándole a él al margen era para partirle la cara a alguien. No se puede tocar los huevos a un hombre angustiado de esa manera, por favor.

—¿Y bien? —inquirió Thomas con tono suave, como si estuvieran comentando las noticias del día.

Ella se mordió el labio y negó con la cabeza. Suspiró.

«¿De alivio?», pensó el afectado poniendo cara de circunstancias.

A Max le iba a dar un jamacuco. Con estos dos no había manera de adivinar nada.

¿Qué coño significaba eso?

¿Que no era hijo suyo?

¿Que no había caso?

¿Qué tenía que romperle las piernas a alguien para acabar con el suspense?

—¿Qué hostias dice? —preguntó poniéndose en pie dispuesto a leer por sí mismo aquel papel y abandonar la incertidumbre de una vez por todas.

Vio a su chica llorar y se puso más nervioso. Acto seguido se acercó y la abrazó con fuerza. Max se temió lo peor ante aquella reacción.

Quería consolarla y él iba a estallar. Joder con las buenas formas.

Thomas sabía que debía abandonar la sala, pero no podía hacerlo sin antes saber cuál era el resultado. Con discreción, se acercó a la pareja y le quitó el documento a Nicole, que lo tenía arrugado en su mano.

Lo estiró y comenzó a leer.

—Joder... —gruñó Max sin querer soltarla.

Miedo era una forma bastante pobre de describir lo que sentía.

Enterró la cara en su cuello y tragó saliva. Vaya papeleta que tenía ahora.

Nicole se limpió las lágrimas y lo miró.

—¡Joder, me lo voy a pasar de puta madre volviéndoles locos en el juzgado! —comentó Thomas risueño adecentando el documento, que valía su peso en oro.

—¿Qué?! —exclamó Max. Se giró confundido al oír las palabras del abogado *asquerosamente eficiente*.

—Dios, va a ser la hostia... —continuó Thomas exultante releendo punto por punto el resultado.

—¿Pero qué dices?

—Esto —alzó el papel— me da derecho a joderles pero a base de bien.

«Este tío es muy raro», pensó antes de preguntar lo verdaderamente importante aquí, ya que los gustos del abogado en cuanto a lo que vicios se refería, porque por su tono parecía que hasta se ponía cachondo yendo al juzgado, le traían sin cuidado.

—¿Ha dado negativo? —preguntó como un tonto.

—Sí, Max —confirmó ella sonriente acariciándole la mejilla.

Cerró los ojos un instante y de haber sido creyente hubiera rezado una plegaria allí mismo. Se limitó a abrazar con fuerza a su chica.

Nicole no podía dejar de sonreír, pero antes de ir a celebrarlo en privado, por todo lo alto como era menester, pensó que lo justo era agradecer a Thomas su esfuerzos por resolver todo esto.

Se separó de Max para acercarse a su ex. Le tendió la mano.

—Gracias —murmuró y nada más decirlo se dio cuenta de que un mísero «gracias» era insuficiente y sobre todo muy frío. Supuso que a Max no le importaría, así que le dejó descolocado al darle un abrazo, tanto que el pobre Thomas no supo cómo reaccionar.

—De... de nada —acertó a decir el abogado sin saber si debería responder al abrazo de su ex. La efusividad entre ambos nunca había sido una característica a tener en cuenta.

—Sin ti esto no hubiera sido posible —prosiguió ella separándose para alivio de él aunque manteniendo una sonrisa.

Eso de que una chica te abrace estando su novio (con muy malas pulgas, por cierto) delante no procede. Sonrió algo forzado.

Max también pensó que el tipo se lo había «currao» y que, por tanto, se merecía un reconocimiento. Le dejó igualmente sorprendido cuando en un extraño alarde de buen humor le ofreció la mano.

Thomas se la aceptó.

—Gracias, tío, eres un dolor de huevos, pero me has salvado el culo.

—Es mi trabajo —respondió intentando ser políticamente correcto. Le incomodaban, y mucho, aquellas muestras de afecto. No eran amigos, simplemente la necesidad de solucionar un problema les había unido.

—Bueno, vale, es tu trabajo y parece que te gusta, pero no seas modesto, lo has hecho de puta madre —añadió Max estrechándole la mano con fuerza.

Se instaló un incómodo silencio.

Por un lado, Thomas, contrariado, pues de todos es sabido que siempre tres son multitud y que lo más probable es que ellos quisieran celebrarlo en privado.

Max, también sin saber qué más aportar, optó por coger la mano de su chica y esperar a que alguien hiciera el primer movimiento.

Nicole miró a uno y a otro. Tan diferentes. Puede que su ex siguiera siendo un capullo (hay cosas que jamás cambian), pero ahora era un capullo tolerable al que estaría eternamente agradecida, pese a que sus métodos no fueran los correctos.

—En fin, supongo que ya está todo resuelto —murmuró Max. Ya estaba bien de perder el tiempo, que aquello parecía un velatorio.

—Me temo que no es tan sencillo —lo contradijo Thomas.

—¿Y eso? —inquirió haciendo una mueca. Joder, a ver si ahora tenía que indemnizar o algo.

—He recibido la citación judicial.

—Pues vas y la anulas, que para eso tenemos el jodido test.

—Tenemos que «demostrar» que tú no tienes nada que ver y pedir que retiren la demanda.

—Son pasos obligatorios —apostilló Nicole—. Solo nos llevará tiempo, pero nada más.

—Me encargaré personalmente —dijo el abogado.

—De acuerdo —convino.

—Ya tenía yo ganas de pillarles por banda. Te han querido colgar el mochuelo y ahora van a saber lo que es bueno —comentó mientras empezaba a recoger todas sus cosas dispuesto a solventar el asunto cuanto antes.

—¿Te veo un poco revanchista, no?

—Joder, es que me joden, y mucho, este tipo de cosas.

—Pues nada, diviértete.

—No lo dudes, lo haré.

Una vez a solas, Max se aseguró de ello esperando hasta oír el clic del pestillo al cerrarse, sacó su iPhone y empezó a enredar con él.

Nicole, que tenía otra idea en mente, se acercó curiosa para ver cuál era el motivo, pues esperaba una reacción mucho más efusiva y carnal y menos tecnológica por parte de él.

Esperó paciente a que él le aclarase el motivo de estar enganchado a su móvil y no a ella, pero, como pasaban los minutos y seguía concentrado en la pantalla, decidió intervenir.

—¿Qué buscas?

—¿Mmmm? —murmuró distraído manejando la pantalla táctil sin mirarla.

—Te he preguntado qué buscas.

—¿Playa o montaña?

—¿Perdón? —inquirió sin comprender.

—Me prometiste unas vacaciones, de esas que duran un mes. Sin teléfono, sin vecinos, sin familia —le recordó—, así que estoy buscando el destino. O eliges en cinco minutos o decido yo, pero tú no te escaqueas.

Nicole sonrió como una tonta. Una tonta enamorada, por supuesto.

—Me da igual... —le susurró juguetona.

Él arqueó una ceja.

—¿Ah, sí?

—Aunque... ya que lo preguntas... —continuó con su tono sugerente—, nunca he hecho *topless*, así que...

—¡Joder! Playa, no se hable más.

Ella asintió y le quitó el móvil; total, las reservas *on-line* se podían hacer en cualquier momento del día o de la noche.

Celebrar una buena noticia debe hacerse de inmediato o pierde su gracia.

Se subió encima de la mesa, dejó las gafas a un lado y se soltó la melena.

No hacían falta más palabras.

Max lo entendió a la primera.

## Epílogo

—¡No pienso ir masticando chicle!

Carla puso los ojos en blanco. Por Dios, qué mujer más tonta.

—Así no vas a parecer una fan histórica deseosa de follarse a su ídolo.

—¿No? —masculló Nicole entre dientes y su amiga negó con la cabeza.

Se miró una vez más en el espejo retrovisor y cerró los ojos. Vaya esperpento. Lo que iba a hacer no tenía ni pies ni cabeza, pero ya no podía dar marcha atrás.

Para llevar a cabo su plan había tenido que recurrir, por necesidad, a las impagables nociones de chica descarada que solo Carla podía ofrecer y ahora dudaba un poco, bastante, de si aquello podía ser factible.

—Deja de comerte el coco y andando, que llegas tarde —la animó Carla empujándola sin mucha consideración.

Nicole respiró. Agarró el tirador de la puerta, pero no lo abrió. Volvió a respirar y por fin se decidió a poner un pie fuera del coche.

—¡Suerte! —gritó Carla riéndose desde el coche y, antes de que la finolis se arrepintiera, le hizo una foto.

Caminó tambaleándose sobre unos infernales tacones, con plataforma y llenos de tachuelas, hasta la entrada lateral y allí, con vergüenza, mostró su pase vip para acceder al recinto.

Menos mal que las innumerables capas de maquillaje cubrían su rostro y sus sonrojadas mejillas.

El portero la miró de arriba abajo, pero tuvo que morderse la lengua. Eso sí, no le quitó la vista de encima, o más bien del culo, porque Nicole estaba segura de que esa minifalda de vinilo era un cinturón ancho y no tapaba nada.

Caminó por las instalaciones bien arrimada a la pared para no caerse de bruces mientras oía por los altavoces la retransmisión del partido.

Miró el reloj, si sus investigaciones eran correctas, y un partido de fútbol duraba noventa minutos, debían faltar quince para el final.

Fijándose en los letreros indicativos, consiguió llegar hasta la zona de vestuarios; eso sí, mostrando a cada paso su pase vip. Por lo visto los de seguridad debían estar acostumbrados a que mujeres con dudoso gusto en el vestir aparecieran por allí.

Traspasó la última puerta y se quedó allí, apoyada en la pared intentando que su falda bajara medio centímetro más y tapara «algo».

Un empleado de mantenimiento la miró de reojo, pero por suerte no recibió ninguna proposición indecente.

Sacó el chicle de su envoltorio y comenzó a masticarlo. Odiaba hacerlo, pero claudicó.

—Me va a salir un sarpullido en el pompis —farfulló tocándose la retaguardia;

ese maldito tejido elástico picaba, era como envolverse en papel film.

Se llevó una mano al pecho y bajó la vista. El sujetador, si se le podía llamar así pues la copa brillaba por su ausencia, dejaba todo a la vista y la camisa blanca de vestir (cortesía del ropero de Max) trasparentaba que era un primor.

Entre sus pechos estaba lo más importante de todo el atuendo de fulana. Solo esperaba no meter la pata, no caerse de culo, no trabarse al decir las cosas que había ensayado y, por supuesto, que con un buen lavado su pelo volviera a ser «normal», porque las mechas de colores no eran su ideal estético.

Empezó a oír voces masculinas y eso solo podía significar una cosa: el partido había finalizado y en breve aparecerían los jugadores. El nudo que mantenía su camisa cerrada a la altura del ombligo no era nada comparado con el que tenía en el estómago.

Las puertas dobles que daban acceso a la entrada a la zona previa a los vestuarios se abrieron. Nicole tragó saliva.

Los primeros tipos, sudados y con la camiseta encima del hombro, aparecieron y se dieron cuenta de su presencia.

Ella miró bien, porque solo quería localizar a uno en concreto.

—Vaya, vaya, ¿pero qué tenemos aquí? —murmuró sonriendo como un tonto uno de ellos deteniéndose a su altura.

—Toda una dama —se burló el segundo.

—Si me disculpan... —dijo ella con su tono más cortante, dejándoles sorprendidos.

Se suponía que las fans no eran tan antipáticas.

Hizo un gesto con la mano para que se apartaran y no taparan su campo de visión.

—Mmm, qué humos... —adujo el tipo con desdén.

A Nicole no le importó lo más mínimo, ya que seguramente encontraría a otra bien pronto con la que resarcirse.

Continuaron pasando hombres en pantalón corto, unos sin camiseta, otros con una de otro color... y ella no dejaba de estirar el cuello, sintiéndose ridícula a más no poder, para localizar al único que le interesaba.

Por supuesto todos los que iban desfilando o bien le dedicaban una mirada especulativa, descarada e insinuante, o bien mandaban a paseo la discreción y le ofrecían distantes variantes de una proposición más bien guarra.

Incluso oyó una decente. No obstante, la rechazó con la misma rotundidad y educación que el resto.

Por fin lo vio. De los rezagados. Bromeando con otro compañero. Inspiró en profundidad y se enderezó. Tenía las plantas de los pies hechas polvo debido al taconazo, pero dio un paso al frente sin caerse para llamar su atención.

—Joder, Scavolini, ¿has visto qué pedazo de pibón? —inquirió el acompañante deteniéndose frente a ella y señalándola.

Max abrió los ojos como platos y, una vez repuesto de la impresión, hizo lo que

todo tipo sudado tras un partido amistoso hace, limpiarse la frente y después encender el escáner masculino para sacar una radiografía.

—Piérdete —le gruñó Max a su amigo.

—Ni de coña. Déjamela a mí, que tú ya estás comprometido.

—Que te largues —insistió empujándolo.

—No me jodas, Scavolini, que tú ya tienes churri.

Nicole aguantó las ganas de reír y se fijó en el tipo. No estaba mal, pero nada que rascar al lado de Max. ¡Dónde iba a parar!

—Vete de aquí o te rompo los dientes —lo amenazó dando un paso al frente para taparla y que el otro no se la comiera con los ojos.

—Vale, vale, joder, qué egoísta, tío. Ya verás cuando se entere tu chica.

El compañero se despidió con un «¡cabrón!» y les dejó a solas.

—Bueno..., bueno..., bueno... ¿Pero qué tenemos aquí? —preguntó guasón señalando la camisa blanca anudada.

—Solo quiero un autógrafo —murmuró empezando a recitar el guion que había ensayado frente al espejo con una amiga traidora delante.

—Ya veo, ya...

Max no sabía dónde mirar, esa era la verdad. Estaba irreconocible, con ese pelo lleno de mechas de colores, ese recogido a lo plumero, ese maquillaje exagerado y, joder, esas piernas (las que le volvían loco desde que la conoció) enfundadas en unas medias negras hasta medio muslo porque con esa falda que llevaba se vislumbraba todo.

—¿Me lo firmas? —sugirió y, como con el chicle no pronunciaba correctamente, lo escupió sin mucho arte.

Max sonrió y, apoyando una mano en la pared tras ella, se inclinó hacia delante.

—Faltaría más. ¿Dónde lo quieres?

Apartó la solapa de la camisa, mostrándole su pseudosujetador y poniéndolo cardíaco en el acto.

—Aquí mismo —le indicó parpadeando inocentemente, y le ofreció un rotulador.

Él no se lo pensó dos veces y agarró el tapón con los dientes para satisfacer a una fan. Empezó a pintarla y, como la dedicatoria era extensa, tuvo que desanudar la camisa y así obtener más piel disponible.

Nicole sacó pecho y esperó a que finalizara, deseando que no fuera tinta indeleble.

—Ya está.

—¿Me la das? —preguntó señalando su camiseta y haciendo un puchero.

«Qué mona está, qué cachondo me pone, qué pedazo de mujer tengo a mi lado y qué cabrón afortunado soy», pensó entregándole la prenda. Vio de refilón el pase vip que le regaló hace tiempo y que por fin se había decidido a utilizar.

—¿Te apetece ver el vestuario? —preguntó todo solícito señalando las puertas de acceso.

Sabía que aún se encontraban sus compañeros dentro, pero si aguardaban un poco podían aventurarse y pasar un buen rato.

—Pues sí, siento curiosidad.

Tiró de ella y la condujo hasta una sala anexa, esperando que esa pandilla de gilipollas no tardaran una eternidad en ducharse. Joder, lo de llevársela al vestuario tenía mucho morbo.

Una vez parapetados y a la espera de poder cumplir una fantasía, él dijo:

—¿Vienes mucho por aquí?

Nicole disimuló su sonrisa e intento meterse en su papel de fan fanática.

—Todos los días.

—Pues no te conocía...

—Pues puedes conocerme ahora.

¡La madre que la parió! Y va y me lo dice con una falda que no le marca... ¿nada?

En dos pasos se puso frente a ella y la acorraló contra la pared, puso una mano en su trasero y palpó hasta saciar sus dudas.

Pero como seguía sin creérselo, metió la mano por debajo hasta quedar satisfecho.

—Ya era hora... —murmuró ella sugerente sujetándose a sus hombros.

—Te voy a comer viva...

Y la besó, a lo bestia. Sin contemplaciones.

Era una gozada hacerlo en cualquier circunstancia, pero hoy era un día especial. Estaba allí, vestida a saber de qué, dispuesta a todo y no iba a desaprovechar la oportunidad.

La falda no ofreció resistencia y se la enrolló en la cintura.

—Menos mal que recibo una propuesta aceptable —musitó devolviéndole el beso con la misma entrega al tiempo que separaba sus piernas para que él la tocara.

—¿Y eso?

—Mientras te esperaba he recibido dos proposiciones formales de matrimonio, tres de convertirme en querida y una como animadora sexual, ¿qué te parece?

—Que voy a partir la cara a más de uno. Dime sus nombres.

—No conozco a tus compañeros.

—Su nombre va escrito en la camiseta.

—No me he fijado.

—¿Por qué no te has fijado?

—Solo tenía ojos para ti.

—Me desarmas, Nicole...

Volvió a besarla y sin perder un segundo metió la mano entre sus piernas para acariciarla. La encontró húmeda y eso le hizo gruñir con fuerza. Se apartó un instante de ella para buscar un sitio aceptable donde follársela y se fijó en el escritorio y en el sillón de detrás.

La agarró con firmeza de la mano y se sentó primero él, deshaciéndose de sus



pantalones deportivos para liberar su polla. Ella lo miró y hasta se relamió.

—Súbete.

Nicole negó con la cabeza y se arrodilló delante dispuesta a todo con tal de satisfacerlo. Primero agarró su erección y lo masturbó apenas un par de minutos antes de bajar la cabeza y metérsela en la boca.

—¡Joder!

—Mmmm, qué bien sabes —musitó ella recorriendo con la lengua toda la punta.

Max se echó hacia atrás y le permitió durante un rato que ella cumpliera a la perfección su papel de fan entregada, disfrutando como un tonto de aquella mamada.

Sin embargo, sus planes eran bien distintos. Cuando estaba a punto de correrse, porque su chica, todo había que decirlo, se había superado a sí misma, la apartó y se inclinó para que ella se sentara a horcajadas.

—Déjame metértela —dijo insertando un par de dedos a modo de adelanto y rozando su clítoris hasta obtener un gemido de esos que suenan a música celestial.

—Pero antes quiero... —balbuceó dificultando el acoplamiento.

—Nada. Vamos a follar aquí y después en los vestuarios.

—¿Entre toallas sucias?

—Exactamente.

—Vale —accedió sonriendo y se dejó caer un poco, pero no lo suficiente.

—Nicole... —gimió desesperado.

—Antes quiero hacerte una proposición.

—Me parece que vas con retraso, querida.

—Una decente, muy decente.

Max frunció el entrecejo.

—Estoy a punto de follarte, ¿no puedes esperar diez minutos?

—No —aseveró rotunda.

—Está bien... —accedió resignado—. ¿De qué se trata?

Nicole se quitó la cadena que llevaba al cuello y sacó las dos alianzas. Le cogió la mano y le colocó una.

—Maximilian Scavolini, ¿quieres casarte conmigo?

Max se quedó sin habla. Era lo último que esperaba. Tragó saliva y aun así no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Por fin ella se decidía y él se quedaba como un pasmarote.

—¿Max?

—Joder, pues claro que quiero.

—De acuerdo. Ahora ya puedes follarme —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja y dejándose caer sobre su erección hasta quedar unidos por completo.

Empezó a moverse sobre él, rotando las caderas, besándolo, mordisqueándole la barbilla... pero se dio cuenta de que, por primera vez, Max no respondía de la manera esperada.

—Esto... ¿has traído ropa decente? —preguntó dejándola más desconcertada aún.

—No, ¿por qué?

—Mierda. Da igual.

—¿Qué pasa? —inquirió preocupada.

—Nada. En cuanto echemos el polvo, tú y yo nos vamos directos al juzgado. ¿Tienes al menos la documentación? —Ella asintió—. Perfecto.

—¡Estás loco! ¡Mira qué pintas llevo!

—Mejor, nadie te reconocerá y yo me pondré el chándal, ale, como dos horteras de manual. Pero hoy nos casamos.

—¿Y los testigos?

—Llamaré a mi hermano.

—¿Y los invitados?

—Que les den por el culo.

—¿Y la luna de miel?

—Esta noche repetimos, no sufras. Y ahora, mueve el culo, que tengo prisa. Toca polvo exprés. Luego te compensaré.

—Como quieras, pero que conste que mi fantasía era montármelo contigo en los vestuarios.

Una hora después Nicole, vestida como una *drag queen* arruinada, firmaba el certificado de matrimonio y le pasaba el bolígrafo al tipo con ropa deportiva con el que acababa de casarse mientras que los dos testigos, Martin y Linda, no paraban de hacer fotos y reírse.



No me gusta hablar de mí misma, me da un poco de corte, pero allá voy.

Nací en Burgos, donde sigo residiendo y donde trabajo en la empresa familiar; haciendo de casi todo pero donde tengo un pelín de libertad para mis cosas. Algún día descubriré qué es eso de conciliar la vida familiar y la vida laboral.

Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Recuerdo que *EL PERFUME* fue el último libro que me mandaron leer y que me aburrió sobremanera. Empecé con la novela histórica y un día de esos tontos me dejaron un libro de romántica y de ahí, por casualidad, me enganché.

Y de qué manera.

Todavía conservo muchos de los primeros libros que compré, aunque ahora, con los años, muchos de ellos me resulten chocantes. Con el tiempo, inevitablemente, una se vuelve más selectiva.

Vivía en mi mundo particular hasta que internet y los foros de novela obraron el milagro de poder hablar de lo que me gusta con más gente, compartir opiniones y así, a lo tonto, pues aquí estamos.

Me encantaba escribir reseñas y así empecé a contactar con otras foreras, a conocernos y a hablar de todo.

Durante mucho tiempo escribía cosas sueltas, relatos, que siguen por ahí a la espera de darles el último retoque. Hasta que alguien muy especial me animó a ponerme a escribir en serio y a moverlo por las editoriales. Y he aquí el resultado.

De todas mis obras siempre preparo un montaje con imágenes y música; todos estos *booktrailers* están colgados en mi blog.